

EL AROMA DE LAS ROSAS

Omar Gómez Jaramillo

Omar Gómez Jaramillo

El Aroma de Las Rosas



Capítulo 1

OMAR GÓMEZ JARAMILLO

EL AROMA DE LAS ROSAS

"La Iglesia tiene derecho originario y propio a castigar con sanciones penales a los fieles que cometen delitos"

Código del Derecho Canónico, libro VII, 1311.

"Trágica es la existencia de aquel que muere sin haber conocido el motivo de su vida"

Samael Aun Weor.

Ciudad de México, Noviembre de 1999

LOS ojos de la mujer se clavaron en los míos como un par de agujas. No supe si rendirme ante su insistencia en leerme las cartas del tarot, o en las ganas de poner prueba mi incredulidad. Sin hablar, apenas con mirarme, me pidió que me concentrara en lo que hacíamos. Baje mi mirada hacía la pequeña mesa de té en donde ella se disponía a dejar las cartas. Con anterioridad, la mujer cuarentona, a quién parecía abordarla un sentimiento de angustia que llegó a fastidiarme, me había pedido que tomara la baraja y que la mezclara a mi gusto. Pregunté por la otra persona que me encontraría en la Plaza de las Tres Culturas, pero sólo me dijo, con un poco de renuencia, que al desconocido y a mí nos unía los lazos de la Muerte. Luego, me dijo que guardara silencio, y me pidió que le devolviera la baraja. Sacó ocho cartas, una a una, formando dos grupos

de cuatro cartas. Los arcanos que salieron fueron los siguientes:

La carta XI que simboliza la Fuerza.

La carta XVII que simboliza la Estrella.

La carta XVIII que simboliza la Luna.

La carta VII que simboliza el Carro.

La carta XV que simboliza el Diablo.

La carta X que simboliza la Rueda de la Fortuna y que, según la mujer, es la carta que me representa.

La carta I, que simboliza al Mago,

Y la carta XVI, que simboliza la Torre.

Decía también la mujer aquella que eran estas las mismas cartas que venían apareciendo en las tiradas de tarot que ella realizaba cuando mencionaba mi nombre y el de la otra persona. Entonces, empezó su trabajo de interpretación mientras que, poco a poco, sentí que se me helaban los huesos ante la frialdad de su narración. No era la primera vez que la Muerte me respiraba en la nuca, pero sí era la primera vez que, al parecer, la miraba a los ojos.

NOTA

Debe notar el lector que, si continua con la lectura de esta historia, encontrará que al inicio de cada capítulo –a excepción del último capítulo, y por supuesto, del epílogo- aparece un número romano, y que dichos números romanos no representan el número de tales capítulos, sino el de uno de los arcanos mayores del Tarot de Marsella, y por lo tanto no siguen un orden estricto. Es decir que, por ejemplo, en la siguiente hoja empezará el capítulo marcado con el número XI, que en el tarot de Marsella corresponde a la carta de la Fuerza, y que aquí representa a uno de los personajes de la historia. Cada número romano que inicia el capítulo representa, entonces, una de las cartas de los arcanos mayores el tarot de Marsella.

Será, entonces, tarea del lector, averiguar a cuál personaje le corresponde la respectiva carta del tarot que aquí se le ha asignado.

XI

HACÍA un calor tremendo. Eso fue lo que lo despertó. No soportó un segundo más el peso de las sábanas que, a pesar de ser de seda, no eran lo suficientemente útil para dejar salir el vaho que brotaba de la tersa piel de aquel. Sintió la fragosa luz del sol tocando su frente, casi impidiéndole abrir los ojos. Pasó su mano sobre su rostro y advirtió las asperezas de su palma, como si en vez de piel tuviera lija. Se sentó en la cama, los ojos seguían entrecerrados, luchando por liberarse de la agradable prisión del sueño. Pero la prisión en la que realmente estaba resultó ser, para él, aún más aterradora: era la prisión del olvido. Había en su mente pocos vestigios de alguna vida pasada, y más de una total oscuridad. Nada en su memoria. Ningún recuerdo de su identidad aparecía, a pesar de los grandes esfuerzos que hacía por poner ese viejo gavetero, las paredes blanquecinas, las camisas de manga corta, o el canto de las aves a lo lejos, en imágenes de su propia historia. Incluso soltó una exhalación de la boca sobre su mano derecha, para ver si podría recuperar algún recuerdo a partir de su mal aliento. El recuerdo nunca llegó. Perturbado por el vacío de su mente, decidió que era hora de saber qué tan pequeño era el mundo olvidado. Se quitó las sábanas de las piernas mientras se preguntaba en dónde carajos estaba. Apenas pudo poner los pies en el piso, cuando su momento de curiosidad fue abruptamente interrumpido por el movimiento de otra sabana rojiblanca que hacía las veces de puerta de la habitación. El susto para él fue tremendo, dado que estaba totalmente desnudo. Al ver la figurilla mediana y morena de una mujer que entraba sin ningún tipo de pudor al cuarto, él sólo atinó a correr a la cama para cubrirse sus partes con la sábana. La mujer lo miró extrañada, sonriente, entre pícara e inocente.

-¿Y a ti que te pasa? –preguntó ella en un acento predominantemente costeño.

-¡Perdón, señora! No sabía qué...

-¿Señora? Me hablas como si no me conocieras.

Él se quedó mudo, avergonzado y preocupado, dado que podría jurarle al mundo y a sí mismo que jamás la había visto. No recordaba que, aunque fuese una vez, hubiese tenido un amigo o amiga de la costa Caribe, no recordaba haber llegado a esa habitación tan pequeña y calurosa, ni tampoco recordaba haberse quitado los pantalones la noche anterior. De hecho, no recordaba ni la noche anterior, ni la otra, ni la otra, y ni siquiera recordaba algún momento de su vida pasada que le diera idea de quién era él. Más terrible llegó a parecerle la sensación de desdén que le produjo el pequeño crucifijo que colgaba en la pared, cerca de la sabana rojiblanca que improvisaba una puerta. Él respiraba rápidamente, jadeaba

tanto por el sofocante calor que hacía en la habitación como por el mar de preguntas que había en su mente.

-Pareces un idiota tapándote la verga. Como si yo nunca la hubiera visto. Más bien vístete que Honorio y Prudencio no tardan.

La mujer recogió unas cuantas prendas del suelo y salió del cuarto. Él la siguió con la mirada. Seguía intranquilo, pero una vez que se vio sólo en el cuarto se apresuró a buscar su ropa. Pero, ¿Cuál era su ropa? ¿Recordaba por lo menos qué era lo último que llevaba puesto? En absoluto. Se levantó de la cama, cubriéndose las piernas con la sábana, y entonces a su mente vino lo que aquella mujer le había dicho: "como si nunca te la hubiera visto". El pudor de aquellas palabras le provocó un acaloramiento que le llegó a las sienes, en donde la vergüenza se burlaba de él mientras que las respuestas le ignoraban. Intentó dejar de pensar en ello. Luego escuchó la voz de la mujer proveniente, al parecer, desde fuera de la casa:

-Te dejé los pantalones sobre el chifonier.

Allí estaban los dichosos pantalones. Él se los puso de inmediato. Eran unos pantalones de dril color blanco, cuyo oxido alrededor de los broches le indicaba que no eran nuevos. Ya habían sido usados, y al parecer por él, dado que le quedaban a la medida. Estaba colocando el último broche de su pantalón cuando se fijó en el pequeño espejo que estaba pegado en la mitad del chifonier. El reflejo que allí tenía no le era familiar en absoluto, pero algo sí tenía en claro: era él. Pero no podía salir de su estupefacción al no poder reconocer ni siquiera su propio rostro. De su tez morena salían unos cuantos puntitos negros de una barba a medio afeitar. Llevaba el cabello corto, desordenado, sus ojos eran negros y enormes para él, nariz aguileña, unos pómulos sobresalientes y unos carrillos que parecían chupados le hacían ver más enjuto de lo que él mismo se imaginaba que era. En verdad no se reconocía. No había decidido aún dejar de mirarse en el espejo, cuando vio que en el chifonier en donde estaban sus pantalones había un dibujo hecho, probablemente, con algún cuchillo, y que por un segundo le pareció familiar. Se trataba de una circunferencia con un punto en centro, una media luna en posición vertical, que atravesaba el círculo y le daba el parecido a unos cuernos; otra línea vertical que se asemejaba al tronco de una persona; otra línea horizontal que parecía formar unos brazos; y otra forma que, por alguna razón que él desconocía, llegó a identificar como el símbolo de Aries. Estuvo varios segundos contemplando la imagen, y en cuanto puso los dedos de su mano sobre ello repitió, sin darse cuenta, la palabra "Dee", la cual pareció más un movimiento involuntario de su confusión que algo realmente importante.

A lo lejos escuchó el sonido de un chorro de agua que caía dentro de una alberca. Él volvió su mirada hacia la ventana. Caminó hasta allí, se asomó,

y contempló, no sin asombró, un paisaje soleado, lleno de árboles de mediana altura que vadeaban un río inmenso. En cuanto vio el río, una palabra vino a su mente como una flecha, fulminante: "el Magdalena". No sabía cómo, pero reconoció que aquel enorme caudal era, en efecto, el Río Magdalena, aun cuando no recordaba si alguna vez lo había visto. Pero el nombre seguía allí en su mente, palpitante, como una clave importante que le permitiera desbordar la inmensa laguna que ahogaba sus recuerdos. Una camisa azulada tendida en una improvisada red apareció frente a su vista. Entonces se fijó en el patio de las afueras de la casa en la que él se encontraba, vio lo que al parecer era el baño ubicado hacia la izquierda, mientras que hacia la derecha, lejos de su vista, vio la menuda figurilla de la mujer encarnizada sobre algún pantalón que lavaba. Al lado de ella, un viejo balón de fútbol y un triciclo viejo aparentaban no haber sido puestos allí por mucho rato.

Su mente seguía en blanco. Sin embargo, como para tratar de retomar algún rumbo mental que le diera respuestas, repetía mentalmente, una y otra vez, el nombre del Río Magdalena. Pensaba que al hacerlo, tal vez, ese nombre le llevaría a otro recuerdo, y a otro, y a otro, pero no ocurría aquello. Tampoco pudo notar la inutilidad de su estrategia, ya que una algarabía de vocecillas chillonas interrumpió sus pensamientos. Dos chiquillos, un niño de tez morena, y una niña, de cabellos lisos y negros, de unos dos o tres años menor que el primero, entraron a la habitación dando brincos, riendo, gritando, reclamándose el uno a la otra por quién había llegado primero a las piernas de aquel hombre enjuto, de mirada confundida y cariz de muerto asustado, no por la algazara de los niños, sino por la manera como éstos le llamaban: "¡Papi, papi!". El hombre retrocedió bruscamente, aún más confundido de lo que estaba. Los niños insistían en querer ganar su atención.

-Papi, yo llegué primero. ¿Cierto? –decía el varoncito.

-¡No! ¡Yo entré primero! –gritaba la pequeña.

El hombre se sentó en el borde de la cama, mirando unas veces al mayor, otras veces a la menor, mientras buscaba en su propia mente las palabras que le permitieran hablar. Pero no había nada en su mente. Sólo estupefacción. Por eso no fue capaz de reaccionar frente a ellos quienes lo tomaron, uno de cada brazo, lo sacaron de la habitación hacia una mesa cuyas patas eran de diferente tamaño, en donde lo esperaba una changua caliente, chocolate y unos panes. "¡Siéntate, papi!" le decía la niña mientras lo sentaba como si él fuera un discapacitado. Entonces, ella se sentó en sus piernas, tomó una cucharada de la changua, cuidando de poder agarrar un pedazo de arepa, y la puso en la boca del hombre que ella aseguraba, era su padre. El niño salió de una cocina, ubicada contiguamente a la habitación de donde el hombre había sido sacado por los pequeños. Tomó una canastilla de gaseosas, la puso boca abajo y se sentó sobre ella, mientras comía una mogolla. Con la otra mano sujetaba

un juguete, un camioncito de bomberos al cual le faltaba una de sus llantas y la escalera. Comía la mogolla con la boca abierta. Una miga se quedó bailando en su pequeña mandíbula, al son del movimiento que hacía al masticar. El hombre, mientras tanto, le recibía las cucharadas de changua a la niña, sin preguntar, sin gesticular, sin siquiera pensar en lo que hacía tal vez por miedo, por desconfianza, o simplemente porque la imprudencia no era una de sus características, aunque eso tampoco lo sabía. Así como tampoco sabía nada de aquella casa de paredes blanquecinas que aún no reconocía. La niña le hablaba no como si en verdad fuera su hija, sino su institutriz: le decía que él tenía que ir al pueblo, hablar con alguien cuyo nombre no pronunció bien, llevar el bocachico a la plaza de mercado, y otro montón de cosas. El hombre no le prestaba mucha atención, y menos cuando clavó sus ojos en una vieja y pequeña fotografía que colgaba de una de las paredes, al lado de una imagen de la virgen María. Creyó ver su propio rostro en dicha fotografía, que ya no lucía en blanco y negro sino en verde y amarillento. Algunas palabras empezaron a asomar por su mente. Bajó a la niña de las piernas, se levantó y caminó hasta la fotografía. En efecto, él estaba en esa imagen, sonriente, acompañado de tres sujetos más. Tenía su brazo izquierdo sobre los hombros de un hombre que parecía ser de su misma edad, aunque era medio calvo, mientras que en su mano derecha sostenía una botella de cerveza Águila. De fondo, se podía ver que la foto había sido tomada en una cancha de tejo. La fotografía había quedado muy brillante el día que se tomó, y ahora, parecía que el tono amarillento envejecido estuviera degradando el resto de la imagen.

Unos deditos delgados tomaron su mano. Él volvió su mirada, y vio a la pequeña, sonriendo con su boquita sucia, mientras que con la otra manita le ofrecía un pan que ella ya había mordido antes. El hombre tomó el pan, y ve a la niña sentarse en la mesa. Luego, dirigió la mirada hacia el varoncito, quién le miraba de un modo muy extraño. Como para romper el hielo que le producía la mirada del niño, el hombre se decidió a preguntar lo primero que se le vino a la mente:

-¿Cómo te llamas?

-José.

Vacilando un poco, el hombre empezó a preguntar, cuidando bien de lo que iba a decir:

-¿Hace cuánto que vivimos aquí?

-Como siete años.

-¿Dónde está tu madre?

-Afuera, lavando.

Se asustó, pero se esforzó por disimularlo.

-¿Sabes cómo se llama el... el sitio en el que vivimos?

-Morales.

-¿Y en qué departamento queda Morales?

-En Bolívar.

Lo que el hombre ya no pudo disimular fue la frustración de no recordar nada. Dejó salir un largo suspiro con el cual esperaba relajarse un poco. No se había dado cuenta que la niña había entrado en la habitación y que había vuelto a salir con una camisa de manga corta en sus manos. Se la entregó, alzando sus cortitos brazos e inclinando su cabecita hacia atrás, siempre sonriente, como si quisiera chantajearlo a él y al mundo entero con su ternura. Mientras el hombre se ponía la camisa, el niño giraba todo su cuerpo, permaneciendo sentado en la canastilla, el pan en su boca y el carrito de bombero en la otra mano, mirando casi burlonamente a su padre.

-¿No me vas a preguntar por tu nombre?

El hombre se quedó con los brazos extendidos y la camisa abierta, las manos se quedaron sobre sus hombros. Trató entonces de inventar una evasiva:

-¿Por qué habría de hacerlo? Yo... se supone que yo soy tu...

-¡Ramiro! -lo interrumpió la voz lejana de la mujer- ¡Ya vienen!

El hombre medio volteó la cabeza, pero volvió al pequeño, quién le sonreía pícaramente mientras seguía masticando la mogolla.

-Papi, te vas a pescar -le dijo la niña.

Él la miró también, entre asustado y confundido.

-Ella es Marianita. Tiene seis años y yo tengo nueve.

-¿Pescar? -preguntó el hombre.

-No te preocupes. Yo te enseñaré a pescar como siempre lo has hecho. Ya antes me habías dicho cómo enseñarte.

XVII

SU conciencia volvía desde lo más profundo de sus sueños en cuanto escuchó el zumbir de las moscas, excitadas por el olor que salía del plato donde, al parecer, ella había comido antes de caer dormida. Tenía su mejilla izquierda apoyada sobre su brazo. Sabía que estaba sentada y que la mesa sobre la que había dormido era demasiado baja: lo dedujo del punzante dolor lumbar que poco a poco empezó a subir hacia sus vertebras superiores. Se incorporó en la silla en la que se hallaba, y se encontró, para su sorpresa, con que la mesa sobre la cual había dormido no era más que la base de una máquina plana industrial. La aguja estaba arriba, mientras que el pie de la máquina estaba abajo, sujetando un pantalón de jean. Ella volvió su mirada hacia el plato: el hueso de un pernil de pollo y unos cuantos granitos de arroz que allí quedaban no eran los que le corroboraban que fue ella quien había almorzado. Era su estómago el que se lo confirmaba. Se sentía satisfecha aunque no recordaba, sin embargo, haber probado bocado.

Aún sin levantarse de la silla, le dio un vistazo detallado al lugar donde se encontraba: era una casa muy sencilla, con paredes pintadas de color beige, en donde la luz se colaba con una alegría y calidez que daba gusto –seguramente– pasar las tardes ahí. Unas cortinas sencillas, blancas, no dejaban ver al exterior, pero dejaban entrar la luz. La parte de la casa donde ella estaba debía ser una sala, y debía, pero en realidad no lo era. Había sido adecuada como un taller de costuras. Aparte de la máquina plana que tenía al frente, ella vio tres máquinas planas de más, dos fileteadoras, dos máquinas de collarín, una extensa mesa de corte sobre la cual habían colocado muchos rollos de tela, moldes de costura, metros, tijeras, y en el suelo había muchos retazos de tela de todas clases e hilos de todos los colores. Todo el lugar le parecía a ella tan familiar, tan bien conocido, tan agradable, que se sorprendió al sentir que nada de lo que había allá le pertenecía. Y no era para menos: su memoria se había borrado, tal vez, sin remedio alguno.

Apoyó su mano izquierda sobre el pantalón de jean que colgaba de la máquina, cuando sintió un calor intenso que comenzó en su dedo anular y luego se extendió hacia su dedo meñique, y posteriormente a todo el empalme. El calor se convirtió en dolor. Rápidamente levantó la mano, y como todo el peso de su cuerpo estaba casi sobre dicha mano, no pudo equilibrar y volvió a sentarse. En su dedo anular tenía una cura a la altura del primer falange, cerca de la uña. Tal vez se había herido recientemente, dada la intensidad del dolor y el aspecto limpio de la cura. Repentinamente un sentimiento de angustia fue creciendo en su pecho sin siquiera saber por qué, y eso llegó a asustarla, como si su vida dependiera de un hilo, y viejas deudas pendientes hubiesen vuelto de un desconocido

pasado para ser cobradas.

Dio un respiro profundo, cerró los ojos, y trató de concentrarse, de hallar lo que se había perdido de su mente. Un esfuerzo hecho en vano. Ningún recuerdo de su vida anterior a las horas en las que cayó dormida sobre la máquina plana volvieron a su mente. El reloj que colgaba a la pared marcaba las dos y media de la tarde. Cuando ella empezó a preguntarse por su nombre, el sonido de una llave girando, y una puerta que se abría, la interrumpieron. Una mujer de aproximadamente cuarenta años entraba a la casa, llevando un bolso colgando de su hombro izquierdo, mientras que en las manos llevaba dos grandes paquetes de mercado que le tallaban los dedos. Entró, y cerró la puerta empujándola con su pie derecho, provocando un ruido que hizo vibrar las ventanas. Apenas le dio una mirada rápida a la recién despierta.

-Que hubo- dijo la mujer mayor, jadeando-. Casi que no llego. Me encontré con Glorita, que anda como loca porque aún no le hemos mandado el encargo. ¿Será que tú se lo puedes llevar? Es que llegué muy cansada, mijita -la mujer va subiendo la escalera que lleva al segundo piso de la casa, sin mirar a la joven-. Está ahí en la mesa de corte, en la bolsa negra.

La joven permaneció muda, más asustada que curiosa, viendo a aquella desconocida subir la escalera hasta que desapareció de su vista, mientras ella se preguntaba cómo fue que esa mujer mayor de apariencia noble y afable también desapareció de sus recuerdos. Volvió al taller de costura y lo revisó con detalle, buscando en el ambiente del lugar lo que no estaba en su memoria. La herida del dedo angular revivía y desaparecía de su dedo intermitentemente, pero la herida era, en realidad, menos dolorosa que la ausencia de la vida anterior a ese instante. Algo más llamaba su atención: la algarabía de la calle, el sonido de los autos, de la gente, de los niños corriendo de un lado para otro, el grito de algún vendedor de aguacates que se paseaba con su carreta, el sonido, apagado y lúgubre, a veces, del viento. En aquel mundo exterior debían estar los recuerdos fugados, o al menos eso pensó, tal vez porque la asustaba más la idea de permanecer en ese vacío sin fondo que era su memoria, que por el hecho mismo de encontrar allá afuera respuestas sobre su vida anterior a ese nublado despertar.

Entre desesperada y ansiosa, la joven tomó, de la mesa de corte, la bolsa negra, fue hacia la puerta como quién va hacia el patíbulo a morir, respirando hasta que sus pulmones no dan más, y salió a la calle. Ignoraba si el aire le acariciaba el rostro o si era la vida quién la abofeteaba.

El brillo del sol la enceguecía. Unos segundos después pudo abrir los ojos bien, tan sólo para ver algo tan normal como una barriada llena de gentes que van de aquí para allá, unos sin saludar y otros regalando un mohín

que más bien parecía un sentido pésame; la calle era bastante amplia, abundaban los autos estacionados y apenas un solo local comercial: una carnicería. La joven caminó, tal vez hacia el norte, tal vez hacia el sur, tal vez hacia el pasado, tal vez hacia lo oscuro. Caminaba sin saber si mirar a las personas que le saludaban, a los jóvenes que le hacían la venía y la coqueteaban cuando pasaba frente a ellos, o si ignorarlos. Llegó a una esquina, en donde un hombre viejo que conducía una bicicleta que era, probablemente, igual de vieja a él, le sonreía sin saludarla, dejando ver, bajo la oscuridad de la sombra que le daba el sombrero, el brillo de un diente de oro. Él no apartó su mirada de la joven hasta no verla doblar la otra esquina. Mientras, las primeras preguntas concretas empezaron su apogeo en la mente de la muchacha, pero el temor de formularse a sí misma dichas preguntas ahogaba aún más sus deseos de conocerse. Sin embargo, ella creyó que lo que no la dejaba pensar con claridad no era ese temor, sino la imagen del diente de plata que la estremeció en el momento en que lo vio. No sabía qué era esa sensación tan confusa, tan parecida a la voz de una madre asustada que llama a su hijo desde lo más profundo de la selva. Algo había en ese diente de plata que a la joven llamaba. Había algo en su pecho que quería liberarse de ella. Consciente de esa sensación, ella decide volver a toda prisa al mismo lugar en donde vio al hombre viejo aquel. Pero este ya no estaba. Lo buscó con su mirada por todos los lados de esa calle, pensando en que aquel viejo no parecía de este mundo. Se sintió ridícula pensando que el viejo había remontado el aire en su bicicleta para desaparecer en el cielo.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había caminado. A veces le parecía una eternidad, así como a veces le parecía haber escuchado recientemente la voz de aquella mujer mayor que le pidió el favor de entregar el paquete. Apenas si se acordaba del paquete que llevaba en su mano. Pero no sin razón había otras cosas por las cuales preocuparse. “No todos los días se pierde la memoria”, se decía, y terminaba riéndose de su propia estupidez, pensando que quizá era más tonta de lo que se imaginaba. No se había dado cuenta de su llegada a un lugar más o menos grande, concurrido, colonizado más por los árboles y las palomas cagadas, que por los humanos. Una imponente edificación blanca llamó por completo su atención porque sentía la misma sensación de estremecimiento que le produjo el diente de plata del viejo: se trataba de una iglesia cuyo campanario parecía alcanzar las nubes y confundirse con ellas. Dos naves sencillas salían a cada lado de la iglesia. Frente a la iglesia estaba la colonia de árboles. Unas pocas personas departían alegremente al lado de sus jeep willis, mientras que en el centro del lugar los niños se divertían asustando a las palomas. A lo lejos vio el nombre de una vieja fonda: “La Sevillana”. No le bastó sino eso y la iglesia para dar con el nombre del lugar en el que se encontraba: Sevilla. En su mente no aparecía algo que estuviera relacionado con el Valle del Cauca, a excepción de este nombre, que de la nada apareció en su cabeza. Trató de recordar algo más sobre aquella población, pero un pequeño retortijón en el estómago se lo impidió. Se sentó en una banca del parque, esperando a que el dolor

pasara, aunque éste desaparecería cuando ella sintió el golpe suave de una mano que tocaba su hombro:

-¿Y vos qué hacés aquí? –pregunta una señora bajita, rubia, de piel que oscilaba entre el color blanco lechoso y el rosado.

La joven no sabe qué responderle. Tampoco la conocía. Se levantó de la butaca lentamente mientras que la señora se colgaba de su brazo y seguía hablando:

-Ayer estuve trabajando casi hasta las tres de la madrugada. ¡No te imaginás lo cansada que estoy ahorita! Estoy trabajando con unos uniformes de colegio que me están dando lata. No sé qué pasa con esa bendita tela, pero siempre que paso la costura sobre el talle se me parte la aguja. Antes lo que se partía era el hilo, pero decidí coser con un hilo calibre setenta y cinco, y no con el ciento veinte, que es más delgado. Y ahora son las agujas las que no dan. No sé si comprar una aguja más gruesa o más fina, y eso me pone a dudar porque yo no tengo mucha plata para andar comprando y probando agujas. Pero entonces te vi y pensé que vos si me podías ayudar. ¿Vas para donde Glorita?

Al escuchar el nombre de “Glorita” la joven asiente tímidamente, sintiendo algo de culpa por tener que utilizar a aquella menuda desconocida que parecía llegada como de milagro. La joven escuchaba las quejas de la otra sobre las benditas agujas que no la habían dejado irse a dormir temprano, mientras se preguntaba si acaso no había algo en esa mujer que la hacía repudiarla. De nuevo, sintió el retortijón, y en su pecho el sentimiento de culpa.

La caminata con la mujer no duró mucho. Las dos habían llegado a un local en donde se vendían insumos para modistería y sastrería. Era el lugar sin el cual las modistas no podían subsistir en toda Sevilla: se encontraba con toda facilidad cualquier tipo de repuesto que las mujeres necesitaran para sus máquinas de coser, ya fuera pies para máquinas, planchuelas, compensados o carreteles. Pero lo que más abundaban eran los hilos y las hilazas de todos los colores, que hacían las delicias de las clientas que parecían enloquecer ante el paraíso de cosas y herramientas que podían encontrar allí. Tantas personas, tantos brazos estirados solicitando atención a los vendedores hacía que el local fuera sofocante. La joven sentía que de vez en cuando alguien de entre los clientes le lanzaba una mirada fugaz, que unas veces denotaba arrogancia y otras denotaba sorpresa. Ella no sabía qué hacer, si ignorar esa mirada, si buscar en esos ojos, inexpertos en el arte del disimulo, la respuesta a una pregunta que ni siquiera ella se había hecho. De pronto sintió que debía culpar al pollo que –tal vez- ella se había comido antes de dormirse, por los retortijones que esporádicamente aparecían. La mujer bajita la tomó del brazo y la llevó hasta un mostrador, sobre el cual una vendedora había puesto varias cajas de paños de agujas para maquina plana. El rostro de

la vendedora cambió de una impasible serenidad a una sorpresa repentina:

-¡Qué milagro que venís por acá, Evita! –dice la vendedora a la mujer joven, quién por un momento duda de si era a ella o a otra a quién la vendedora hablaba-. Como siempre mandás a otra persona para que haga tus compras, pues hoy me sorprende verte por estos lares.

El nombre “Evita” pasa desapercibido para su memoria, la cual aún no reacciona a un mundo que parece que la conoce más de lo que la antigua Eva se conocía. Notó entonces que sus manos temblaban al sentirse extraña, no para los demás sino para sí misma. Sintió deseos de huir, de detenerse en la mitad de alguna calle o del parque de Sevilla y gritar a todo pulmón que, en un abrir y cerrar de ojos, su mundo había desaparecido de su mente, quizás para siempre, y que temía ser vista como un animal raro por las personas que le conocían. Sintió deseos de llorar. Le costó mucho tratar de respirar sin dejar salir un sollozo que la delatara frente a los demás. Entonces dejó de pensar en su falta de memoria y atendió al llamado de la mujer blancuzca-rosada que le enseñaba uno de los uniformes.

-Esta es la tela. No sé si es eso o es la maquina, o el hilo, o...

Eva cogió los paños de agujas de máquina plana, miró las referencias, las cabezas de las agujas y la textura y densidad de la tela del uniforme. Con una habilidad que ni ella misma se podía explicar, dijo:

-Tiene que usar una aguja de máquina plana número dieciocho, de cubo delgado. Ha estado usando una aguja de cubo grueso, pero esta tela es muy rugosa. Es muy dura. Y como la aguja está presionada por el grosor de la cabeza, entonces al tratar de coser la tela la aguja no aguanta, y por eso se parte. Use una dieciocho cubo delgado.

Ni la vendedora ni la anciana notaron la sorpresa que se dibujaba en el rostro de la joven. Tampoco notaron las dos delgadas lagrimillas que resbalaron por sus mejillas. Disimuladamente, ella secó su rostro con el dorso de su mano. Fingía interesarse en las conversaciones de las demás clientas, quienes hablaban de bordados, pantalones, dobladillos y prenses. Sin embargo, lo que a ella le interesaba no estaba muy lejos de lo que veía: ese mundo, de alguna manera, hacía parte de ella, insistía en entrar en ella, pero se rehusaba a quedarse de nuevo en ella.

Unos cólicos aparecían esporádicamente. Culpó al calor que hacía adentro del local de la ligera debilidad que sintió. Apoyó la mano sobre el mostrador, pero el aire le parecía escaso. Miró a la anciana, dudando por un instante de la capacidad de ésta de entender lo que le pasaba, así que ahogó las frases de súplica que estuvo a punto de decirle. Volvió a la calle, evitando la mirada de las clientas, la de los transeúntes, y la de ella

misma. No sabía por qué, a pesar de la necesidad que tenía de recuperar su pasado desaparecido, se había apoderado de ella una sensación de horror ante su imagen en el espejo, imagen que apenas vio de reojo no por accidente, porque antes de entrar al local ya había notado los espejos cerca de la puerta, sino porque parecía que algún complejo sobre su físico, al cual tal vez ya estaba acostumbrada, no quería aparecer de nuevo. O tal vez era miedo de saber quién era ella. O podían ser muchas otras cosas. Pero los cólicos no dejaban pensar.

La mano blancuzca-rosada de la anciana tomaba a Eva del brazo, y la llevaba unos cuantos metros hasta llegar frente a la iglesia del parque. Le había contado muchas cosas a la joven durante ese corto trayecto, pero las palabras parecían sin sentido en su mente vaciada. La tarde caía. La mancha rojiza del sol se escondía tras el horizonte, mientras le hacía la venía a los primeros tintes negros del cielo abierto del Valle del Cauca. A pesar de que ya oscurecía, la brisa que barría las hojas caídas de los árboles estaba tibia aún. La bolsa negra con el encargo para "Glorita" seguía en las manos de Eva. La mujer bajita soltaba el brazo de la joven. Se despedía de ella, sonriente, hablándole de las miles de cosas que tenía que hacer, del esposo que no tardaría en llegar buscando la comida, de los uniformes que tenía que coser, y otras cosas que a la joven, en realidad, ni le importaban. Después de mucho hablar, la anciana la dejó allí en las puertas de la iglesia. Sin dejar de caminar, apenas volteando un poco el rostro hacia la joven, la mujer se despidió:

-Hasta mañana, Evita. Saludos a tu suegrita. Y cúbrete bien que el aire te puede hacer daño a ti y a tu bebé.

La noche reinaba en Sevilla. Los cólicos aparecieron de nuevo.

XVIII

DESPUÉS de varios intentos por alcanzar un taxi, al fin había conseguido que uno la recogiera. Estaba iracunda. Y esa ira no era para menos, si se le mira desde el punto de vista de la vanidad femenina: llevaba horas tratando de protegerse del torrencial aguacero capitalino que amenazaba con acabar con las cuatro horas que le había costado alisarse el cabello; su sombrero de ala ancha, con una pluma de lino color rojiza, estaba emparamado; su chaquetilla, su camisa y su corta falda se le pegaban al cuerpo a causa de las gotas de agua que bajaban del ala caída del sombrero; además, varios de los taxis a los que les hizo el pare, y que reducían la velocidad tan sólo para verle las piernas con morbosidad, le chispearon las medias veladas a propósito cuando veían la cara de fastidio que se dibujaba en el rostro de aquella mujer salida de alguna aristocracia extinta; el lápiz de cejas y las sombras se diluían de sus ojos al contacto con el agua. Se enfureció aún más al ver esas oscuras manchas del

maquillaje bajando por su rostro casi azulado. Fue entonces cuando no pudo evitar que una mala palabra se escapara de su boca.

-¡Putita vida! –dijo ella, ante la mirada sardónica del taxista, quién se asustó un poco al ver cómo la mujer le lanzaba una mirada amenazadora. El taxista, entonces, volvió a clavar su vista en el tráfico, mientras que ella seguía mirando, a través de esa ventana y de ese chaparrón de agua, a la ciudad que parecía tener algún problema personal contra ella.

Aprovechó el largo trancón de la Avenida Eldorado para secarse el rostro y maquillarse de nuevo, aunque parecía un arduo trabajo. Se arregló el cabello con las manos. Se acomodó la chaqueta como pudo y se reclinó en la silla, pensando en la grave falta que había cometido. El taxi seguía detenido. El tráfico seguía siendo el mismo caos de siempre. El clima capitalino seguía arruinándolo todo para ella. No se comparaba con Buenos Aires, ni con Santiago, ni con Milán, ciudades que siempre tenían una sonrisa para ella, que no la recibían con tempestades eternas.

Se había arrepentido de toda la ira que había dejado escapar de su corazón. Esa falta era demasiado grave como para dejarla escapar. Además, esa mala palabra, esa manera tan salvaje de manifestar la impaciencia, digna de trogloditas, le parecía lo más bajo que había hecho. ¡Qué dirían el padre Cotes, el padre Villanueva, el arzobispo Altamirano, o la hermana Graciela si la escucharan! Unas cuantas oraciones de expiación saldarían esas faltas contra el Señor. "Esas palabras no son de cristianos. ¡Compórtese, señorita!" recordó ella los regaños que la hermana Marina le profería en el internado católico. A veces, esos regaños iban acompañados de alguna bofetada, o de algún reglazo, cosa que ahora la mujer justificaba cada vez que lo recordaba. "Fui mala" pensaba ella, como para recordarse que esa maldad de adolescente se había quedado atrás, y que la esencia de su pasado ahora se había encaminado correctamente en su presente.

Todo su equipaje estaba en el baúl del taxi, excepto una maleta azul oscura, que no combinaba con su elegante vestido, cosa que a ella en realidad no le importaba, dado el valor que tenía lo que allí guardaba: algunos libros y un cuaderno de anotaciones. De entre ese montón sacó el libro que, sin duda, constituía su vida entera: la Biblia. Su total entrega espiritual a la lectura de ese libro sorprendió tanto al taxista, que por un momento este último se sintió asaltado por un sentimiento de hipocresía por llevar un pequeño escapulario color beige colgado en su cuello, cuando jamás en su vida se había dignado a leer por lo menos un solo pasaje atestiguador de las enseñanzas del creador, las de aquellos que, por la gracia divina, fueron liberados del yugo de la colosal cultura egipcia, y las del crucificado, el hacedor de milagros, el de los discursos moralistas sobre el amor al prójimo que nada tenían que ver con la herética cultura china. Una lectura concentrada en un pasaje de los hechos de los apóstoles la hacía olvidar de ese odio irremediable que sentía por esa fría

ciudad sobre la cual los chaparrones de agua parecían eternos. Era la mejor manera que ella tenía de ahogar aquello que, hacía ya varios años, en Lyon, le devolvía a su mente el horror que creía ya olvidado.

No se dio cuenta de que había oscurecido hasta cuando llegó a su apartamento. La lluvia no amainaba aún. Sus largas y delgadas piernas no querían responderle, mientras su mente se rehusaba a tomar el descanso merecido después de tan ajetreado viaje, como si sus pensamientos escaparan del cuerpo en el que albergaban. Apenas entró en su apartamento sin fijarse en la visible capa de polvo que lo cubría todo: los muebles de la sala, la mesa y sillas del comedor, los cuadros, la biblioteca, las cerámicas, las cortinas... todo parecía tener un tono grisáceo que los envejecía. Parecía un mundo olvidado, aunque en verdad no lo era del todo. Sólo era el frío rincón que ella deseaba dejar atrás, como todo lo de su propia patria, a sabiendas de que lo propio es lo más difícil –pero no imposible– de olvidar. Hacía muchos años que no visitaba esa parte del mundo. Sin embargo, no olvidaba cómo lo había dejado todo en ese apartamento, desde la última vez que allí se había quedado. Mientras se apresuraba a quitarse el sombrero y el traje gris oscuro, se acordaba de que su estado de ánimo actual era el mismo de aquel entonces: el resentimiento no perdona. La chaqueta y la falda quedaron a un lado, cerca de la puerta de su dormitorio. Sobre esas prendas lanzó también su sostén, sus medias veladas, sus interiores. Su larga cabellera castaña, lisa unas horas antes, ahora lucía húmeda y ondulada, aunque no dejaba de ser hermosa. Sí, hermosa. Toda ella lo era. Y no se cansaba de confirmarlo por ella misma frente al espejo que le dejaba contemplar, no sin aire narcisista, la blancura de su piel, la delgadez de sus piernas, la armonía de sus senos a la altura de los hombros, la curvatura perfecta y sedosa de sus bien levantadas nalgas. Nunca imaginó a la vanidad como un verdadero pecado –a pesar de su fidelidad a las enseñanzas católicas bajo las que había sido criada–, porque consideraba como un pecado aún más grande el de la falta de fastuosidad a la hora de apreciar el regalo divino. En suma, más que adorarse a ella, adoraba al creador.

El agua de la tina ya estaba lista. Ella se hundió entre las miles de pompas de jabón que resbalaban por su piel suave, reclinó un poco su cabeza, mientras buscaba en el aire los pensamientos que en su mente se revolvían, formando un vórtice de impaciencia contra el cual luchaba. Recordaba, entonces, que siempre se había jactado de mucho de lo que sabía, de muchas de las decisiones que había tomado y de todas esas veces en que no se había equivocado, pero no recordaba –o fingía no recordar– las otras veces en que su terquedad le había puesto al borde del desquiciamiento. Detestaba pensar en sus errores. Le enfermaba pensar, por ejemplo, en la noche de tertulia en Lyon, en donde discutió contra un escritor liberal porque a él le parecía un anacronismo permitir que un partido político antilaicista tuviera alguna curul en el congreso. “Las diferencias de pensamiento político, y su debida y respetable aceptación de parte de los congresistas, es lo que ha permitido escuchar las

diferentes bases sobre las que uno o más problemas sociales se han fundamentado”, le respondía el intelectual. “Pero no podemos permitir un pensamiento que, diferente a todos, no escucha a los otros, sino que busca la imposición sobre todos. Y la idea de dejar las decisiones políticas en manos de un clérigo es un verdadero anacronismo”. Lo que él consideraba un anacronismo era precisamente una de las tantas ideas de estructura social que ella defendía en su libro sobre el destino manifiesto de las sociedades actuales, condenadas por su exceso de liberalismo, y de ignominiosa permisividad. Su error fue, en aquel entonces, exponer su filosofía conservadora en una reunión en donde los librepensadores eran mayoría. De ahí que, en la discusión sostenida con el intelectual, sus argumentos se hayan visto inestables frente a los que el intelectual le exponía. La tertulia quedó registrada en un periódico local, en donde ella, más que la mujer escritora que no pudo defender sus ideas con argumentos válidos, quedó como la intelectual que estaba fuera de foco. Del casi millón de ejemplares de su libro, ninguno llegó a venderse. Su ira se transformó en odio contra esa mala patria, lugar que vio nacer la era de la Ilustración, y a Napoleón como resultado de ello. Ella detestaba a la Ilustración, y detestaba también a Napoleón, por ser representantes de una revolución social que permitió que el hombre, según ella, se alejara de la divina providencia. Prometió que nunca volvería a poner un pie en Francia.

Habían pasado más de diez años después de esa funesta tertulia política. Aquel evento era uno de los más difíciles de suprimir de su mente. Ella era una intelectual con sueños, alguien que deseaba hablar de hechos, de usar las palabras como el arma del futuro, pero pronto, esos sueños terminaron olvidados, no porque no siguiera creyendo en sus sueños de juventud, sino porque se dio cuenta que lo que ella realmente podía hacer no estaba en sus pensamientos, sino en sus acciones. Había dejado de argumentar frente al público, pero nunca había dejado de escribir.

Era en esos momentos, en que ella recordaba cosas así, cuando más se recriminaba su terquedad. Sólo se daba cuenta de que era terca cuando el daño ya estaba hecho, pero pronto lo olvidaba, y volvía a ser gallarda, egocéntrica y vanidosa. Sin embargo, la cuestión ya no era la de aceptar su terquedad sino la de defender su orgullo de mujer sagaz. Su llegada a Bogotá no había sido una libre decisión. Las cosas se habían salido de control. Las miles de advertencias que el futuro arzobispo Maciel le había hecho antes de que todo se llevara a cabo fueron más objeto de burla que de atención por parte de ella, aunque éste jamás lo llegaría a saber. Ahora su error podría costarle más que su carrera y su belleza.

Horas después sonó el timbre. Había mucho de lo cual desconfiar. Ella permaneció inmóvil, lejos de la puerta. El timbre volvió a sonar, esta vez un poco más impaciente. Entonces, ella caminó despacio hasta la cocina, movió unos cuantos cajones de los víveres y sacó un revólver. Aún ella no se reclinaba, cuando vio que, por debajo de la puerta, le lanzaban un

sobre. La luz proveniente de afuera le dejaba ver cómo la sombra de la persona que había timbrado desaparecía. Ella reconoció la señal. Dejó el revólver en su sitio y se acercó a la puerta a recoger el sobre que decía: "Llámanos". Fue al comedor. Dentro del paquete había varios papeles cuyo contenido, escrito en taquigrafía Gregg, le alteraba la respiración. Le hacían pasar de la calma a la impaciencia. Los miró uno por uno, tratando de luchar contra su odio interior, pero no lo soportaría por mucho tiempo: arrugó el último de los papeles, y con la misma mano que lo arrugó golpeó la mesa tan fuerte, que más tarde le provocaría un dolor que no superaría por mucho al desquiciamiento que le provocaba la información recibida. Soltó el papel, puso los codos sobre la mesa mientras se pasaba las manos sobre la cabeza. Todo seguía saliendo mal. Luego, para tratar de pensar mejor, puso sus manos en posición de oración, cerró los ojos por aproximadamente un minuto, y por fin se decidió a llamar.

Marcó el número que estaba anexo en un papelito dentro del sobre. Del otro lado de la línea le contestó una voz masculina:

-Te escucho.

-¿Cuándo empezó? –preguntó ella visiblemente alterada.

-Hace poco. Parece que ha estado dejando pistas por ahí. Nos va a sapear.

-¿Alguien más ha recuperado la memoria?

-Parece que sí. Los datos han variado según el paciente. En algunos casos empezó hace poco. Por eso te hicimos venir.

La voz se le congeló. No se daba cuenta de que estaba mordiéndose la uña de su dedo pulgar. Dejó de hacerlo cuando volvió su mirada sobre los papeles de la mesa. Tratando de disimular su voz desesperada se acarició el cabello, y dejó salir, muy despacio, un leve suspiro.

-¿Y dónde está ese cirujano? –preguntó ella.

-Ya está localizado –la voz del hombre se apresuró a contestar, tal vez porque ya sabía que ella se lo preguntaría, o tal vez porque ella le producía algo de temor -. Cuanto más pronto vayas a verlo será mejor.

Ella cortó la llamada. Aún confundida, se levantó de su silla y caminó de un lado para otro, pensando, sufriendo, lamentándose, sintiéndose juzgada por el ya anciano Maciel, quién jamás llegaría a perdonarle si todo se llegara a saber. La mirada gris, el dedo tembloroso y señalador del arzobispo se le aparecían en frente, condenándola para siempre a las

llamas del inframundo. Entonces volvió a llamar:

-¿Cuáles son sus rosas favoritas? –preguntó ella.

-Nenúfares. A él siempre le enviábamos nenúfares.

VII

UN golpe seco hizo estremecer el pasillo central, en el primer piso, del hospital universitario. Eran las dos y diez minutos de la mañana. A pesar de que la distancia entre la entrada principal y la sala de urgencias es corta, para los paramédicos, era como si la carrera contra la muerte hiciera que esa distancia fuese tan abismal, por lo que a veces culpar a ese pasillo de la muerte de algún paciente era más fácil que culpar a la enfermedad en sí. Tras ellos, una mujer, la madre de la paciente, luchaba contra su incapacidad para correr. No le importaba el dolor de caderas que le achacaba desde hace días. Su malestar seguía ahí, pero eso era más tolerable que el padecimiento de pensar que esa podría ser la última vez que vería con vida a su hija. Susurrar letanías a la omnipotencia por el alma de su querida era lo único que podía hacer.

La sala de urgencias, con sus débiles luces blancas no era, a los ojos del doctor Moisés Huertas, menos lúgubre que una funeraria. Detestaba los casos de urgencia, aun cuando la mayor parte de su trabajo como cardiólogo lo realizaba en la sala de urgencias. Lo que le interesaba en realidad era el corazón humano, su funcionamiento, sus conexiones periféricas y las enfermedades que atacan al sistema circulatorio, no lo que les pasa a las personas cuando ese sistema deja de funcionar –o funciona- normalmente. Pero también sabía, como todo ser humano, que las cosas no se trataban de lo que se desea sino de lo que está más allá del deseo. De ahí que a veces dedujera que las terribles cefaleas que él sufría se debieran a causa del estrés que produce la obligación de tratar con el paciente de intermediario, y no directamente con la enfermedad. Sin embargo –pensaba ahora- que casos de emergencia como el que atendía en ese instante eran los que debía tomar más frecuentemente, ya que un paciente bajo efecto del pentotal es menos fastidioso que otro que hable de dolores imposibles de describir. Miraba atentamente cómo una de las enfermeras ponía la canalización intravenosa en la vena humeral izquierda. Era esto lo que le aseguraba al doctor Huertas que su paciente no se interpondría en su trabajo. Luego vino la parte aburrida: toma de signos vitales, la delimitación del área donde se realizaría la cirugía, el monitoreo cardiaco, la revisión del efecto midriasis en las pupilas de la paciente, el conteo de compresas...

Una repentina fibrilación estuvo a punto de arruinar el momento previo a la incisión muscular. Superado el ataque, era el momento de entrar: el

doctor Huertas separó el esternón de la paciente, luego la pleura y los pulmones, hasta llegar al corazón. El doctor Huertas vio los primeros indicios de necrosis, señal de infarto agudo de miocardio y de una angina de pecho que debió atormentar a la joven antes de caer desmayada. Él no sabía si estaba imaginando ese dolor, o si en realidad era la nuca lo que de nuevo le molestaba. Por tercera vez en el día su nuca le hacía maldecir en silencio. Sus manos empezaron a temblar justo cuando empezaba el baipás coronario. Tratando de controlar sus movimientos, el doctor Huertas tomó lentamente la arteria mamaria para la derivación en la arteria coronaria obstruida de la paciente. El dolor en la nuca del doctor se hacía cada vez más insoportable. La arteria mamaria se deslizaba entre sus dedos, se rehusaba a cooperar. El dolor en su nuca y la dificultad para realizar la desviación arterial llevaron al doctor Huertas hasta la impaciencia, y sin tomar medidas agarró violentamente la arteria mamaria, ante la mirada atónita de las enfermeras, lo cual produjo una segunda fibrilación en la paciente, que el doctor Huertas casi omite en su intento de terminar lo más pronto. Esta vez no pudo contenerse. Dejó salir la palabra "hijueputa" que tenía atorada en su garganta, y dio dos pasos atrás para permitir el trabajo de desfibrilación, que en esta ocasión les tomó un poco más de tiempo a las enfermeras. El dolor en la nuca del doctor había cesado un poco. Respiró profundamente e hizo la derivación coronaria. Al final sintió que se le iban las fuerzas cuando cerraba el esternón de la paciente.

-¡Que nadie me moleste ahora! –gritó mientras se quitaba la cofia y el tapabocas-. Hoy no estoy para maricadas.

El aire frío de su consultorio le acariciaba su prominente y sudorosa calvicie, de la cual algunos de sus colegas médicos se burlaban a sus espaldas. Ninguno tenía la osadía de hacer comentarios soeces sobre esa calva -que parecía desgastarse a causa de un vitíligo que no terminó de desarrollarse, y que le dejó una pequeña mancha de color rosado- no porque les faltaran ganas de hacerlo, sino porque sabían muy bien que el doctor Huertas no es un hombre muy paciente. Era más bien huraño, de personalidad recia, con una actitud a veces de apatía que llegaba a confundirse con la egolatría. Y a pesar de parecer ególatra, en realidad no lo era. La distancia que había decidido mantener entre él y las personas se la atribuía a la necesidad de pensar como médico y no como persona. De ahí sus modales fríos con sus pacientes, con sus colegas, y en cierto modo, hasta consigo mismo.

Se reclinó en su silla, como quien espera sin preocupación lo que habría de venir después de una mala jugarreta. Y no se equivocaba. La puerta de su consultorio se abrió. El doctor Huertas apenas volvía su mirada indiferente al doctor Molano, el único ser de ese hospital que parecía aguantar las rabietas de su amigo cascarrabias, por amistad o por lástima, o porque le parecía muy fácil ir siempre más allá de lo que el doctor Huertas pensaba, de ahí que, sin decir palabra, Molano se limitara a hacer

un incómodo mohín de angustia, advirtiéndole a su colega que lo que vendría no era para nada bueno. Tras el doctor Molano entraba la doctora Montoya, con esa actitud de disgusto que le provocaba el hecho de entrar a ese consultorio por las mismas razones.

-¿Qué pasó allá? –preguntó secamente la doctora mientras cerraba suavemente la puerta, para no llamar la atención de nadie más-. Una fibrilación en medio de una cirugía está bien. Pero dos en una misma cirugía ya es como para alarmarse.

-Los principiantes se alarman –contestó Huertas. Giró un poco su silla giratoria como para no perder la confianza frente a su verdugo-. Y si yo me alarmo, todos en la sala se alarman y todo se nos va al carajo.

-Usted conoce mejor el estado de su paciente. Ya la ha visto con anterioridad. Sabe que una sola fibrilación en un paciente con arteriosclerosis podría matarlo en segundos.

-Pero no lo hizo. ¿Y además yo que podía hacer? Ya había necrosis tisular. No me iba a quedar esperando a que el corazón latiera bien mientras se le acababa el aire...

-Hay que estar seguros de que todo está bien en el pre quirúrgico.

-Yo sé lo que toca hacer. Por eso soy cardiólogo- respondió el doctor Huertas, tratando de disimular su impaciencia con un tono de voz bajo y frío. Sin embargo, era consciente de lo inútil que era ocultar su turbación-. Y el pre quirúrgico se hizo bien, pero ya no había tiempo de revisar. Su arteria izquierda estaba obstruida. La paciente se nos iba.

-Antes debemos agradecer que no se nos fue cuando le dio la segunda arritmia- intervino el doctor Molano, impasible ante la indiferencia de la doctora Montoya. El doctor Molano se acariciaba su mentón, se rascaba la nuca, miraba a todos lados como preguntándose para qué continuar con una conversación tan fatua, tan aburrida, como si la paciente no se hubiera salvado. "Se salvó, y es lo importante" parecía decirle al doctor Huertas, o al menos este último así lo entendió-. No es culpa suya que la fibrilación apareciera justo cuando usted le hacía el baipás coronario a la paciente. Al menos no ocurrió un aneurisma.

-Hubiera sido peor un aneurisma ventricular, doctora –se apresuró a decir el doctor Huertas.

-Eso no nos quita la preocupación sobre su proceder en las cirugías –respondió Montoya-. Además ya no es la primera vez que ocurre algo así en cirugías hechas por usted. Sabe que tengo que informar esto al

tribunal médico. Está poniendo en riesgo su licencia, doctor.

La doctora Montoya sale del consultorio tan disgustada como entró, sin notar los gestos de fastidio que el doctor Molano le lanzaba a sus espaldas. El doctor Huertas puso sus codos sobre el escritorio, la frente sobre sus manos juntas, respiró profundamente, como pidiéndole paciencia a un dios en el cual había dejado de creer desde que descubrió que tal ser no era lo suficientemente inteligente como para atribuírsele la creación de tan sofisticada maquinaria, como lo es el cuerpo humano. Tal creación no era digna de él. Pero jugarretas como esa, como una inesperada fibrilación en medio de una cirugía tan delicada como el baipás coronario, le hacían considerar que tal vez era cierto, que tal vez ese dios sí se había puesto en la tarea de crear cosas tan complejas y, al mismo tiempo, tan anodinas. De ahí que existieran las enfermedades: "sólo un pendejo hace cosas tan mal hechas" pensaba.

Sin embargo, lo que en verdad lo estresaba no era la idea de verse a sí mismo frente al frívolo tribunal médico, quienes leerían el estudio médico de la doctora Montoya con todo el deseo de encontrar algo que justifique el despido y la revocatoria de la licencia del doctor Huertas. No. Su preocupación iba más allá de todo lo que se relacionara con su actual vida de cardiólogo profesional, vida tal que le costó el sacrificio de su ser anterior, de ese ser que antes fue y que ahora era reconocido como uno de los mejores cardiólogos de Bogotá, y probablemente, el mejor de Colombia. De ahí que normalmente, era el doctor Huertas el que se limpiaba el trasero con el tribunal médico, era él quién terminaba despotricando contra la ineptitud de quienes se sentían con el derecho de juzgar su proceder; de ahí también el placer de los jueces del tribunal médico cuando supieron que esa vez el doctorcito, el engreído ese, no se saldría con la suya, porque ya él había acumulado muchas visitas ante los miembros del tribunal, y solo necesitan un pequeño error del viejo cacreco de Huertas para despedirlo como se merece: de una patada en el culo, y por la puerta de atrás.

Molano era ese tipo de colegas de trabajo que siempre está ahí, en el momento preciso, no para darle alivio a los colegas ante los problemas, sino para todo lo contrario: para restregarle los errores a los demás de un modo que no ofende, pero que si duele. A veces, Molano terminaba por exasperar al doctor Huertas más que las otras personas, pero al mismo tiempo, era el único capaz de soportar la actitud acre del viejo cardiólogo. Ese lazo de amistad los convertía a cada uno en el complemento del otro. Por eso Molano estaba ahí, porque era el momento preciso para estresar a su amigo, y porque era el momento para llegar a lo que realmente le agriaba el rato al viejo doctor Huertas.

-O sea que si yo no me aparezco por aquí usted se queda sin argumentos ante la doctora Montoya -dijo Molano sardónicamente-. -¿No era más

sencillo decirle que le dolía la nuca y izan! se acabó?

-¡Mire, Molano, ahorita no me joda que estoy que mando a comer mierda a todo el mundo! ¡Y eso lo incluye a usted!-gritó Huertas mientras se reclinaba de nuevo en su silla, llevándose ambas manos a la frente.

-Pero si usted no puede hacer eso. O cuénteme una cosa: ¿Cómo va usted a mandar a todo el mundo a comer mierda, si todo el mundo lo mandó a comer mierda a usted? -la sonrisa de Molano se agranda.

-Sus chistes pendejos nunca me han hecho gracia, y menos ahora que tengo este dolor que ya me tiene mamado. ¡Y como no es a usted al que le duele! -Huertas se secó su calva con su pañuelo, se movía inquietamente en la silla, y luego señaló la gaveta en la que se recostaba Molano. Con un gesto amargo, le pidió que sacara el botiquín de primeros auxilios que estaba allí dentro.

Molano siguió sonriendo por unos segundos, mirando al suelo y moviendo la cabeza suavemente de un lado a otro. Después sacó el botiquín de la gaveta y empezó a abrirlo sin decir nada, porque sabía que su amigo, fuera como fuera, empezaría a hablar:

-El dolor en la nuca me empieza a dar siempre cuando estoy en cirugía, o cuando estoy con un paciente con trombosis avanzada que necesita atención de urgencias, o cosas así -dijo Huertas, un poco más calmado, pero no menos preocupado que antes-. Yo ya no sé qué hacer. Estas cosas son difíciles de ocultar.

Molano sacaba un tensiómetro, un paquete de algodón, un frasco de isodine, una jeringa y un pequeño frasco de vidrio sin etiqueta alguna, cuyo contenido líquido tenía un color azul pardo.

-Estos recordatorios ya me tienen hasta la coronilla -continuaba Huertas-. Si me metí en esto de la cardiología es porque esto es lo que siempre quise hacer. Antes de que todo se fuera a la mierda... antes de que todo el mundo me importara, y antes de comprender que eso no servía de nada...

Huertas permaneció un rato en silencio. Trataba de pensar en aquello que ya no estaba en su mente. Molano le pedía que se reclinara para poder tomarle la tensión. Todo estaba normal.

-Lo que diga el tribunal médico sobre mí me importa un bledo, Molano. Si me echan, pues me voy a otro hospital y izan! se acabó -Huertas notó que usaba una expresión muy común de Molano-. Lo que si me importa es saber cómo hago para concentrarme en lo que hago, en lo que soy bueno haciendo, sin que nada me esté recordando lo que pude haber hecho antes... A veces me pregunto si el día en que yo me muera me van a

servir de algo los nenúfares... tal vez ese día no los voy a querer más.

Molano puso una almohadilla en el escritorio. Huertas llevó todo su cuerpo hacia adelante, hasta dejar caer la frente sobre la almohadilla. Sobre la nuca del viejo, Molano aplicaba el isodine usando pequeñas motas de algodón. Después tomó la jeringa y la llenó con el contenido del pequeño frasco de vidrio. Dejó salir un suspiro corto, manteniendo su característica sonrisa, esa que a veces molestaba al viejo doctor Huertas, porque era como si para Molano, el cuarentón del hospital –como solía decirle el viejo- el mundo fuera un vaivén de nimiedades por las cuales todos se mataban la cabeza. Siempre permanecía sereno ante lo que sería grave para otros, y nunca se le vio discutiendo con otros, porque los otros no tenían tiempo suficiente para ver las cosas como el doctor Molano las veía. Él era diferente. Él no era como los otros. Los otros no hacían parte de su mundo.

-El pasado puede doler tanto como las heridas del presente –dijo Molano, sonriendo-. Por eso es tan normal que siempre queramos mirar hacia adelante. Y si lo hacemos es porque el camino está ahí, frente a nosotros, esperando a que lo recorramos. El pasado nos puede estancar, pero afortunadamente existe el presente, porque es desde ahí donde podemos pensar en lo que deseamos, y es desde ahí donde debemos empezar. Es necesario empezar.

-Usted sí que es bueno para hablar mierda, ¿No? –respondió el anciano doctor.

La aguja penetró suavemente la piel de la nuca, atravesó el cuerpo vertebral, luego las meninges, hasta llegar a la médula espinal, en donde se disolvió el contenido azulado de la jeringa. El doctor Huertas entró en estado de completa inconsciencia. Su respiración se volvió un estertor lento, pero fuerte, hasta que poco a poco fue desapareciendo. Sus pulmones dejaron de trabajar por unos instantes. Luego, la respiración se fue restableciendo.

-Está donde debe estar, doctor Huertas –dijo Molano, quien tenía la mano izquierda apoyada en la espalda del viejo cardiólogo. Dejó la jeringa sobre el escritorio y reclinó a Huertas sobre la silla. Tomó el pañuelo y empezó a secarle la calva blancuzca calva-. Eso jamás se le puede olvidar.

El doctor Huertas no abría los ojos aún.

-Está donde debe estar, doctor Huertas –volvió a decir Molano-. Ahora repita mentalmente lo que le voy a decir:

“Soy Moisés Huertas. Cardiólogo desde hace veintiocho años. Soltero, sin

hijos. Jamás he tenido otra vida, y jamás volveré a despertar de esta”.

XI

LEJOS de todo, y lejos de haber tenido éxito en la dura faena pesquera en el adusto Río Magdalena, los tres hombres y el niño recogieron sus redes, más decepcionados por el inesperado curso que había tomado la Madre Naturaleza en contra de todos los pescadores de la región, que por la falta de habilidad de Ramiro, el inexperto, el hombre cuya suerte dependía ahora del chiquillo de nueve años. El negro Prudencio y el flaco Honorio jamás notaron el nerviosismo de su acompañante, dado que la mala racha de ese día había sido para Ramiro un guiño inesperado de su propia suerte.

En la mañana, los pescadores partieron desde Morales hacia el norte de Bolívar, pasando por Gamarra, llegando a La Gloria después del mediodía, hasta llegar al Brazo de Papayal en la tarde. Toda una larga travesía, al ritmo de los viejos vallenatos que sonaban en el viejo transistor del negro. Un viaje hecho para nada. El río se secaba. No se había encontrado el primer cardumen desde varias semanas atrás, y el gremio de los pescadores ya se veía fuertemente afectado por la sequía. La misma situación se vivía más allá del lugar en el que estaban: llegaban noticias de la implacable asolada desde Magangué, El Banco, Tenerife y Barranca. La suerte de los pescadores estaba echada. Poco se hablaba en los noticieros radiales acerca de la situación de los pescadores, pero sí se hablaba mucho de la decisión del gobierno de César Gaviria de realizar recortes energéticos a lo largo y ancho del país debido a la sequía, algo que a los hombres que vivían de la pesca les importaba un comino, porque estaban más acostumbrados a pasar las tradicionales noches colombianas a la luz de las velas, que a las bombillas de Thomas Edison.

-¡Cómo si fuéramos a comer corriente! –decía Honorio con saña.

Agarrado al mástil de la canoa, Ramiro observaba el follaje a la orilla del río, que adquiría un tono amarillento, casi ocre, parecido al bronceado de su piel. Era el color de la muerte. Para él, eso no era casualidad.

El pequeño José, pateando suavemente la pantorrilla de su padre, y sin musitar palabra, le indicó con la mirada que ayudara a recoger la red. Apenas cuatro bocachicos salían enredados en la enmarañada red. Honorio no pudo evitar la tentación de risa al ver los ojos lechosos de los pescados.

-¡Primero se los comen los bichos antes que nosotros! –exclamó. Tenía sobre su cabeza unos pocos pelos enmarañados que no se movían a falta de viento. Las noches de parranda que llevaba desde su juventud

empezaban hasta ahora a hacer estragos en su ya escuálida figura: bajo la vieja camiseta se podía ver la graciosa silueta de una barriga hecha para resistir duros embates frente al ron- ¡Vota esa vaina que pa' cuando lleguemos al pueblo eso va a estar picho ya!

-¡Eee, no joda! –se apresuró a contestar el negro Prudencio, mirando fijamente a Honorio sin poder creer lo que hubo escuchado. Llevaba un sombrero voltiao que siempre levantaba un poco hacia atrás cuando hablaba con sorpresa o cuando iba a pelear. Tenía el torso desnudo, despreocupado por la furia con la que el sol calentaba, porque quemar su piel era algo que el astro rey ya no podía hacer más-. ¡Si tú no tienes hambre entonces me voy a comer tu bocachico y el otro se lo llevo a la negra!

Honorio rió aún más fuerte, mientras veía cómo Prudencio apartaba dos bocachicos y los dejaba luego a su lado. Al negro se le escapó una sonrisa leve, mientras miraba a Ramiro, quién no parecía muy interesado en la recocha entre los dos hombres.

¡Oye, Ramiro! –le habló Prudencio-. ¿Y tú no te va' a llevar tus pescados? ¡Porque si no yo me los llevo también!

Ramiro se quedó mudo por unos segundos. Volvió su mirada al pequeño José, pero este le hacía señas de mantenerse con naturalidad.

-Me los llevo –contestó, fingiendo una sonrisa tranquila.

-Relájate compadre, que la mala suerte nos tocó ahora, pero vas a ver que esto se compone en unos días, y esto se nos va a llenar de bocachico hasta la proa –le dijo Prudencio, al notar que su compañero no parecía el de siempre, el que más se movía en la canoa, el que los hacía ir casi hasta Mompós cuando los cardúmenes se rehusaban a aparecer cerca de Morales.

En la noche, Lorena Carrascal escuchó desde la cocina el ruido del viejo motor de la canoa de Honorio. Le estaba dando sorbitos de sopa a la pequeña Marianita. Había sentado a la niña en la repisa de la cocina, pero cuando escuchó el ruido que venía a lo lejos, la bajó, y se apresuró a recibir a su marido. No siempre se había acercado a la orilla del Magdalena a recibirlo, pero las últimas semanas había sido necesario, dado que la mala racha por la que él pasaba lo había hecho montarse en cólera en repetidas ocasiones. A pesar de que Ramiro llegaba sin decir una sola palabra, Lorena Carrascal había aprendido a identificar los signos a través de los cuales podía leer la ira de su marido. Él pasaba por el lado, mirando al suelo, ignorando las miradas de su esposa y de la niña, buscando algo de comida si tenía hambre o si la impaciencia le permitía comer. Ese era su comportamiento usual. Sólo había sido diferente cinco días antes cuando, al llegar a casa, la niña intentó mostrarle las primeras

frases que había aprendido a escribir, y Ramiro, agotado tanto por la infructuosa pesca como por las presiones de sus problemas en Puerto Wilches, le ordenó a gritos que no lo molestara, que lo dejara tranquilo, que la vida no lo había hecho a él a prueba de todo, y que seguramente el otro si era capaz de aguantarlo todo. La niña corrió a los brazos de Lorena Carrascal, llorando sin hacer ruido, temerosa de sentir la correa de su padre calentándole las piernitas de un riendazo. Había aprendido a temerle a su padre, y por eso ya no salía a recibirlo. Lorena Carrascal temía que su marido descargara su furia contra José, lo cual nunca llegó a ocurrir, pero eso no significaba que nunca fuera a ocurrir. Sin embargo, la mujer presentía que algo era diferente esa vez: Marianita se había esforzado más en mejorar su escritura, y estaba empeñada en ser la primera en recibir a su padre cuando éste llegara, cosa que hizo. La actitud de Ramiro era diferente a la de las últimas noches: se le notaba preocupado, pero no furioso. Lorena Carrascal se preguntaba cómo era que la niña sabía que su padre no le gritaría de nuevo, como sabía que él la tomaría en sus brazos y la besaría como si hubiera sido la primera vez que la veía; cómo sabía que, de un modo tan cariñoso, la felicitaría por sus logros, le sonreiría a ella y a José, y les ordenaría de un modo tan dulce que fueran a dormir, que no se trasnocharan jugando y que iría a verlos después de comer un poco y de hablar con su esposa. Ya Lorena no sabía si sentirse aliviada de ver a su marido más calmado, o si preocuparse más.

Desde la ribera del Magdalena se percibía el suave olor a naranjas que viajaba impulsado por la brisa nocturna, junto con el ensordecedor cantar de los grillos a lo largo del pastizal que rodeaba el rancho. Todo aquel paisaje seguía siendo un misterio en la mente de Ramiro, un enigma fuera del alcance de su memoria. Tenía frente a sí la mirada curiosa de la que decía ser su esposa, la hermosa mujer de piel canela y cabellera oscura, ondulada, esa que en la mañana lo había visto desnudo, quién le había alistado los pantalones, le había dejado el desayuno preparado y le había dado un inolvidable beso de buena suerte antes de remontar el río con Honorio y Prudencio. No había olvidado la respiración de la mujer acercándose a su delgado rostro, ansiosa de besarlo, de abrazarlo, de hacerle sentir que todo su amor y todo su curvilíneo y precioso cuerpo eran sólo para él. Y él, su mente en blanco, pero su deseo firme. Ahora veía el rostro de "su mujer" bajo el brillo azulado de la luna llena, bajo la sinfonía interminable de los grillos a lo lejos, la hermosa sonrisa de ella, llamándolo al amor. Sin mediar palabra, Lorena Carrascal se abalanzó al cuello de "su marido". Él, enfrascado aún en miles de preguntas acerca de su pasado, de su vida real, de las personas que le llamaban "Ramiro" cuando ni siquiera él mismo podía recordarse, sentía que esa escultural morena había sido suya miles de veces. De ahí que dejará que la luna, a través de la ventana de su cuarto, brillara sobre su cama y sobre su amor.

A la mañana siguiente todo seguía igual en la mente de Ramiro. Ni la faena de la noche ni el profundo sueño pudieron devolverle un poco de su pasado. Sin embargo, algo más había de agregarle: además de haber perdido completamente –o en parte– su pasado, le preocupaba también su futuro, puesto que al parecer, al Ramiro de antes le esperaban problemas mayores a los que ya tenía. Pensó entonces en todo lo que secretamente le había dicho el niño el día anterior, cuando estaban de pesca: le habló de su longeva actividad como pescador; de la fuerte amistad que lo unía con el negro Prudencio desde hace ya varios años; de don Jacinto el suegro, que llegaba cada domingo para ver a sus nietos y para ver en qué andaba el negocio del nuero; de Honorio, quién se había unido al negocio del par de pescadores hace muy poco, porque el negro y Ramiro se habían quedado sin lancha para recorrer las riberas y buscar los cardúmenes de bocachico, así que necesitaban un socio; de los últimos problemas que han tenido para pagarle lo de la gasolina a Honorio, y su probable decisión de abandonar la sociedad; y de la reunión que lo esperaban a él y a sus compañeros en Puerto Wilches, con los vendedores de pescado. Dicha reunión no sería buena, porque los vendedores no estaban en muy buenos términos ni con ellos ni con ningún pescador del Bolívar. No entendían que no era culpa de los pescadores que el clima seco se ensañara con la región, y que tampoco era culpa suya que el pescado se dañara tan rápido.

-Pero todo debo explicártelo despacio –le había dicho el niño el día anterior, al mismo tiempo que le explicaba cómo tender la red al cerco-. Si alguien más se da cuenta vamos a tener problemas, y por eso me toca paso a paso. Fue lo que me dijiste, papá.

Ramiro le hacía preguntas a José, pero el niño insistía en que todo debía develarse a su tiempo, que eran instrucciones precisas que había recibido de su padre con anterioridad.

Horas más tarde se encontraban, los tres hombres y el niño, en Puerto Wilches, pasando por los puestos de la plaza de mercado, para saber en dónde era la reunión aquella. José tomaba del brazo a su padre y le iba diciendo los nombres de las personas a quienes saludaban, las diferentes circunstancias en que las había conocido y el tipo de relación que llevaba con ellas. Así mismo, le recomendaba evitar la gazmoñería con la que andaba, porque si no, los demás sospecharían.

-¡Ramiro! ¡Ramiro!–escuchó que lo llamaban de lejos.

Una correría de alguien que daba fuertes zancadas sobre las estibas, que hacían de piso al interior de la plaza, despertó la atención del niño. Entonces, antes de que la persona que corría hacia ellos llegara, José le decía a su padre que aquel joven se llamaba Inocencio Meeya, un barí amigo de ellos, que al parecer traía malas noticias. Le recomendó hablar

con precaución.

-¡Ramiro! –dijo el joven indígena, jadeando de cansancio. Puso sus manos en las rodillas para tomar un poco de aire. Luego pudo hablar-. El kasuu los está esperando en la bodega.

-¡Mierda! Ahora sí nos llevó el que nos trajo –dijo Prudencio, un poco asustado.

Ahora todos iban a la tal bodega. Ramiro y José se quedaban un poco atrás. El niño le contaba que el hombre blanco o kasuu, como lo llamaban en idioma añú, se llamaba en realidad Matoma Salgado, que era el mandamás del sector pesquero en la región, un hombre astuto y muy peligroso. En Puerto Wilches se rumoreaba que venía de los llanos orientales, que había huído de allá porque había formado un grupo armado con otros terratenientes para enfrentarse a los guerrilleros de esa región, pero que había fracasado. Así que logró reunir unos cuantos hombres armados y terminó ahí, en Bolívar, contratando matones a sueldo y abriéndose paso en el mercado pesquero.

La razón por la cual los había hecho llamar era la de saldar una cuenta pendiente: ya llevaba varias semanas esperando por los bocachicos frescos que ellos le habían prometido. Dichos peces se podían encontrar en una sola parte del Río Magdalena, sitio que no le había sido revelado, pero que sólo ellos tres conocían. Sin embargo, el kasuu creía que los pescadores se le estaban haciendo los maricas con el pedido, que muy probablemente estaban pensando en venderles a sus competidores, cuando había entre ellos un trato de exclusividad y un dinero pagado por adelantado, pero que él, el kasuu, no era ningún marica, que ya no se iba a aguantar más la güevoneadera de esos tres, y que ya iba a empezar a presionarlos más fuerte. Así, desparpajo, más molesto por el calor que por el dolor en su espalda, producto de una escoliosis jamás tratada, les habló cuando los vio llegar.

-¡Al fin aparecen! ¿Dónde andaban metidos? Ya estoy mamado de estar como una parturienta, pariendo madres a todo el puto mundo por culpa de ustedes. ¿A qué hora me van a traer lo mío?

Prudencio se echó su sombrero un poco hacia atrás y tomó la palabra.

-Don Matoma, lo que pasa es que...

-¡Usted a mí no me hable, maricón! –interrumpió el kasuu, mientras se levantaba un poco de su sillón, para que su hijo el mayor, Toño, le acomodara el cojín. Un rictus de dolor se escapó de su abultado rostro-. Le estoy preguntando aquí al señor Ramiro, quién fue el que vino aquí a

poner el culo por ustedes. ¿Sí o no, Ramirito?

Ramiro sintió que su cuerpo se tambaleaba. Estaba indeciso. El calor adentro de la bodega era insoportable. El aire era tan delgado, que estaba a punto de pedir que le dieran algo de tiempo para respirar. Recordó lo que le había dicho el niño: tenía que decirle a Don Matoma que el paso para el lugar donde se encontraban los cardúmenes se estaba poniendo difícil, y que dentro de unos diez días podrían pasar. Tan pronto empezó a hablar, sintió un punzón débil a la altura de las sienes, que poco a poco empezó a doler.

-El paso... ha estado difícil estos... días, Don...- dudó un poco el nombre del sujeto. Luego recordó- Don Matoma. Las crecientes no nos... no nos dejan pasar...

-¿Crecientes? ¿¡Acaso me creen güevon!? -se sobresaltó el obeso kasuu. Se puso la mano izquierda a la altura de la cervix y empezó a sobarse para tratar de mitigar tanto el dolor lumbar como la ira-. Estamos en pleno verano, ¿Y ustedes me salen con que hay "crecientes"? ¡Vayan a mamarle gallo a sus madres, malparidos! Denme otra excusa mejor antes de que les diga a los muchachos que pidan el reembolso de mi plata.

Ramiro no podía soportar más la terrible cefalea que lo aquejaba. La luz entraba por una claraboya. El rayo de sol le pegaba directo en la cara al enjuto hombre, quien empezó a escuchar voces extrañas, risas, quejidos que salían desde lo más recóndito de su desaparecida memoria. Volvió su mirada a Honorio, y vio que ahora era él quién le hablaba a Don Matoma. Las voces en la cabeza de Ramiro se hacían más intensas. Cada vez que parpadeaba, le parecía ver fugaces relámpagos cruzando frente a sus ojos, como si fueran pensamientos impenetrables, imágenes distorsionadas, recuerdos olvidados. Puso luego sus manos en las sienes, desesperado por el dolor, pero luego, para su propio asombro, parpadeó dos veces, y luego se dio cuenta de que ya no estaba en la bodega. Se hallaba acostado en un chinchorro, que no lograba reconocer, así como tampoco reconocía el nuevo sitio en el que se encontraba: una especie de bohío en alguna parte del Rio Magdalena. No había nadie más allá adentro. Escudriñó con su mirada el bohío desde el techo hasta el suelo. Se levantó del chinchorro y recorrió todo el lugar preguntándose una y mil veces por lo que le ocurría, por qué siempre despertaba sin recordar nada, por qué su memoria se empecinaba en mantenerlo en un estado de auto cuarentena.

Luego, escuchó el sonido chirriante de los goznes de la puerta. Sentado de nuevo en el chinchorro, Ramiro volvió su mirada hacia atrás. Vio entonces a José y al barí Inocencio Meeya entrar en la habitación.

-¿Qué fue lo que pasó? -le preguntó al niño.

-Tranquilo, Ramiro -le contestó el indígena-. Hasta ahora está empezando. El efecto de los azahares se le está pasando. Ya habrá tiempo de recordar.

Inocencio le entregó a Ramiro una totuma de agua. Se incorporó luego, como para decirle algo que -sabía- le llegaría a su interpelante hasta los huesos.

-Los barí estamos listos para pelear de nuevo.

XV

-¡LA tomba, ñero! ¡Nos cayó la tomba! -era todo lo que podía escuchar.

Los gritos le llegaban como un eco desde la distancia, en medio de la oscuridad y el silencio en el que estaba sumergido. Abrió los ojos poco a poco. Todo estaba nublado frente a él. Su vista se iba aclarando. Tratando de hacer un poco de conciencia sobre lo que había a su alrededor, sintió que su brazo izquierdo formaba un ángulo de noventa grados respecto de su cuerpo. Luego, un calor suave, que segundos después se hizo pesado, empezó a recorrer su brazo desde la mano hasta el codo. Notó entonces que en esa mano, temblorosa y acalorada, sujetaba un revolver recién disparado. Aún se podía ver el hilillo de humo saliendo del cañón, mientras el olor a pólvora dejaba una estela de muerte en el aún desconocido lugar. El brillo del arma y la piel de su brazo se volvían cobrizos bajo las frescas manchas de sangre. Pronto, su visión dejó de ser doble. Frente a él, en el interior de un auto, yacía el cadáver de un hombre vestido de traje y corbata, quién había recibido dos balazos certeros en el pecho. El sujeto del revólver experimentaba, en ese instante, los efectos del súbito despertar después de un largo periodo de somnolencia, de ausencia del mundo. No reconocía el lugar, ni lo que estaba ocurriendo. No pudo hacerlo, porque lo último que pudo ver antes de volver a dormir fue la culata de un fusil Galil con la que un soldado le golpeó rápida y directamente en la nariz. Ahí, todo volvió a ser oscuridad y silencio.

No lo despertó el piso frío sobre el cual había estado durmiendo quién sabe cuánto tiempo. Tampoco lo despertó el fuerte hedor a orines que se respiraba en el ambiente, sino el ruido de rejas abriéndose y cerrándose, y el incesante murmullo de cientos de personas a su alrededor. Una horrible cefalea se apoderaba de su cabeza, como si hubiese tenido alguna pesada y alcohólica fiesta el día anterior. Le costó un poco de trabajo abrir los ojos, debido al dolor de cabeza, pero luego llegó a arrepentirse de haberlos abierto: notó que se encontraba encerrado con otras decenas de

delincuentes en alguna unidad permanente de justicia. No tenía ni la menor idea de cómo había llegado allí. No tenía ni la menor idea de nada, porque todo se había borrado de su mente. No había nombres, no había edad, no había familiares, no había nada en su memoria que lo llevara directamente a la razón de su existencia en el mundo. Sin embargo, eso no parecía importarle. Era como si ya se hubiera acostumbrado a ello, pero ni siquiera recordaba si ya estaba realmente acostumbrado.

Dejó la cobija a un lado y se levantó. Trató de disimular un poco su mal aliento pasando la lengua sobre sus dientes y tragando algo de saliva. El lugar en el que estaba era una celda general de aproximadamente cuarenta metros cuadrados y quince o veinte metros de altura. Adolescentes, jóvenes y viejos caminaban de un lado a otro, en grupos; otros permanecían sentados o recostados contra alguna pared, fumando cigarrillos o marihuana en grandes cantidades. Algunos de ellos eran ladrones y raponeros. Otros eran habitantes de la calle. Hablaban entre ellos a gritos y a golpes. A veces se formaban riñas sin importancia entre los reclusos, pero en otras ocasiones, dichas riñas se tornaban extremadamente violentas. En las rejas, aquellos que no eran delincuentes –en su forma de vestir y de mirar se les notaba que no lo eran- se aferraban con temor y con fuerza a las barras de acero, como buscando el milagro, la ayuda celestial que les sacaría de ese infierno, ayuda que, desafortunadamente, jamás llega. Los malandros les robaban las camisas, los zapatos, las medias, los pantalones y a veces hasta los calzoncillos. Golpeaban a los que se atrevían a defenderse. Morir a puñaladas no era algo muy recurrente en aquel averno, pero la amenaza de una muerte así era perpetua.

Lo que más le importaba a él era cuidar su espalda. Se sentó en el suelo, con los codos sobre las rodillas, mirando al suelo, pero oteando de vez en cuando a su alrededor. Conforme la noche avanzaba, los policías traían nuevos reos a la gigantesca celda general. Ya había poco espacio para moverse. Él no se preguntaba en ese instante por su desvanecido pasado, sino por su incierto futuro. Sabía que en ese lugar, un roce o una mirada con otro sujeto podría malinterpretarse como amenazante, y eran por lo general desencadenante de riñas, así que trató de evitar a toda costa mirar a otros y tocar a otros.

Afortunadamente para él, su aspecto estaba acorde con el lugar en el que estaba: vestía jeans negros sucios, zapatillas Nike rotas, y una camiseta esqueleto un poco amarillenta, manchada aún de sangre. En su muñeca derecha tenía unas cuantas manillas de fabricación hippie y dos del América de Cali. En su cuello colgaba un escapulario blanco. Sí se preguntaba cómo era que los guardias le habían dejado entrar con todo eso, cuando por lo general ellos son hombres que se roban hasta un pedazo de excremento del culo de los reos. Nada de eso importaba en ese

momento.

Al lado de él, habían llegado un par de viejos habitantes de la calle que hedían a mierda. El número de presos ya había aumentado considerablemente. Él no pudo seguir más tiempo sentado, pero tampoco se pudo mover del lugar en el que estaba, así que tuvo que aguantarse a los ancianos malolientes por unas horas más, hasta cuando se formó una pelotera general entre todos los delincuentes, quienes gritaban y lanzaban injuriosas palabras a los guardias. Estos últimos, para controlar a los presos, les lanzaron chorros de agua fría a manguerazos. Los chorros golpeaban con fuerza el rostro, el pecho y la espalda de los reos. Algunos de ellos terminaron en el suelo. Él, que estaba en el fondo de la celda, logró cubrirse del agua, en tanto que los viejitos malolientes gozaban de aquel baño milagroso del cual, a juzgar por el hedor, no habían disfrutado desde hace mucho tiempo.

Después del baño, apareció un guardia que parecía ser el mandamás de la UPJ:

-¡Bueno señores! –dijo a los reos, mientras se balanceaba sobre sus pies, apoyándose simultáneamente sobre los talones y luego sobre las puntas de los dedos, lo que le ayudaba a imponer su imagen de autoridad- ¡Nos vamos a dar un paseo!

Con lista en mano, empezó a llamar a algunos presos, que fueron saliendo de la celda, después de recibir fuertes calvazos y puntapiés de parte de los que se quedaban. Él escuchaba y estaba pendiente. Pensó que si alguien no contestaba, sin duda se referían a él. La celda se fue desocupando a medida que los reos salían. Todos contestaron. El guardia jefe se llevó las manos a la espalda y ordenó a sus subalternos que cerrarían las rejas. Él no pudo averiguar su nombre.

Pero esa incertidumbre no le duraría mucho. Horas más tarde, llegó un guardia repartiendo objetos y comida a algunos presos. Los llamó por lista. Él ya no creía que fueran a llamarlo, pero luego escuchó que el guardia repetía el nombre de Esneider Velásquez, nombre al que nadie respondía. Sin pensarlo dos veces, él afirmó llamarse así. Se acercó a la reja, y vio que otro guardia traía en sus manos una bandeja con un plato de sopa, un plato de arroz, pollo, papa y lentejas, y un vaso de jugo de guayaba. Él, Esneider, sintió tras de sí que un grupo de hombres se acercaba lentamente, casi hasta aprisionarlo contra la reja. Eran habitantes de la calle que no habían probado bocado durante días, y ahora el hambre los conminaba a responder al delicioso aroma de la comida recién preparada. Cuando Esneider Velásquez tomó la bandeja, alrededor de diez manos llenas de mugre se abalanzaron sobre las papas, sobre el pollo y sobre el arroz. Fue imposible para él sostener la bandeja, así que, reaccionando al robo de su comida, arrojó la bandeja al suelo, y los hambrientos hombres se lanzaron como perros al suelo, a recoger con las

manos sucias la merienda desparramada. Algunos lamieron el suelo en donde se había regado la sopa. Ante aquel desastre, uno de los reclusos, hombre hercúleo de tez morena y anchas espaldas, saco una enorme navaja de su bolsillo, y se acercó a Esneider en actitud desafiante:

-¡Esta gonorrea! –le gritó el moreno en la cara, mientras le daba un fuerte empujón. Esneider Velásquez seguía alerta al movimiento de la mano en la espalda del sujeto, en la cual empuñaba la navaja-. ¿¡Por qué tiene que tirar la comida, granhijueputa!?

-¡Yo hago con mi comida lo que me de la puta gana!- respondió Esneider Velásquez sin mostrar ni un solo gesto de miedo. Aun cuando no se recuperaba del todo; aun cuando las preguntas sobre él mismo y sobre su situación lo llevaban a un estado de desquiciamiento interior; aun cuando sabía que la muerte podría sorprenderlo ahí mismo, en manos de aquel delincuente, Esneider Velásquez sentía que su actitud temeraria no provenía de una imprevista necesidad de defenderse, sino que aquello era, muy seguramente, parte de su día a día. Era su instinto el que actuaba. No quería defenderse: quería pelear. Subía un poco los hombros, empuñaba sus manos, listo para lanzar su más fuerte puñetazo en cuanto el gigante sestara el primer golpe, y fruncía el ceño, mirando ferozmente a su rival. No temía, a pesar de ser consciente de que aquel hombre lo aventajaba en estatura.

-¿Está muy alzado este pirobo? ¿Sí? ¿¡Está alzadoito, gonorrea!? –volvió a gritar el moreno.

-¿¡Pues qué va a hacer entonces, ñero!? –le respondió Esneider Velásquez, devolviéndole el empujón.

La trifulca estalló en ese instante. El moreno lanzó el primer navajazo intentando dar en el pecho, pero Esneider Velásquez, aprovechando que su corta estatura no le proporcionaba fuerza sino agilidad, echó todo su cuerpo para atrás de un salto. Subió sus brazos a la altura del rostro para defenderse, mientras buscaba, entre los repetidos navajazos que el negro le lanzaba, un punto en donde golpear. Pronto la oportunidad llegó: sosteniendo la navaja en su mano derecha, el moreno intentó apuñalarlo, lanzando otra cuchillada de izquierda a derecha, lo cual le dejó con todo el frente descubierto. Esneider Velásquez vio que tras cada navajazo se repetía dicho movimiento, así que, en cuanto la defensa de su enemigo llegó a estar abajo, lanzó un puñetazo que dio violentamente contra el mentón del gigante. Los demás reos, sin estar de parte de ninguno de los dos luchadores, alentaban con gritos la pelea. El desorden no duró mucho, dado que los guardias la emprendieron a chorros de agua fría contra todos los presos.

Transcurrieron otras dos largas horas dentro del presidio. Los dos hombres se miraban desde lejos, cada uno en un rincón. El moreno,

rodeado por otros reos, aún podía sentir los nudillos del enano descuadrándole un poco el maxilar inferior. Ansiaba el momento en que pudiera cobrarse esa injuria. Pero luego, viendo las ambarinas manchas de sangre en la camiseta de aquel –aprendió a conocer el tono de la sangre ajena cuando ésta manchaba al asesino–, supo que la venganza era algo que se debía pensar dos veces antes de llevarla a cabo.

Esneider se encontraba ya más calmado. Por otra cuestión de su instinto sabía que su enemigo no lo volvería a atacar, al menos en ese instante, así que dejó esa preocupación para la noche, dado que aún en su cabeza las cavilaciones sobre su pasado extinguido no le daban tranquilidad. No estaba seguro de ser realmente Esneider Velásquez pero decidió asumir ese nombre, tratando de hacer que algún recuerdo dormido en el fondo de su inconsciente volviese de la oscuridad en que se había enterrado su vida. Buscando claves acerca de sí mismo, se fijó un instante en las ambarinas manchas de sangre de su camisa, y de pronto vino a su memoria una especie de flashback en donde volvía a escuchar a alguien gritándole, a lo lejos, “¡La tumba, ñero! ¡Nos cayó la tumba!”, luego regresaba la oscuridad, y después recordaba su mano sujetando aquel revolver, el sudor en sus brazos, el olor a pólvora, los vidrios estallando, el cadáver dentro del auto, frente a él, el asesino. Quiso seguir recordando, quiso mantener ese recuerdo, pero alguien interrumpió su búsqueda.

-Entonces qué, parcero. ¿Todo bien? –habló un hombre que vestía una chaqueta de cuero, muy nueva, en contraste con los sucios pantalones que usaba-. Dejó sano a ese pirobo. Se cree el malo que por que es grande. Pero así es que toca. ¡No dejársela montar de esos hijueputas!

Sin hablar, Esneider Velásquez respondió afirmativamente con una mirada fugaz, pero atenta, sobre aquel sujeto que ya había visto entrar en la mañana: de entre una larga fila de hombres, con los pantalones abajo, mostrando cada uno la verga al guardia de turno para verificar que no entraban armas ni drogas al penal, un hombre vestido en chaqueta de cuero, con las manos entre el bolsillo, y que parecía estar muy ebrio como para atender las instrucciones de los guardias, se saltó de la fila a empujones, sin ninguna precaución y ante la cómplice protesta de los vigías, quienes a patadas y sin revisarle las partes íntimas lo lanzaron al piso del patio. La atención de Esneider Velásquez se había centrado en aquel sujeto, ya que sabía lo que más tarde ocurriría: el sujeto de la chaqueta de cuero cayó de rodillas al piso, y permaneció así por aproximadamente unos quince minutos, roncando como un animal, y apestando a aguardiente. Luego, de un solo salto se incorporó, en total estado de sobriedad, limpiándose un poco su valiosa chaqueta, arreglándose su corta pero desordenada cabellera, para luego empezar a saludar a todos los reos como a los viejos amigos que no había visto en años, mientras les ofrecía cigarrillos, marihuana y minutos a celular. Horas más tarde ocurrió el incidente entre Esneider Velásquez y el

moreno. Ahora, el hombre de la chaqueta saludaba al nuevo.

-¿Y por qué lo encanaron? –preguntó el hombre de la chaqueta de cuero.

-¿A usted que le importa? ¡No sea sapo, ñero!- contestó Esneider Velásquez de modo insolente.

El hombre de la chaqueta de cuero apenas rió.

-¡Si es alzado este man! ¡Pero todo bien, parcero! Más bien tome un cigarro y camine y me acompaña allí.

Se acercaron a un grupo de hombres que estaban apenas a dos metros. Esneider Velásquez se pasó su mano derecha sobre el cabello, notando que tenía un delgado mechón trenzado de unos diez centímetros. No le prestó mucha atención a ello. Sonreía, mientras se preguntaba por qué carajos acompañaba a ese sujeto. Los otros hombres, todos ellos encerrados ahí por una trifulca que habían armado en una fiesta en el barrio la Victoria, según habían dicho, saludaron al hombre de chaqueta de cuero con la felicidad que significaba tener drogas a la mano mientras transcurría ese largo tiempo de encierro. Habían visto a Esneider Velásquez enfrentándose al gigante, por lo que, sin hablarle, mostraron respeto ante su presencia. Ahora Esneider tenía lo que necesitaba, lo que garantizaría que la búsqueda de su pasado perdido duraría menos tiempo.

Fumó sin parar. No le importaba que el humo del tabaco le hiciera carraspear una y otra vez hasta casi sentir que la garganta le sangraba. No le importaba lo que los demás le contaban, sin embargo escuchaba; no respondía preguntas, tampoco las hacía. Su propio espacio fue lo que llegó a preocuparle en ese instante: era cuestión de territorialidad, de sentirse dueño del sitio donde se está de pie, sentado, o como sea. Todo era desconfianza en Esneider Velásquez. El mundo parecía acecharle, y él le acechaba, esperando, siempre esperando, a que todo se le viniera encima. Pero no sabía exactamente qué era lo que esperaba, no porque no le interesara, sino porque no podía dejar de lado su instinto de supervivencia.

Pronto, su estado a la defensiva se diluyó en uno de esos efluvios del pensamiento que aparecen de la nada: desde el otro lado, en un esquina del patio del penal, un hombre viejo, de baja estatura, de rostro aindiado y mirada perdida, silbaba una de esas baladas de los años setenta, esas que ya poco se escuchaban, pero que nunca se van de la memoria. Fue eso lo que hizo que la atención de Esneider Velásquez se clavara en el monótono y melancólico estribillo de aquel anciano. Parecía que una ventana hacia su pasado quedaba entreabierta al compás triste de aquella canción que sabía, la había escuchado antes, pero había algo detrás de la canción: todo lo que esa melodía significaba para el joven. No era un

sonido venido a menos, algo que se prende para luego consumirse. Era algo perdurable, eterno, cálido y frío a la vez, pero agradable hasta el borde de la locura. Como quiera que fuese, esa canción era parte de su vida. No sabía cómo ni por qué, pero su “yo” dormido no paraba de tararear la canción. Dejó de ser humano: se volvió sentimiento. Otro ruido lo devolvió a su estado de humanidad:

-¡Velásquez! -le gritaban desde la reja, que era la salida principal del reclusorio-. Que feliz navidad. Lo vinieron a recoger.

No había tiempo para preguntas: era hora de salir. Mientras caminaba hacia la salida, miraba de soslayo al anciano que no paraba de silbar el estribillo aquel. A su vez, el anciano, sintiéndose observado, dejó de mirar al suelo para poner sus ojos en los jóvenes ojos de Esneider Velásquez. Éste último sintió que la música aquella no era parte de la casualidad.

Afuera del penal, el frío penetraba hasta los huesos. La puerta de un taxi se abrió ante él. Su regreso a la realidad empezó con aquel silbido.

XVII

LE pareció que, por un segundo, la vida se agolpaba en aquel espejo que procuraba mirar solo para lo estrictamente necesario: para olvidarse de quién había sido ella antes, y recordar quién era ella después. La vida, pensaba ella, no había desaparecido. Sólo había empezado de nuevo. Era la primera vez que Eva Cifuentes se daba cuenta de que ya se había acostumbrado a vivir con una gran parte de sus recuerdos en la más absoluta oscuridad, no porque nunca se hubiera preguntado por su vida inicial, sino porque llegó a pensar que haber olvidado su pasado había sido parte de su entrada hacia su propia madurez. Creyó que su momento de adolescente tonta y enamorada se había apoderado de ella tanto, que su necesidad de ver el mundo tal y como es, le había obligado a dejar sus infantilidades en una parte de su mente que jamás volvería a visitar. Ya no importaba lo olvidado, sino todo aquello que pudiera ser recordado.

Ya llevaba varios minutos en frente del tocador, frente al espejo, frente a su vasto arsenal de maquillaje, intentando inconscientemente llevar la mirada sobre su propio reflejo. Una fría brisa que entró por la ventana acarició sus hombros desnudos. Aquella caricia trajo a Eva de nuevo al mundo real. Luego apareció una sensación conocida que prefirió ignorar. Se aplicó un poco de rímel, un poco de lápiz labial, y luego algo de rubor. Algo de vanidad surgió en ella al saberse hermosa, aunque ya no era joven. Al lado de todo ese maquillaje había un portarretratos boca abajo, cuya fotografía ella evitaba mirar. Sin embargo, ese día su curiosidad fue más fuerte que su propia voluntad. Dudó un momento, pero luego la levantó. Dejó que un largo suspiro se le escapara mientras admiraba la

penetrante mirada de aquel militar que había sido su esposo en otra época que, no está de más decir, ella aún no lograba recordar. A pesar de ello, Eva podía ver en aquella mirada, segura y distante, que su amor había sido real. Un amor vivido, un sentimiento dos veces experimentado, dos veces asesinado.

-¡Mamá!

Era necesario vivir otra vez.

-¡Mamá! –escuchó que gritaban en la sala.

Iba a salir de su cuarto, cuando una figura menuda y de piel morena apareció frente a ella.

-Te manda decir mi abuelita que donde dejaste las cremalleras...

Eva miró al niño sin responderle nada. No había escuchado sus palabras. No podía evitar la idea de que talvez, la mirada del militar se pudiera asomar, en algún momento, en la mirada del niño. Pero no había nada.

El niño no esperó respuesta. Se apresuró a darle la vuelta al camioncito que se había volcado, y que él jalaba con un pedazo de piola. Eva escuchó su correría por la escalera.

Dio unos pasos fuera de su cuarto, pero la curiosidad no la dejó continuar: tenía que ver. Regresó a su tocador y tomó la fotografía como si aquella fuera el mismo militar que el conflicto armado con las guerrillas de Jamundí le había arrebatado hacía varios años. Pero la similitud entre el niño y el militar no aparecía. La sombra de la paternidad se ahogaba en lo más profundo de su oscuridad mental, pero al mismo tiempo parecía querer salir de ella: algo, una presencia lejana, un éter del pasado clamaba por salir del interior, de la parte no recordada. Luego volvía el miedo. Eva sentía que el mundo real se le hacía grande, y entonces el temblor de rodillas y la respiración agitada le hacía mirar hacia adelante, hacía su momento. Una y otra vez, sin saberlo, se negaba la idea de tener miedo. ¿A qué? ¿A quién? No hay a que temer, a menos que, estando en la cuerda floja, se mire hacia abajo, hacia lo oscuro...

Había estado seria toda la mañana frente a su fileteadora. Se olvidó del tiempo, de quienes estaban cerca, e incluso se olvidaba de lo que pensaba con la misma facilidad que se limpia el polvo que todo lo ensucia. Sin embargo, eso era normal para las demás costureras. Ruth Cifuentes, la madre del fallecido militar, prefería no interrumpir a su nuera a menos que fuera necesario, pero era más seguro estar por fuera de esa burbuja creada por la misma Eva. Nadie le preguntaba nada a ella y ella les

devolvía el favor.

Afuera, el niño llenaba su camioncito de arena y lo paseaba frente a su casa. Se divertía haciendo esos montoncitos de arena que luego el viento y los neumáticos de los autos deshacían. Pero su momento de felicidad se interrumpió de repente: sintió tras de él que alguien llegaba. El sol de la tarde brillaba con toda su fuerza sobre aquellas tierras caleñas. El niño trató de ver quién era, pero la luz solar era tan fuerte que apenas le permitía ver el extraño brillo que salía de la boca del visitante. Éste último, montado en una vieja bicicleta, parecía divertirse con la curiosidad del niño. El hombre era viejo, enjuto, de piel rosada y muy reseca, y un bigote que aún conservaba algo de lo rubio que él hombre tuvo en el pasado. Se acomodaba su sombrero mientras miraba hacia lo lejos, hacia las montañas, y luego lanzaba una mirada sonriente al niño.

Al cabo de unos minutos, el niño entró a la casa con una inusitada calma –era más bien común que entrara gritando y ensuciándolo todo-. Se acercó a su madre, aunque él mismo era consciente de que tal vez no le escucharía, pero tenía que arriesgarse.

-Un viejito te manda esto –dijo el niño, dejando un papel doblado al lado de la maquina fileteadora en la que Eva trabajaba.

Ella leyó aquel papel, no sin haber experimentado un raro estupor. Decía: "Ya despertó. Hábleme. Estoy en el parque en las tardes. No le diga a nadie. No pueden enterarse".

La risotada de las demás costureras pareció despertarla. Sólo atinó a guardar el papel antes de que alguna de las costureras se diera cuenta. Dejó su fileteadora por un momento y salió disparada a la calle a buscar al niño.

-¿Quién te dio esto, Daniel? –le preguntó.

-Un viejito. Uno que siempre pasa en una bicicleta por las tardes.

Eva se sintió más atemorizada aún. Pero como siempre, ella misma se negaba a temer, no tanto por su ya acostumbrada manera de ocultar lo que sentía como por su deseo de ignorar aquello a lo que le temía. Pensaba entonces en aquel viejo de sombrero y diente de oro que le miraba sonriente el día en que ella –ahora lo pensaba así- "despertó".

-¿Qué más te dijo ese señor?

-Que me parezco mucho a mi papá.

EN el féretro descansaba la última pista con la cual contaba. Estando allí parado frente a aquel cadáver que la desgracia –o la providencia- se quiso llevar haciendo uso de la violencia, se preguntó el porqué de su incapacidad de lidiar con la Muerte, a pesar de que ya se había acostumbrado a ella. Su familia, su vida, sus ganas de seguir se iban tras de cada uno de sus seres amados, pero al parecer la Muerte quería más de él. No le bastó con haber irrumpido en la tranquilidad de su niñez al haberse llevado a su padre, sino que ahora quería llevarse a todo lo que a él se acercara. Ahora un nuevo desafortunado se sumaba a la lista de muertos. Empero, el destino de ese fallecido ya parecía estar marcado.

Con una excusa muy formal y educada se disculpó para no ir a las exequias del fallecido por razones que era mejor ocultar a los pocos allegados: “Yo no entro a ese hijueputa chuzo ni porque me paguen” se decía mientras pensaba en la iglesia del barrio 20 de Julio de Bogotá. Le daba asco de solo pensarlo, pero igual sabía que a un lugar así tendría que volver. Sólo que la muerte de aquel hombre aplazó la indeseable cita con “aquellos”.

Se quedó un momento en la acera mientras se fumaba un cigarrillo. Luego tomó un bus hacia Kennedy. Se bajó unas cuantas cuabras antes de llegar a su destino, no tanto por los deseos de caminar un rato como por asegurarse de que su hermana seguía a salvo. A pesar de que ella contaba ya con veintitrés años, sentía que ella era muy frágil aún. Y no era para menos. No se podía permitir que la Muerte llegara por ella también. De ahí que su compromiso de protegerla debía hacerse, paradójicamente, estando lejos de ella. Era la mejor manera de asegurarse de que no sería ella el último recurso que la providencia usara para llegar hasta él, lo cual no sería ni mucho menos extraño. Ya conocía a la providencia, a esa rata asquerosa escondida detrás de la imagen de bondad que el infeliz emperador Constantino le impuso al mundo occidental y a la posteridad. Conocía sus métodos, sus ardides, sus ganas de poder y su ira contra quienes se rebelan, y sabía que el asesinato, a pesar de estar condenado en el quinto mandamiento de las tablas entregadas a Moisés en el Sinaí, era para los clérigos menos un pecado mortal que un arma a la que se sentían con derecho a acceder. Así lo vio su padre, su madre, sus abuelos, sus vecinos y su hermana, aún niña, además del hombre al cual vio por última vez en el coche fúnebre con rumbo a sus funerales. Por eso, él se sentía seguro sabiendo que su hermana no estaría cerca. La distancia abría un enorme abismo entre ellos, pero su tamaño era proporcional a la oportunidad que ella tenía de vivir.

Un pequeño y modesto taller de motos no era un lugar tan sospechoso como sí lo sería alguna cabaña a las afueras de la ciudad. Allí había estado viviendo los últimos dos años desde que había llegado a Bogotá a trabajar como vendedor de melcochas en los buses, y como lavador de autos. Allí vivía con sus pensamientos, sus planes de venganza, sus overoles desgastados, y un hermano de cuya existencia jamás se había enterado hasta bien llegado a la adultez, cuando ambos se conocieron en Ciudad de México. A veces meditaba sobre lo complicado que había sido aceptarlo como parte de su familia, dado que, para ambos, aún era un misterio saber quién de los dos era realmente el hermano mayor, aunque los sucesos daban al otro el favoritismo: por alguna de esas inexplicables razones que se esconden bajo la fachada de milagro, Daniel, su hermano, permaneció alrededor de quince años como un feto sin desarrollarse dentro de las trompas de Falopio de su madre. Era un especie de embarazo ectópico, en el que el feto se forma en otro lugar distinto del vientre materno, poniendo en riesgo la vida de la madre. Sin embargo, el caso de Daniel fue distinto: no sólo se desarrolló por fuera de la matriz, sino que dicho desarrollo estuvo detenido en el tiempo, razón por la cual la madre ignoró durante esos años que esperaba un hijo, sin presentar síntoma alguno de malestar. Pero como bien afirmaba Daniel cuando conoció a su hermano por primera vez: “mi madre y yo despertamos y nacimos juntos”.

Daniel no estaba esa tarde. Eran las cuatro y treinta. Los demás mecánicos, con los cuales vivían y compartían el segundo piso de aquella casa-taller del barrio Class Roma, sí estaban. Alonso, el más loco del grupo, estaba ocupado revisando las bujías del motor de arranque de una motocicleta.

-¡Llegó el que nos va a gastar las politas de esta noche! ¿Sí o qué, mi negro? –exclamó en cuanto lo vio entrar. Se pasó las manos, manchadas de grasa como toda la ropa, en un pedazo de trapo que tenía colgado en el hombro-. Diga que sí y no nos vaya a sacar el culo como siempre.

-¡Después me toca ayudarlo a usted pa’ que no se costalié! –respondió él, sonriente.

Al fondo del taller, el viejo Héctor Mujica estaba limpiando el carburador de una moto ciento veinticinco. Veía a los dos más jóvenes conversar y sonreía. Luego volvía a su trabajo. Nada era más apasionante para el hombre de sesenta y tres años que las motocicletas y el sonido del clásico vallenato de Silvio Brito. Era Héctor Mujica, además del dueño del taller y jefe, como el padre comprensivo que recibe el injusto castigo de tener hijos desagradecidos. No sabía nada de sus hijos de sangre desde hace años, desde que le abandonaron a su suerte, orgullosos de haber ingresado a la universidad y haberse convertido en prestigiosos doctores y abogados, avergonzados de tener un padre cuya vida había girado en torno a la vida humilde y al trabajo duro. Jamás dejó de querer a sus

hijos. Los llevaba siempre en sus pensamientos, aunque sabía que ya de él ni se acordaban, lo cual no fue suficiente para que su amor de padre se hundiera en la melancolía.

La puerta del baño se abrió. De allí salió Jaime el boyaco, tratando de arreglarse su ya enmarañado cabello. El boyaco era el pintor. Varios años trabajando en la capital le habían convertido en un experto en el arte de manejar las pistolas de pintura y los compresores, además de acertar siempre con el color que sus clientes deseaban para los carenajes de sus motos, por muy complejos que esos colores fueran. Tenía una visión aguda para tomar cualquier color y descomponerlo en sus diferentes tonalidades. En menos de dos segundos sabía que tonos combinar para dar con un color específico, y rara vez fallaba en el resultado. Se acercó al recién llegado y fingió que lo retaba a pelear.

-¡Qué pasó, Chepe! ¡Qué pasó! -le decía el boyaco en su particular acento. Luego le dio una patada en el trasero y salió a seguir pintado.

Y más al fondo del taller estaba Narek Hasid el hebreo. Los demás le decían hebreo a pesar de que él ya les había explicado que no era hebreo, sino armenio, aunque no entraba mucho en esos detalles de su vida personal más por su carácter tímido que por desconfianza y su difícil manejo del español. Era hombre de pocas palabras. Había viajado desde Sumgait, en Armenia, hacía Haifa y de ahí hasta Colombia hacía unos diez u once años -él ya ni lo recordaba-, huyendo de la guerra de Nagorno Karabaj. Desde un rincón, en el que se encontraba haciendo reparaciones eléctricas a otra motocicleta, levantó la mano y saludo. Luego continuó con su trabajo. A Chepe siempre le había causado curiosidad aquel extranjerito por su costumbre de echarse a orar a la hora que fuese, aún si estuviera ocupado o no. En algún momento quiso preguntarle a qué se debía eso, pero creyó que sería impertinente. Su relación social no pasó de un simple saludo.

Ya miraba la fría ciudad desde la terraza a través del humo del cigarrillo, mientras se preguntaba cuándo volvería a contemplar la paz de su tierra natal, qué habrá sido de las dos únicas vacas que quedaban en la finca, si será que alguien se las habrá robado ya, si alguna inundación del gigantesco río se las habrá llevado o qué. La nostalgia le aguaba los ojos al recordar su infancia, truncada por el terror y el hedor a muerte que ya empezaba a perseguirlo desde los nueve años. Contempló unos segundos más el ocaso en el horizonte.

Revisó documentos. Los releía. Los abandonaba un momento mientras aclaraba su mente y luego los volvía a leer. Armar todo ese rompecabezas le había llevado parte de su infancia y su adolescencia, razón por la cual recurría mucho a la imagen de su padre, aquel hombre de quién aprendió a sobrevivir, favor que más adelante tuvo que devolverle durante las largas faenas de pesca en el Río Magdalena. Sin embargo, jamás se

perdonó el fracaso. Era eso último, lo que aún lo llenaba de coraje. Fue su padre uno de los supervivientes de una estirpe a la cual la divina providencia quiso callar, por el hecho de que hay cosas que a Dios no le conviene que se sepan. Había que tener en cuenta, sin embargo, que ahora los dos jóvenes tenían una ventaja que su asesinado padre no tuvo: estaban a la delantera.

Los recortes de periódicos, de fechas tan distantes, tenían un informe en común: misteriosas desapariciones de personas cuyos cadáveres jamás fueron encontrados. Uno de los casos más sonados fue el del abogado Darío Cáqueza, tildado tanto por la prensa como por los jerarcas católicos y los creyentes, como un hombre inescrupuloso que tentaba a la sociedad civil al ateísmo, y que promovía el irrespeto hacia las comunidades fervientes, seguidoras de las enseñanzas de Dios y de su Hijo el nazareno. Los primeros enfrentamientos entre el abogado y la iglesia se dieron durante los años ochenta, en los cuales no había duda sobre el celibato de los sacerdotes como un sacrificio para el Señor. Pero María Beltrán, de 12 años, afirmó a los medios que el cura de su comunidad venía tocándole sus partes íntimas durante más de tres años, y luego le había introducido su espíritu santo por mandato directo del cielo. Los reportajes indican que la adolescente acusó directamente al sacerdote Florencio Cotes, y a otro sacerdote de apellido Maciel. Ante un caso tan insólito en aquella época, la sociedad civil se puso de parte de los prelados. No se volvió a saber nada de aquella joven hasta siete años después, cuando ella se retractó de la acusación, se disculpó públicamente con el padre Cotes y luego desapareció de la vida pública.

En otro recorte de periódico de dos años más adelante, Chepe encuentra otra noticia relacionada con el caso: una mujer llamada Isabel Beltrán, tía de María, anuncia que revivirá el caso contra el padre Cotes, afirmando que tiene pruebas para demostrar que se cometió una violación a una menor de edad. La noticia no tuvo, al parecer, total trascendencia, dado el corto espacio que ocupaba: cinco líneas de una columna.

Chepe revisa de nuevo y encuentra la noticia que le pareció más aterradora aún: María Beltrán, joven de dieciséis años de edad, fue hallada muerta en el municipio de Mariquita, en el departamento del Tolima. El hallazgo se produjo después de un revuelo nacional en el que varias jovencitas ya habían sido encontradas en las mismas condiciones de María: torturadas y asfixiadas hasta la muerte. El primer y único sospechoso de tal crimen es el esposo de María, Roberto Bobadilla. Durante el juicio el joven negó con vehemencia el haber asesinado a su esposa. Fue condenado a cadena perpetua al considerarse que habría sido el autor material de los demás asesinatos contra las jóvenes, ya que los padres de ellas afirman que él había sido pareja de cada una de ellas en épocas distintas. Afirmaban también que era controlador, obsesivo, y que las amenazaba de muerte a cada instante. Dichas declaraciones fueron

suficientes para declarársele culpable.

Esto es todo lo que encuentra Chepe en la prensa. Sin embargo, una serie de documentos que pertenecieron al abogado Cáqueza y a la señora Isabel Beltrán son los que terminan de completar la historia.

Chepe leía las primeras líneas de los libros del abogado cuando de repente escuchó el ruido de la puerta que se abría. Allí entraba Daniel con unas bolsas de mercado y productos de aseo. Les hacía falta muchas otras cosas, pero no era prudente llamar la atención.

-¿Cómo estuvo el funeral? –preguntó a Chepe.

-Una mierda. Lleno de gente que no conocía al viejo. Mujeres berreando como locas, desmayos y toda la vaina.

-¿Vio a alguien?

-Pues a las viejas que le digo. Todas berreando.

-Vos sabés de lo que te estoy hablando –dijo Daniel mientras se lavaba las manos en el lavaplatos.

-Tranquilo, compadre, que si hubiera visto a alguien yo lo hubiera llamado de una vez. Relájese.

Chepe dejó los documentos del abogado que iba a leer y acercó una maleta de viaje que había sacado de debajo de la cama. Con mucha delicadeza la puso sobre la cama y la inspeccionó. Entonces sacó un pequeño frasco de vidrio que contenía un líquido de color rosa parecido a alguna gaseosa de manzana. Daniel miraba a Chepe desde la cocina.

-Y pensar que llevamos tantos años en el mismo bollo y por esta vaina, compadre –dijo Chepe observando el contenido del frasco al trasluz-. Debe haber más por ahí de esto.

-Ya vi el Museo de Arte Colonial –respondió Daniel, observando cómo su hermano movía el frasco, dejando resbalar el valioso líquido-. Esta hijueputa entrar allá.

Era verdad. Para ellos no sería fácil entrar. El joven de Sevilla, Valle del Cauca, había estado vigilando la entrada al museo, buscando la pintura que guardaba el secreto que ellos buscaban. Pero notó que los guardianes lefebvristas, la mayoría de ellos encubiertos y armados, tenían vigilados todos los flancos del lugar, con especial atención en la imagen de la Inmaculada Concepción. Daniel era, más bien, un sujeto que prefería estar del lado de la paz, pero sabía que llegar a su objetivo implicaría, por desgracia, el derrame de sangre y el sacrificio de la libertad. La

persecución contra ellos sería, sin duda alguna, más acérrima e implacable.

-Pues nos tocó entrar a la brava –dijo Chepe-. Y si nos matan, los arrastramos con nosotros.

Ya había desaparecido la tarde. Los dos hermanos miraban las noticias de las siete de la noche mientras comían algo de arroz con pasta y gaseosa. Daniel en la cama, Chepe en la hamaca. Ese había sido el plan de casi todas las noches desde que se conocieron dos años atrás, cuando una revelación, además el asesinato de su padre, terminaron juntando a estos dos jóvenes de culturas distintas pero con algo en común: la sangre perdida. El del sur de Bolívar, y el del Valle del Cauca, conocieron los rigores de la vida difícil no sólo por las deplorables condiciones económicas en las que se criaron, sino también porque, de alguna manera, su existencia representaba para la divina providencia más un estorbo que un milagro, y el sufrimiento de ellos era la mejor manera que tenía Dios de cobrarse los problemas que los hermanos le estaban dando. Se había declarado una especie de guerra santa en contra de los infieles hermanos, más por la relación de consanguinidad que los unía al abogado enemigo de la iglesia, que por las blasfemias proferidas por ellos contra Roma, aunque esto último se estaba convirtiendo en un problema. Los hermanos esperaban, pacientemente, a que se mencionara en las noticias algo relacionado con la muerte del viejo doctor, ocurrida tres días atrás, justo cuando ellos estaban más cerca de su objetivo. Pero nada. A pesar de los disturbios, de la persecución, de los heridos y de los testigos, el asesinato del doctor pasó desapercibido por los medios. Para ellos, eso no era de extrañarse: la corrupción y el dinero son los que mandan. La salvación, para los corruptos, viene por añadidura.

-¿Y cuándo soltaron al mancito ese que mató al doctor? –preguntó Chepe a su hermano.

-Ayer por la mañana. Dicen que cuando estuvo allá encerrado no lo dejaron aislado, que para no despertar sospechas. Luego llegó un taxi y se lo llevaron. En dos días me llama mi contacto para ubicarlo.

-Esta vaina se pone fea.

VII

SÓLO le bastaron tres minutos frente al espejo para pensar, no sin amargura, que no tenía sentido seguir. De vez en cuando le había azotado la depresión en otros momentos de su vida. Sí. Y a pesar de ello había sido optimista durante su juventud –se avergonzaba de ello-, y no precisamente a causa de una fe ciega en un mejor porvenir, dado que

nunca la tuvo. Por el contrario: había encontrado en la depresión y la amargura el antídoto para la honestidad. Los hombres dejaban de pintar flores y arco iris de esperanza para concentrarse en su realidad, lo cual los llevaba a un estado en el que ya no había nada que ocultar. Es ese el momento en el que el hombre dice "no nos digamos mentiras". Y cuando se profería esa frase, era cuando al hombre le picaba el bichito de la honestidad. El sentimiento más puro y escaso del hombre sólo después de la libertad que da el arte en cualquiera de sus formas. Por eso la depresión parecía ser muy buena. Así había pensado durante su juventud y adultez el hombre que antes nadie conocía como el doctor Huertas, quien se sentía mucho mejor cuando se encontraba en un ambiente de mucha lectura y pocos amigos. Nunca le importó su soledad. Nunca se preguntó por lo que sería de él en el futuro, cuando la senectud le alcanzara, y le enseñara que el viaje de la vida pronto llegaría a su fin. Y ahora, cuando creía atisbar tal fin, empezaba a preguntarse por el sentido de su depresión acumulada por años. Era hora de saber lo que había aprendido gracias a su avinagrada vida.

Bien se llegaría a creer que los recuerdos de juventud del antiguo doctor harían del actual doctor Huertas un hombre confinado a vivir en arrepentimiento. ¡Sería una gran mentira! Años y años de poco contacto con los humanos le habían ayudado a confirmar lo que en su juventud hubiera negado el otro: no son de confiar, son peligrosos, dañinos, mentirosos, envidiosos, fríos cuando se lo proponen, y cuando no se lo proponen son aún peor. Y ya nada lo va cambiar. Por eso ya no había razón para seguir. Ya había visto suficiente.

Dejó entonces su cuchilla de afeitar a un lado. Miró al suelo unos segundos y luego volvió la mirada al espejo, a la imagen de aquel hombre viejo y cascarrabias que ahora le observaba, y que parecía decirle "ya no más". El doctor Huertas prefirió dejarlo de ese tamaño.

Tenía mucho que pensar ahora. A veces se detenía, por pocos segundos, para saber si el dolor de nuca regresaría. En los últimos meses se había hecho frecuente la aparición del dolor. Antes era de vez en cuando, pero con los años el dolor empezó a hacerse más intenso. Llegaba durante las noches de intensa jaqueca, y luego pasó a ser más común en las mañanas. Eso le molestaba, sobre todo cuando pensaba en que el dolor le había hecho depender mucho de las jeringas. Quería dejar de inyectarse esa maldita cosa, causante de tantos problemas en su vida, y que ahora parecía querer cobrarle todo cuanto causó. Le molestaba la idea de saber que él era una de los pocos individuos con una constitución física resistente al suero inventado por el tal Dee, razón por la cual envidiaba a aquellos que solo necesitaron de una inyección para vivir aletargados dentro de una vida nueva, a la que en principio no pertenecían, pero que terminaron allá por conveniencia de unos pocos sirvientes de Dios. Moisés Huertas quería dejar de despertar, quería dejar a Gregorio Santamaría atrás, dormido, al igual que otros tantos de los que no se volvió a saber

nada. Pero no. Las desgracias no vienen solas para nadie. Ahora recordaba la visita de aquella hermosa mujer en su consultorio el día anterior, la misma que creyó haber olvidado gracias al líquido milagroso que él se inyectaba, pero el desgraciado de Santamaría tenía que despertar justo cuando ella apareció. La llegada de la mujer no podía ser algo peor: ahora resulta que, al igual que al doctor Santamaría, el tal abogado Cáqueza y su esposa habían despertado hacía más de quince años, y habían empezado a recordarlo todo. Varias veces les inyectaban el líquido para que se durmieran de nuevo, pero regresaban del sueño. Se habían vuelto un problema para ella.

La mujer no se había preocupado por contactar al doctor Huertas, ya que para esa época él seguía siendo el doctor Huertas, y no el doctor Santamaría. Sin embargo, todo se vino al carajo al enterarse de los ataques de "insomnio" del doctor Santamaría: ya no quería dormir más. El suero ya no le hacía el mismo efecto, así que de vez en cuando, el doctor Huertas se transformaba en el doctor Santamaría. Este despertar había iniciado hace cuatro años, y aunque Huertas intentó ocultar que él realmente era el doctor Santamaría, ignoraba que había alguien siempre vigilando a todo aquel que estuviese durmiendo. La información del despertar de Santamaría le fue entregada a la mujer, y por lo tanto a la divina providencia también.

El doctor Huertas (o Santamaría, ni siquiera él sabía quién de los dos era él en ese instante) pensaba, mientras bebía su amargo café, en la inquietante mirada de la hermosa mujer. No recordaba ni el color ni la forma de los ojos, pero sí recordaba lo que podía leer en ellos: frialdad, mezquindad, odio mezclado con sensualidad: "¿Pensó que nunca nos enteraríamos?" le había dicho la mujer. "Claro que nos enteramos, doctor Santamaría. Y era obvio que debíamos saberlo. A usted había que vigilarlo mucho más que a los otros. Y ahora nos enteramos que usted se las arregló para dejar pruebas de lo que hacíamos." La mujer se acomodaba su sombrero negro de ala ancha, volvía su rostro cetrino y delgado hacia la izquierda como para tratar de disimular que la impaciencia se le comía la mente de a poco. Santamaría, sin perder la compostura, se limitaba a preguntarse cuánto tiempo necesitaría para reunir todo lo que había escondido antes de que lo mataran, y si lo que tenía sería suficiente para que el abogado Cáqueza hiciera su parte. Segundos después, la mujer le contaría algo que echaría los planes del doctor por tierra.

No era la mañana más agradable para ir a trabajar: la llovizna fría y aburridora de las seis de la mañana que se explayaba a sus anchas sobre Bogotá no parecía querer detenerse. El doctor Huertas se había inyectado otra dosis de aquel suero para poder enviar a Santamaría a otro letargo, - o a la mierda, como él decía-, aunque sabía que sólo era cuestión de horas para que aquel despertara. Trataba de no pensar en eso. Seguía concentrado en el tráfico, lento y estresante a esa hora. Pasó por el barrio Castilla en donde, al llegar a un semáforo, vio la figura delgada del doctor

Molano que le hacía el pare desde el otro lado de la acera. Molano se acercó al auto del doctor Huertas, cubriéndose la cabeza con uno de los periódicos que suelen regalar por ahí en la ciudad, y entró. Dejó salir un respiro de alivio cuando se sintió cómodo ya dentro del carro, y ya estaba a punto de decir otros de los chistes "pendejos" que suelen fastidiar a Huertas, pero esta vez Molano notó que la expresión de amargura que solía caracterizar el viejo rostro de su amigo ya no era el mismo. Huertas le miraba de reojo, como sorprendido de ver que su amigo Molano no empezaba a fastidiarlo, como de costumbre.

-Ya me doy cuenta de que no le fue nada bien ayer con la visita de la mujer aquella –dijo Molano, mirando también a Huertas de reojo, para ver su reacción-. ¿Qué le dijo?

-No habló conmigo. Habló con Santamaría.

-¿Qué? –la expresión de frescura de Molano desapareció de su rostro, al punto que hasta el mismo Huertas pareció sorprenderse. No había visto nunca al joven doctor con cara de preocuparse por algo.

-Estoy metido en un lío ni el verraco, Molano. Y creo que ya no puedo quedarme más aquí a esperar que algo más pase. Ya estoy empezando a compartir los mismos recuerdos de este Santamaría, y eso no es bueno. Van a empezar a preguntarme.

-¿Pero qué le dijo la vieja?

-Se enteró, hermano. No sé cómo putas pero se enteró de que Santamaría despertó y de que estuve ocultándolo. ¡Y eso no es todo! Estos hijueputas de la providencia tienen gente vigilando a todo el que duerme. A mí me vigilaron también. Saben lo que hizo Santamaría y ahora me están preguntando por todas las pruebas que dejó regadas. ¡El viejo Santamaría guardó papeles y otras cosas para denunciar lo que se estaba haciendo! Y así las cosas, lo más seguro es que me maten.

Dejaron la Avenida Boyacá y tomaron la Calle Ochenta hacia Engativá. Huertas y Molano estuvieron en silencio durante largo rato, pensativos, preocupados, atónitos ante lo que podría ser el fin de ambos. Afuera, la expresión de amargura de las personas no ayudaba mucho a subir los ánimos.

-No lo van a matar, viejito –dijo entonces Molano-. Si Santamaría dejó pruebas entonces lo van a querer vivo. A usted no le van a hacer nada.

-Había un tipo... un abogado. Sólo sé que su apellido era Cáqueza. Tenía una especie de trato con Santamaría. Lo mataron.

-¡Ay, jueputa! ¡¿Cómo así?!

-La vieja me lo dijo. Lo buscaron por cielo y tierra cuando se enteraron que había despertado, porque no era la primera vez que se les despertaba. Dice que una vez que se despertó se les escapó, y que luego le hizo la guerra a la providencia, con los indios Barí y todo el cuento. ¡Eso dizque fue un mierdero! En todo caso se revelaron y a la segunda vez que los indios se unieron a Cáqueza fue que lo vinieron a matar, en alguna parte del río Magdalena. Después mataron a la esposa, que también la habían dormido.

-¿Entonces sólo queda usted? –preguntó Molano.

Huertas dejó salir un suspiro en respuesta. No había más que decir.

Ya se acercaban a la estación de Transmilenio del Quirigua. La llovizna amainaba un poco. Se detuvieron en el crucé, en el semáforo en rojo. Ya desde lejos podían ver el hospital de Engativá, su sitio de trabajo por más de diez años. Huertas y Molano seguían aún en silencio, pero era un silencio que parecía decirlo todo: había que preguntarse si todo lo hecho había valido la pena, si aún quedaba algo de esperanza, si la divina providencia había vencido. Les pareció que todo cambiaba de color, que el mundo se les venía encima. No tenían muchas ganas de reflexionar sobre eso. El semáforo cambió a verde, y entonces el doctor Huertas pisó lentamente el pedal del acelerador. El vidrio estaba uno o dos centímetros abajo, por lo cual sentía una ligera brisa que entraba y le acariciaba su calva rosada, pero luego dejó de sentir esa brisa cuando una enorme camioneta negra que salía desde la calle que cruzaba la avenida por donde el doctor Huertas conducía, se abalanzó sobre ellos, golpeándoles por el lado derecho y haciendo que el Mazda del doctor diera un giro violento que los sacó de la avenida y los puso de frente a otra calle. El tráfico se detuvo por un segundo. El doctor Molano, sintiéndose un poco aturdido por el brusco e inesperado golpe, miró atrás, a la camioneta negra que los había impactado, cuando vio que de ese vehículo salían tres hombres, todos encapuchados y armados con mini Uzis, que se acercaban rápidamente al auto del doctor Huertas.

-¡Acelere, acelere! ¡Nos van a matar! –gritó entonces el doctor Molano.

Huertas pisó el acelerador a todo lo que daba el carro. Entró por la calle que tenía al frente, que conducía al barrio Santa Rosita. Los hombres armados dieron varios disparos al auto del doctor, sin lograr su objetivo. Regresaron entonces a su camioneta.

-¡Se nos vuelan, se nos vuelan! ¡Cáiganles por la sesenta y ocho!
–vociferaba uno de los matones por radio a otro cómplice.

El doctor seguía conduciendo a máxima velocidad, pero logró reaccionar cuando vio que una joven estuvo a punto de cruzar la calle. Molano le gritaba que se quitara del camino, cuando vio que desde el otro lado, justo hacia donde ellos iban, venían un par de motocicletas. El parrillero de una de ellas se levantó y apuntó al auto. Por el otro lado venía la camioneta negra a gran velocidad. Huertas aceleró y giró hacia la izquierda, en dirección al sur. Los sicarios de la motocicleta dispararon indiscriminadamente tratando de perforar las llantas de los vehículos que estaban al frente del carro del doctor, para obstaculizarles el paso. Huertas tuvo que llevarse varios carros por delante para poder escapar, pero ya en vano: el momento final había llegado. Una de las motos se logró acercar al Mazda de Huertas y dio varios disparos hasta que una bala alcanzó a impactar en el hombro del doctor Huertas. Éste último perdió el control del vehículo y fue a chocar contra un poste.

La camioneta negra se detuvo unos veinte metros atrás. Uno de los sicarios salió de la camioneta, revolver en mano y pañoleta en el rostro, cubriéndole la nariz y la boca. El conductor de la camioneta le gritaba que se apresurara, porque ya sabían que el ejército estaba muy cerca. De repente, mientras corría hacia el sitio del auto chocado, el sicario sintió un fulminante dolor de cabeza que le obligó a aminorar el paso. Por un instante cayó de rodillas al suelo, se levantó de nuevo y caminó, con dificultad, al Mazda del doctor Huertas. Dentro del auto, el doctor le hablaba a su amigo Molano, quién tenía una herida leve en la cabeza:

-¡Queda usted aquí, hermanito! ¡Le toca seguir a usted!

-¿Y qué hago? ¿Con quién tengo que hablar?

-Con los hijos de Cáqueza. Ellos lo van a buscar a usted. Dígales todo. ¡Dígales todo!

El sicario llegó al auto. Adentro estaba sólo el doctor Huertas, quién parecía hablarle a alguien más, a un espíritu ausente. Huertas repetía una y otra vez "¡Dígales todo!", pero el sicario no veía a nadie más en el vehículo. Levantó el revólver y apuntó a la cabeza del viejo. Este último al fin volvió su mirada a su verdugo. A lo lejos se escuchó la llegada de las camionetas del ejército, que fueron recibidas a balazos por los sicarios de la camioneta. Los motorizados gritaban "¡La tomba, ñero! ¡Nos cayó la tomba!" e inmediatamente emprendieron la huida. El verdugo del doctor Huertas aún no disparaba: su migraña en aquel instante era tan violenta, que por un momento entró en un estado de confusión. Sin más duda, el sujeto disparó dos veces, impactando justo en el pecho del doctor Moisés Huertas/Gregorio Santamaría. Después de los disparos, un sopor inexplicable se apoderó de la cabeza del joven asesino, quien cayó al suelo ante el violento golpe en la nariz que un soldado le propinó con la

culata de su fusil Galil.

-Dígales todo –susurró el doctor antes de morir.

XVIII

"PER istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam adiuvet te Dominus gratia spiritus sancti ut a peccatis liberatum te salvet atque propitius allevet", pensó ella, mientras su rostro desvaído contemplaba, inerte, la amoratada e hinchada piel del recién nacido. Las horribles manchas en esos cortos brazos, producto de la sepsis, sumado al mohín de indiferencia de las enfermeras del área de neonatología, no parecían darle mucho valor al esfuerzo inconsciente del pequeño por mantenerse con vida. Ella, sin embargo, sabía permanecer serena ante los horrores de la vida: una sonrisa sutil se dibujaba en su hermoso rostro de mujer melancólica, un rostro cetrino que infundía menos la idea de tristeza y más la de apologética. Porque la existencia del hombre es, desde este ángulo, algo que no debe desperdiciarse.

Ella se quedó allí largo rato, contemplando no sólo al pequeño víctima de la sepsis, sino a todo el jardín humano donde toda historia futura parece ser más prometedora, aún. Una de esos blancos bombillos de hospital no paraba de titilar, pero el ala ancha del sombrero que ella usaba le ayudaba a ignorarlo. Entonces la frase en latín volvió a su cabeza, como el galope de los caballos de aquellos guerreros que soñaron alguna vez con derrotar a Saladino, hace ya mucho tiempo: "Per istam sanctam unctionem...". Y ante sus ojos ya todo estaba arreglado: es cuestión de misericordia.

Lamentablemente no todo en su vida se arreglaba así. Las cosas más sutiles, los asuntos de los hombres, no dejaban de ser piedras en el zapato en un camino que, ya de por sí, era de herradura. Ella trataba de mantener la calma. Agachaba un poco la cabeza para que nadie notara que se lamía los dientes tratando de suprimir sus deseos de fumar. Con todo, no perdía la cordura. Su actitud serena parecía ayudarle a destilar cualquier manifestación exasperante que llegara a poner todo el juego en riesgo. El padre Maciel jamás se lo perdonaría.

Al fin terminaba la espera. Vio los zapatos lustrosos del doctor Moisés Huertas brillar al son de sus pasos, rápidos, como quien va hacia el lugar de donde quiere huir. Ella apenas levantó la mirada.

-¿Por qué no me dijo que vendría? –preguntó el cardiólogo-. No la hubiera hecho esperar.

-¿Acaso usted habría podido evitarlo? –respondió ella en ese tono suave y avinagrado con el cual sabía decir la verdad sin decirla. El doctor Huertas no tardó en notarlo.

Entraron al consultorio. El lúgubre aire que se respiraba daba mucho que pensar: varias pilas de documentos sin revisar, más el aroma de los restos de café seco que emanaban de las decenas de pocillos regados en el escritorio y las repisas del consultorio no hacían más que delatarlo: todo se sabía. Empero, en vez de que el doctor exasperara aún más a la visitante, parecía más bien agradarle, dado que esa tensión creada dentro del consultorio por el mismo doctor Huertas confirmaba que la situación estaba a favor de ella. El doctor, al igual que ella, deseaba ocultarlo todo: las ventajas de la búsqueda del beneficio propio. Y ese beneficio propio se traducía, para la mujer, en una curiosidad que rayaba con la imprudencia. Los dos tomaron asiento, pero a causa de esos golpes de la ya mencionada curiosidad, la mujer se levantó a los pocos segundos, sirvió una taza de café y se la dio al doctor, mientras él se limitaba a ver cómo esos aires de sarcasmo de la mujer confirmaban el aplastante poder que ella tenía sobre él. Que ella le sirviera el café a él era todo un sarcasmo. Pero el doctor aún no notaba lo que ella realmente había visto en su trayecto de la silla a la cafetera y de vuelta a la silla.

-Empecemos desde el principio, doctor... -la mujer apretó los labios, lanzó una mirada fría a los ojos del hombre, y luego ella desvió su vista al piso mientras exhalaba un suspiro que denotaba su perturbación- en fin. No sé con cuál de los dos estoy hablando ahora, pero eso da lo mismo ya. Ustedes dos están en problemas, y los dos van a correr la misma suerte.

-¡No...! –los nervios se tragaban las palabras del doctor- ...no. Mire, señora Lizeth, yo... yo no sé cómo explicarle.

-Desde el principio, como le dije.

Pero empezar desde el principio no era fácil. “¿Cuál principio?” pensaba el doctor “¡Si todo está patas arriba! ¡No hay principio que mencionar!”. El doctor se lamentaba, más que nunca, de tener la razón esta vez. Podía explicar lo que se sabía, lo que ellos creían tener controlado, pero no los márgenes de error, porque se había establecido que tal cosa como los márgenes de error no podían existir. Que los sujetos despertaran así no más, sin ningún tipo de influencia externa era un margen de error, y no cualquier error para Lizeth: los despertados son un dolor de cabeza, mucho más en ese momento en el que el arzobispo Maciel estaba a portas de recibir su grado de cardenal. Nadie en el colegio cardenalicio debía enterarse que los sujetos, que debían permanecer dormidos, estaban empezando a recodarlo todo. El mismo doctor Huertas, o Santamaría, era uno de ellos, de los despertados, y para colmo de males el más

importante.

-Lo que ocurrió no es normal. Se supone que los sujetos...

-¡Incluyéndose usted! –vociferó la mujer.

-Se supone que no debían despertar. La única explicación, aún sin confirmar, es que sus sistemas cerebrales tienen un mayor grado de resistencia que los de una persona común. Pude ver que en uno de los sujetos que despertó se activaba su cortex de cíngulo anterior, lo cual permite que...

-Ahórrese su explicación científica, doctor Santamaría. No me interesa saber cómo fue que despertaron. Sólo quiero saber dos cosas. Primero, quiero saber qué puede hacer para solucionar este lío en el que estamos metidos. Lo otro que quiero saber es que tanto ha dejado usted por ahí.

Hubiera sido inútil para el doctor Santamaría tratar de disimular su estupefacción. Al parecer, la providencia sabía más de lo que él pensaba.

-¿Pensó que nunca nos enteraríamos? –dijo Lizeth-. Claro que nos enteramos, doctor Santamaría. Y era obvio que debíamos saberlo. A usted había que vigilarlo mucho más que a los otros. Y ahora nos enteramos que usted se las arregló para dejar pruebas de lo que hacíamos –dijo esto último mientras dirigía su mirada hacia un montón de hojas de cuaderno garabateadas con las líneas y curvas ininteligibles de la taquigrafía Gregg, que decían más de la cuenta, algo que ella afortunadamente ignoraba pero que aun así intuía. Fueron esos papeles los que ella vio en su trayecto de la silla a la cafetera y de vuelta a la silla.

El doctor Santamaría, entonces, pasó de la estupefacción a la resignación. Ya no era mucho lo que podía hacer por su propia vida. El filo de las palabras dichas por Lizeth hirió más durante el recuerdo de lo perdido, y ello era algo para lo que se había preparado, más que para el momento en que todo saliera a la luz. Pensaba entonces que en otro momento, cuando se daba cuenta que era la décima vez que dejaba de ser el doctor Moisés Huertas y volvía a ser el doctor Gregorio Santamaría, había entrado en un estado psicótico tan fuerte que por poco le arrastra a un severo trastorno de personalidad múltiple. Bastante trabajo le había costado ocultar a todos –y a sí mismo- que él era resistente al aroma de los nenúfares azules. Bastante trabajo le había costado dejar testimonio de todo lo que la providencia estaba planeando –y financiando- ilegalmente. Había hecho un esfuerzo inútil por dormir de una vez al doctor Santamaría, pero el remordimiento no es algo que sirva eficazmente para consolar el sueño. Fueron la avaricia y el miedo a la muerte los que no le habían permitido darse cuenta de ello, hasta el preciso momento en que todo empezó a perder sentido para él. Pero lamentarse ya no era el mejor camino. Ya podía ver su condena en los

ojos frívolos de Lizeth, aquella mujer de negro, la consentida del padre Maciel, de la hermana Marina y de las altas ramas del catolicismo, lefebvristas y no lefebvristas.

Lo último que al doctor le quedaba era ponerse en contacto con el abogado Cáqueza: sólo debía reunir lo que más pudiera y dejar que descubriera todo, paso a paso, de modo que tuviera suficiente tiempo para escapar y divulgarlo todo a los medios de comunicación, pero Lizeth siempre estaba un paso adelante. Con toda la frialdad del buen cristiano, ella le contó al doctor que, por orden de la divina providencia, el "alma" del abogado debía ser juzgada por el creador mismo, por incitar a buenos católicos a rebelarse en contra de la buena acción de la religión católica en la tribu Barí. Esa fue la forma más sutil que tuvo el futuro cardenal Maciel para ordenarle a los paramilitares que asesinaran a Cáqueza, ya que les había quedado grande dormirlo. Si el abogado estaba muerto, ya nada quedaba por hacer.

Lizeth, mientras tanto, trataba de disfrazar su impaciencia bajo una sonrisa que, a pesar de ser una sonrisa forzada, no dejaba de ser hermosa. Como siempre, intentaba ignorar el crimen bajo el velo de lo que es políticamente correcto. Se levantó airosa, dejando que su delicioso aroma acaparase el consultorio y opacara el olor a sucios pocillos de café, se puso sus anteojos de sol, y miró al doctor como el verdugo que mira al condenado en el cadalso.

-No todo puede saberse, doctor. Eso sólo lo puede hacer Dios -dijo.

Mientras caminaba por los pasillos del hospital, ella pensaba en la mirada lívida del doctor. De pronto pensó en lo insignificante que a él se le hizo el mundo: agua en los dedos. Pero esa triste imagen no era algo que se le quedara a ella para siempre en el pensamiento, a menos que en realidad le importara. Sin embargo, Lizeth no era alguien que soliera darle importancia a todo lo que no se adaptaba a ella. Todo y todos a su alrededor siempre debían estar con ella, abrirla paso a ella, amarla a ella. Le gustaba el mundo-para-ella más que el ella-en-el-mundo, porque si lo veía desde este último punto de vista entonces todo perdía su sordidez. Y eso tampoco parecía importarle.

Un auto la recogió a la salida del hospital. Habiendo avanzado unos minutos volvió su mirada para ver que nadie le seguía, mientras intentaba abarcar todo el panorama frente a sus ojos sólo para tratar de ubicar su revólver. Sacó su celular y realizó una llamada.

-No me haga perder tiempo. Organícelo todo para mañana por la mañana... ¡Eso usted no tiene por qué saberlo! Sólo haga lo que le digo... Sí... ¿Qué dijo? ¡No le entendí!... Sólo. Él va sólo... Bueno, listo... El resto

de la plata la ve cuando termine. No deje nada por ahí votado.

Entonces todo llegó y se fue en un parpadeo. Volvió a pensar en el apesadumbrado doctor, pero ella no tenía nada de qué preocuparse. Sólo era otro enfermo: "Por esta santa Unción, y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad", pensó ella de nuevo.

XV

-BUENO, primero que todo, y como dice la famosa regla de urbanidad: "el que llega saluda" ¡Muy buenas tardes, damas y caballeros! –dijo Liliana Fúquen, agarrándose del pasamanos del bus y dando paso a las personas que pasaban el torniquete.

-Buenas tardes –respondieron los pasajeros.

-Muchas gracias por ese saludo. Bueno, como ustedes se han venido de cuenta, he pasado muy educadamente por cada uno de sus puestos dándoles a conocer este rico y delicioso producto. Es un caramelo que viene en ricos y diferentes sabores, que tiene un valor y un costo de tan solo doscientos pesos la unidad. Claro está que para su mayor economía puede llevar los tres en quinientos o los siete por mil. Qué pena si los incomodo, no es mi intención, pues es la única forma que tengo de salir adelante. Mi padre tiene 75 años, a él nadie le da trabajo ahorita y pues... Mi madre en lo que trabaja ahorita es para lo de los servicios y eso. Tener un hogar no es fácil para nadie. ¿Verdad? Ustedes que tienen hijos saben que levantarlos es muy difícil. Pues, yo no tengo hijos pero pues, al ver a mi mamá lo que hace por mis hermanos sé que eso es un sacrificio. Pues yo ahorita me comprometo a estudiar con ella y pues... también me pongo a trabajar porque yo no la puedo dejar a ella manteniéndome. Ella plata no me tiene que dar a mí. Eso me toca rebuscármela. Ya mañana cumpla diez y ocho años y estoy trabajando para comprarme un par de zapatos y ahora quiero empezar a buscarme un trabajo bueno y el estudio tampoco lo voy a dejar abandonado. De todas maneras si no me pueden colaborar comprándome el dulce, si ustedes me quieren apoyar con cualquier monedita, sea una de cien o de doscientos, con lo que su corazón me quiera brindar. Mi padre me enseñó que cuando uno quiere algo en la vida tiene que luchar para conseguirlo. ¿Verdad? Y nada más bonito que conseguirlo honradamente ¿Verdad? Pues muchas gracias por escucharme, por prestarme un poco de su atención. Yo creo que vienen cansados, sobre todo después de ese largo viaje ¿Verdad? Yo ya voy para mi casita porque vea, esta es la hora que yo estoy sin desayunar... ¡Muchas gracias, que tengan un feliz viaje!... Cualquier monedita con la

que me puedan colaborar...

Deslizó las monedas recibidas a su bolsillo, timbró a unas cuantas cuadras antes de llegar, para darse tiempo de un cigarrillo antes de tomar el siguiente bus, el que la dejaría cerca del barrio Quintanares de Soacha.

El humo de nicotina que ella exhalaba se perdía entre los resoplidos de arena, el fuego del sol y el olor a mierda de caballo. Todo ello, junto con el continuo sonido de los autos en la autopista sur, se entremezclaban para dar vida a una especie de paz asquerosa. Tan incómodo le resultaba aquel lugar que a ella le parecía imposible vivir en otro sector... salvo contadas excepciones. Mientras tanto, Liliana Fúquen no era consciente de algo: su propia paz, la paz de su mundo, esa paz rabiosa que le sacaba una sonrisa a diario, pero que al mismo tiempo la hacía infeliz: su jaula. Tan acostumbrada estaba ella a lidiar con todos sus problemas que no se daba cuenta de que, al tener su mente en blanco por tan solo unos cuantos segundos, ella era otra. Alguien más era Liliana Fúquen, alguien diferente a ella se daba el lujo imposible de la libertad por segundos. Entonces, y sólo en ese instante, nadie estaba enfermo, nadie se quejaba por plata, nadie estaba preocupado porque su hermano de quince años estuviera en las calles vendiendo drogas, nadie se acordaba de que había tenido un marido al cual, probablemente, nadie sacaría de La Picota -o del cementerio, lo mismo daba-. Ese alguien diferente, ese ser inmune al mundo de Liliana Fúquen, vivía cuando ella misma iba más allá de los límites de su barrio. Pero luego, ella tenía que regresar allá, y su deseo de libertad desaparecía: eso "nunca" estuvo allá.

El balón rodaba en la cancha de microfútbol. Entre gritos, insultos, sudor y camisetas rotas, más que un juego, se disputaba el orgullo: la victoria en un partido callejero implicaba, para los quinceañeros aspirantes a delincuentes, una mayor satisfacción para el propio ego, escondido bajo la farsa del trabajo en equipo. En eso estaba John Freddy Fúquen, tratando de hacerse un lugar entre todos, siguiendo el mismo pensamiento que todos: ser el "único" del equipo entre ese montón de "únicos" del equipo. Su estúpido afán de maldad de preadolescente lo inducía a buscar la perfección, pero no tanto la perfección del buen juego como la perfección incierta de la superioridad. De ahí que estuviera a punto de acabar el partido a los golpes cuando otro jugador del equipo contrario logró quitarle el balón limpiamente. Precisamente ese era el problema: vencer limpiamente a quien lo vence limpiamente. Una situación como esa es toda una verdadera falta de respeto para cualquier aspirante a gangster de barrio.

Pudo ver, a lo lejos, a su hermana, bajándose del colectivo que la dejaba a pocos metros de la cancha. En ese instante, a John Freddy Fúquen se le quitaron las ganas de seguir siendo un macho, más por su inconsciente idea de que no era tan macho, que por sus insulsos deseos de demostrarle a ella que sí lo era. Cuestión de orgullo. Él podía prever lo

que quería hacer, pero nunca reflexionaba –si es que podía reflexionar- acerca de cómo hacer lo que quería hacer.

-¡Uy, mamacita!- le dijeron los jóvenes que la vieron llegar. –Venga me saluda a mí, mi amor.

-¡Freddy! Venga un momento- llamó ella a su hermano.

-¿No me va a regalar esos ojos, princesa? –le decía otro.

-¡Freddy!

Freddy seguía ignorándola.

-¡Venga que lo estoy llamando! ¡Chino marica!

-¡¿Qué quiere, parce?! –le respondió éste, ofendido.

-¿Cómo está mi papá?

-¡Pues vaya véalo usted!

-¡Tan marica! ¿No ve que yo no estaba? ¡Yo estaba trabajando, y por eso lo dejé a usted pa’ que lo cuidara!

-¡Bah!

-¡Venga! ¡No se vaya! Necesito que vaya a la tienda y compre lo del almuerzo. Y para que le diga a Don Rubén que le de las cuentas de lo que le debemos.

-Estoy jugando. Yo me le demoro –dijo, dándole la espalda y regresando al partido-. ¡Aquí ñero! ¡Pásemela que voy solo!

-¡Ah! ¡Este malparido!- gritó Liliana Fúquen, manoteando.

-Más bien pase a la casa que allá la están esperando –dijo su hermano, sin desconcentrarse del juego.

-¿Quién?

-¡El Esneider! Ese llegó esta mañana, preguntándola.

Liliana Fúquen sintió que el pecho se le rompía. Un súbito acaloramiento le subió al rostro, mientras que un feroz combate entre el miedo y la pasión se desataba dentro de ella, en una especie de delicado estado de guerra. Violenta era su paz, pero más violentos eran sus sentimientos hacia aquel hombre de recio amor y tiernas ofensas. La manía absurda de amar,

pensar, odiar, soñar, seguir odiando y vivir soñando le parecía patética, aunque el dolor autoinfligido siempre tuviera la estúpida característica de ser dulce. Porque para ella, temer era también una forma de amar.

No había nada extraño en su casa, a parte de un silencio que parecía jugar con la ansiedad. La luz del mediodía no entraba, a excepción del tenue reflejo que lograba colarse entre los vidrios martillados de la puerta. El frío y el polvo sí entraban, ayudados tanto por la fuerza del aire como por la falta de enfoscado. Aún podían verse los bloques de las paredes. Ni el piso ni las escaleras estaban enlucidos. Liliana Fúquen subió sigilosamente, intentando acallar el crujido que producía la fricción entre sus tenis y el suelo empolvado, algo que a ella le parecía realmente inútil, dado que era evidente que Esneider Velásquez ya había notado su presencia. Pero eso no importaba. Por alguna inexplicable razón, ella siempre caminaba muy despacio cuando se acercaba a su hombre, una actitud tan sumisa que no podía evitar a pesar de que la odiaba. A medida que se acercaba al cuarto de su padre escuchaba las voces, que lentamente iban subiendo de tono, hasta el momento en que se cruzaban las miradas. Don Ignacio, un hombre de avanzada edad, ya debilitado, hablaba con algo de dificultad a Esneider Velásquez, quien le escuchaba atentamente. Los dos miraban a Liliana Fúquen con esa sensación de incertidumbre, especialmente el joven. Las cortinas oscuras se tragaban la luz.

-Lo que yo le decía, mijita- masculló el viejo, carraspeando y luchando contra la fatiga que le provocaba la estenosis pulmonar que sufría-. Téngase duro que cuando vea a este muchacho por acá otra vez se va a ir de pa' tras.

Pero era más que eso. En realidad, cualquier muestra de estupefacción no era más que un superficial engaño a la vista del pobre viejo. Las idas y venidas de Esneider Velásquez en la vida de la joven eran, para ella, como minas explosivas, nunca sabía cuándo daría un mal paso, el paso que la llevaría a la muerte, o cuando volvería a respirar. Ese era el mundo interior de Liliana Fúquen, que su padre desconocía –o que al menos intentaba desconocer, poniendo en Esneider Velásquez la imagen del joven Ignacio Fúquen, al que le tocó trabajar como jornalero, como coterero en la plaza de mercado y como albañil. Esneider Velásquez era, para el viejo, su reencarnación. No había nada más en qué pensar.

Esneider Velásquez se despidió del viejo Ignacio, sonriente siempre, después de que Liliana Fúquen hubiese abandonado el cuarto sin decir palabra, pero diciéndolo todo. Él la encontró en la terraza de la casa, frente al lavadero. Divisó su joven silueta entre las sábanas y las camisas del colegio de los niños, mientras que el aire que provenía de las montañas se colaba en la trigueña cabellera de Liliana Fúquen. Esneider Velásquez contuvo la respiración por unos pocos y eternos segundos, como quien ve al dolor frente a sí. Caminó entre la ropa tendida hasta

llegar a la espalda de ella, quedando a tan solo unos milímetros de su nuca, casi hasta sentir el aroma del cabello.

-¿No me va a saludar? –preguntó él. Toda su mirada se redujo a la piel de Liliana.

-¿Dónde andaba?

-Pues por ahí. Haciendo una vuelta.

-Usted estaba en la cárcel, Esneider. No me diga mentiras.

Silencio corto.

-Pues sí, mami. Pero le prometo que eso no va a volver a pasar –se acercó más a ella, tomándole la cintura-. Venga, no me dé la espalda.

Entonces llegó el frío. Se calaba desde el cuello, donde ella podía sentir la respiración salvaje de Esneider Velásquez, hasta recorrer todas sus extremidades. Ella lo deseaba, su animalidad le daba vida, sus aires de macho estaban a punto de hacerla desmayar. Liliana Fúquen odiaba amarlo. Con violencia retiró las manos de su hombre, quien le tocaba las caderas suavemente, en un intento pasivo por liberar de ella la rabia del amor y el amor a la rabia, pero ella, esquiva, se movía hacia otro lado de la terraza.

-¿Por qué me hace esto, Esneider? ¿Ah? Dígame por qué. Va y se desaparece por meses, no llama ni nada, y yo aquí como una huevona sin saber dónde está usted, si le fue bien, si lo mataron... ¡Ay, yo no sé...!

-Pero no se ponga así, mami. Mire que yo todo lo que hago es por usted, por su cucho, sus hermanos, por sacarlos adelante a todos y no verla más por allá pidiendo plata en los buses. Ya, no se me azare...

-¡¿Y cómo quiere que no ponga así?! ¡No! ¡No me toque, Esneider, que usted ya me tiene mamada con esa maricada!

-Bueno, pero ya, cálmese que yo no vine a que me gritara –empezó a manotear Esneider Velásquez-. Yo vine hasta acá es porque la quería ver, saludarla y todo, y se me pone así. Mire que eso a mí no me gusta.

-Y le apuesto a que usted ni siquiera ha ido a ver a su hermano.

-Ahh...

Lo último que Liliana Fúquen dijo no fue del agrado para Esneider Velásquez, dado que ella tenía razón. En raras ocasiones, él cruzaba palabra con su hermano, y las veces que lo hacía debía terminar la

conversación con un “hijueputa”, y después con los labios manchados de sangre. Después de la muerte de su madre, la violencia fue la única vía de comunicación que encontró no sólo con su hermano, sino con el mundo. No había mucho que preguntar.

La noche. Las luces. El tinto y el cigarrillo aún prendidos en medio del fragor de las luces nocturnas en donde se perdían las miradas de los dos enamorados. Desde aquella terraza podían ver parte del municipio de Soacha, que brillaba a lo lejos. Los brazos de Esneider Velásquez rodeaban por completo la cintura de Liliana Fúquen, y dejaba que ella se echara toda hacia atrás, él apoyando el rostro junto al rostro de ella, besando de vez en cuando la nuca de la dama. Silencio y luces y barullo a lo lejos, la tos seca de Don Ignacio, los dolores pasados. Todo enterrado bajo las caricias, silencio y olvido todo.

-Vámonos de aquí- dijo él, acallando el silencio del tabaco.

-¿A dónde?

-No sé. No sé todavía. Pero vámonos.

-No puedo. Yo no puedo dejar a mi cucha sola. Y usted sabe que mi cucho se me está muriendo. No puedo irme.

-Y no se quedan solos. Yo ya tengo las lucas y los vamos a dejar bien. Yo de vez en cuando les mando algoito. Usted sabe que yo quiero mucho a su cucho...

-¿Y su hermano?

Esneider Velásquez siempre tuvo clara la respuesta. “¡A la mierda con él!” pensaba, pero de pronto notaba que hacía más frío que antes.

-Algo haremos -dijo-. Dios proveerá...

Dos semanas después, ellos ya no estaban allí. Esneider Velásquez había sacado un apartamento en arriendo en el barrio Diana Turbay, en Bogotá. Había planeado permanecer allá unos cuantos meses mientras el ambiente se calmaba: había ojos por todos lados. Tenía dinero para todo. Liliana Fúquen había dejado de pedir dinero en los buses, compró ropa nueva, le envió algunos regalos a sus padres y a sus hermanos, y sin que su marido lo notara, le envió algo de dinero al hermano de Esneider Velásquez, como para sentir que esa mentira de hermandad no era ninguna mentira, sino una fraternidad al revés. Era ese uno de tantos reveses que ella conocía muy bien, pero que prefería no mencionar, dado que las circunstancias no estaban para atraer los males. Sin embargo, ella no dejaba de preocuparse cada vez que escuchaba el paso de una motocicleta por los alrededores, el sonido de las mechas que explotaban

en las canchas de tejo cercanas o el barullo de los ebrios que inician cualquier pelea porque el vecino volvió la mirada al cielo. Sí. Dos semanas no bastaban para construir felicidad, pero lo bonito del engaño está en su existencia: era mucho mejor la mentira de ser feliz, que la verdad de los miedos escondidos.

Después de varios días de permanecer con ella en el apartamento, sin salir siquiera al andén, quedándose durante horas en la cama viendo la televisión y levantándose apenas para ir al baño, comer algo y rezar durante casi cuatro horas frente a la imagen del divino niño, Esneider Velásquez se fue un día, a eso de las cinco de la mañana, sin musitar palabra alguna, sin decir si volvería ese mismo día, sin decir adiós. Apenas vio los ojos inquisidores de Liliana Fúquen, quien le miraba desde la cama sin quitarse las cobijas para levantarse e intentar detenerlo, sintiendo miedo y furia a la vez, temiendo lo peor. La vida se le iba de nuevo.

Al día siguiente después de la partida, una llamada devolvería, a medias, el aliento:

-Mami, no se me asuste. Yo todo lo hago por nosotros, usted ya sabe. Yo estoy lejos, pero le prometo que vuelvo por usted. Esto es lo último. Por chuchito lindo que me mira desde arriba que es lo último.

Liliana Fúquen no respondió. Simplemente colgó el teléfono mientras se tragaba las lágrimas. Entonces vio la sangre correr entre sus dedos.

I

ERA como si el capellán hubiese querido acallar el sonido de sus pasos con un silencio inocentemente cómplice. Pero eso era apenas normal: el silencio allí era sinónimo de retorcida tranquilidad.

Los únicos testigos de la correría del capellán eran los santos que vigilaban tristemente, desde sus finos y costosísimos polípticos, las andaduras de los hombres de la iglesia: santa María Magdalena, san Ignacio de Loyola, san Gregorio Magno, san Ezequiel Moreno Díaz, san éste, san aquel, san aquella, etc. Parecía que las miradas frías se fijaran en el movimiento rápido y silencioso del capellán de corta estatura, piel macilenta de vida y figura escuálida, en cuyo rostro agitado se podía entrever las marcas que dejan las preocupaciones por esos temas de suma importancia para las ideologías, pero irrelevantes para la vida. El capellán no podía evitar esa sensación de temor que le producían los atisbos tristes de los santos sobre él, y aún más en ese momento, cuando sentía la impronta de lo que habría de venir después. Por eso, el capellán tenía la esperanza de que aquellos santos le darían su bendición, y no le dejarían correr la suerte de los emisarios medievales que morían

estrangulados por los reyes, cuando eran portadores de malas noticias.

En efecto, eran malas noticias. Sólo había que ver los ojos de angustia del capellán, para ver que se lamentaba una y otra vez de tener que informar de algo tan inoportuno, en un momento igualmente inoportuno. Por eso el silencio de sus pasos.

Llegó entonces a la oficina. Se dio unos cuantos segundos de gracia para recuperar el aliento. La puerta de caoba estaba entrecerrada, pero no con llave. Los goznes de la puerta hicieron un sonido tan suave y ligero, que se confundió con los gemidos sordos de satisfacción que lanzaba el padre Maciel desde la silla de su escritorio. El padre no había visto al capellán, pero éste último sí vio la esclerótica de los ojos entornados del padre Maciel. Esto le dio tiempo al capellán de regresar por donde había entrado, cerrando la puerta nuevamente, pero dejándola un poco entreabierta, para poder ver cuando el padre Maciel terminara. Mientras esperaba, vio que de debajo del escritorio se asomaban los zapatos de uno de sus acólitos, que se encontraba allí de rodillas. El capellán esperó unos segundos. Tratando de no dejarse manipular por la impertinencia de sus propios achaques, el capellán dio unos golpecitos suaves en la puerta, alertando al padre Maciel de su presencia. Desde afuera, pudo entonces escuchar el fuerte golpe que el acólito se dio en la cabeza contra el escritorio, mientras el padre Maciel se levantaba afanosamente, mas airoso e indignado que asustado. El capellán se alejó de la puerta. Un segundo después el acólito salió, limpiándose la boca, mientras el capellán intentaba tragarse esa horrible sensación de encono que dejan los triángulos amorosos. Apenas vio a su otro superior esperando afuera de la oficina, el acólito agachó la cabeza, mientras miraba de soslayo al capellán, tratando de disimular su vergüenza. El capellán entró a la oficina. El padre Maciel trataba de acomodarse el cíngulo, el cual no podía atar bien a su cintura debido al descomunal tamaño de su barriga.

-¿Qué quiere?- preguntó el padre.

-Acaba de llegar este telegrama desde Morales.

Al padre Maciel se le pusieron los ojos como de huevo frito. Sin mediar palabra, le quitó el telegrama de las manos al capellán sin disculparse por la grosería. Mientras lo leía, el resuello de su respiración se agitaba con más fuerza. Bajó las manos y lanzó una mirada al cielo en espera de ayuda de la providencia, y luego volvió a leer el telegrama, como esperando que todo fuera una broma. Después tomó asiento, lanzó el telegrama sobre su escritorio, y dejó salir una larga exhalación de aire que le cambió un poco el mal humor.

-¿Qué le manda decir al llanero, padre?

El padre Maciel se acarició su cabeza calva, se puso sus anteojos, y respondió pacientemente:

-Dígale que lo entierre. A él y a todos esos indios. ¡A la mierda con ese Cáqueza!

XVI

AÚN podía sentirse el cálido aire, a pesar de que ya eran más de las cinco de la tarde. Desde la lejanía, el punto más recóndito que pudo hallar, Matoma Salgado dejaba que su mirada se perdiera entre los verdes cafetales de alguna parte rural del Líbano, en el Tolima. Se quedaba mirando hacia el horizonte, los ojos perdidos en cientos de pensamientos que, por más que se esforzaran, no lograban amainar el dolor punzante de su espalda, que ya le llegaba hasta los hombros. Era su costumbre moverse en su silla de ruedas hasta el balcón de la finca, ponerse su ruana oscura, el sombrero aguadeño que no le gustaba, ya que no le parecía tan elegante como los sombreros llaneros que él solía usar en Orocué, Casanare, su tierra natal. Sin embargo, estando ahora en una tierra que diecisiete años atrás le era extraña, y que aún lo era para él, sentía la imperiosa necesidad de usar algo que le ayudara a pasar desapercibido.

Así pasaba el tiempo para este hombre, que había llegado en 1992 desde el sur de Bolívar, ocultándose primero en Barrancabermeja, después en Barbosa, Girón, en Santander, Fusagasugá, en Cundinamarca, y al llegar al Tolima se instaló, primero en Villahermosa, y después en el Líbano. Desde que llegó a esa pequeña finca, diseñada por él mismo de modo tal que se camuflara entre la vegetación de los cafetales, Matoma Salgado le dio mayor importancia al balcón de estilo maltés, no tanto por admirar el amplio paisaje que desde allí se podía ver, como por vigilar las posibles rutas que sus enemigos tendrían que atravesar en caso de que lo hallaran. Cuando sus hijos le decían que se retirara a descansar aunque fuera por media hora, éste sólo decía:

-Que descansen los maricones de mis guardas. Yo no.

No lo decía sin razón. Después del almuerzo, y a pesar de los fuertes anillos de seguridad que había montado en toda la zona, los guardas de Matoma Salgado solían echarse a dormir en el primer pastizal que encontraban, mientras que los otros que se quedaban reemplazando a los de la siesta, se dormían también en los troncos de los árboles, desde donde montaban la guardia. Matoma Salgado desconfiaba de sus hombres, y eso le había llevado a crear esa obsesión por permanecer toda la tarde en el balcón, con su escopeta a la mano, sospechando del más leve movimiento de los cafetales. Un día, estuvo a punto de asesinar a un

viejo campesino que se encontraba trabajando en esa zona. Cuando Matoma Salgado se preparaba para disparar el tiro de gracia que debió haberse alojado en la cabeza del pobre hombre, el dolor en los hombros le hizo desviar el tiro. Mientras el viejo se orinaba en los pantalones del susto, el llanero vociferaba al viento el lenguaje procaz que siempre le distinguía:

-¡Vida hijueputa! ¡No le di a este grangüevón!

Ese dolor de espalda no sólo le afectaba la puntería, cosa que le preocupaba enormemente, sino que también había contribuido a su excesivo aumento de masa corporal. Desde su más tierna infancia, Matoma Salgado había empezado a sentir los efectos de la escoliosis, hasta el punto de que los juegos con otros niños se habían vuelto un imposible para él. Tuvo que empezar a usar el bastón a partir de los quince años, y a los dieciocho ya su columna vertebral estaba tan desviada, no tanto por el avance de su enfermedad, como por las repetidas e insaciables noches de sexo a las que sometía a la veintena de noviecitas que tenía distribuidas por todo Orocué y los municipios aledaños; con el paso del tiempo y de su edad, su contextura fue haciéndose más voluptuosa, y su columna torcida y débil nada podía ser ante tantos kilos de grasa, lo cual al final terminó condenándole a la silla de ruedas para el resto de su vida.

No obstante, a pesar de que su obesidad mórbida había sido causada por su propia e incontrolada gula, el llanero no se arrepentía de todo lo que se había comido a su paso. Le encantaban los sancochos de costilla, la carne asada, el arroz en cantidades tan enormes que a las cocineras les parecía un verdadero acto de malabarismo el hecho de que no dejara caer ni un solo grano del plato, lo mismo que la papa y el plátano asado. Podía comerse una enorme bandeja de frijoles él sólo, y además repetía, lo cual dejaba con la boca abierta a todo el que lo acompañaba en la mesa. Matoma Salgado no se sorprendía de que lo miraran así, y el mismo decía que sí su situación monetaria le permitía abastecerse de buena comida, entonces era su deber tragarse todo lo que había comprado, porque se lo había ganado con su propio trabajo y su propio dinero. Era, pues, natural para él, defender lo suyo y, si se podía, apropiarse de lo del otro. Dado que era así como pensaba, no podía entender cómo era el discurso de los comunistas, que propagaban por compartir con otros lo que uno mismo, con esfuerzo y dedicación, se había ganado. Y al no entender eso, no le parecía mayor tragedia comerse un succulento pedazo de ternera a la llanera, mientras que una niña famélica se moría de hambre en la misma mesa.

-Si quiere comer pues que trabaje. ¡Yo no mantengo a vagos de mierda!- decía.

Esta misma característica de la personalidad de Matoma Salgado fue la que lo llevó al campo de la guerra. El constante abigeato del que eran víctimas los campesinos de varios municipios del Casanare, entre ellos Orocué, por parte de grupos guerrilleros, suscitó en el llanero Salgado la vena del liderazgo militar. Junto a otros compañeros, Matoma Salgado decidió fundar un grupo paramilitar, que empezaría con apenas treinta hombres, y que con la ayuda de cierto capital extranjero, aumentaría su pie de fuerza a doscientos hombres, además de abastecerlos de armamento, entrenamiento físico, y filosofía asesina. La lucha contra los insurgentes fue intensa, aunque inútil: debido a las diferencias de mando entre los paramilitares y las fuerzas armadas, y entre los mismos paramilitares, no hubo una buena estrategia que les permitiera desplazar a sus enemigos, aun cuando todo parecía jugar a favor de los llaneros. Nadie ganó al final. Los guerrilleros fueron abatidos en su mayoría, pero una gran cantidad de barbaries cometidas en contra de la población civil por parte de un comando del ejército, entre ellas asesinatos a campesinos, robo de ganado y violación de mujeres, desató un escándalo público que hubiera podido empañar la imagen de los soldados, de no haber encontrado un chivo expiatorio a quien culpar: a Matoma Salgado y a sus hombres. Al verse abandonado por sus compañeros, y traicionado por los mismos que una vez le habían patrocinado en la guerra contra los terroristas, Matoma Salgado abandonó el Casanare.

Las noches tolimenses le parecían hermosas. El único momento en el que sentía que la paz de su mente le acariciaba el rostro era cuando podía admirar por veinte minutos el cielo nocturno despejado, antes de comenzar la lectura de la Biblia. No había abandonado esa costumbre desde la década del setenta, cuando el entonces capellán Maciel le había rescatado de la condición de pordiosero en la que vivió después de huir de su tierra. El llanero Salgado fue criado en el catolicismo, creía en aquel dios del que siempre hablaban los feligreses distraídos, pero había asistido a misa, por mucho, unas dos veces en su vida. Nunca había leído la Biblia durante sus épocas de amante fugitivo. Repetía el Padre Nuestro, pero no sabía que dicha retahíla había sido enseñada por el nazareno, el único, el irrepetible. El capellán Maciel le instruyó no sólo en la lectura de la palabra de dios y el conocimiento de la tradición católica, sino también en otros aspectos más teóricos: le explicó las Quinque viae de Tomás de Aquino; le enseñó la eterna validez del Edicto de Milán y del Codex Theodosianus, le hizo ver la gran importancia del Edicto de Tesalónica, le impartió clases en las que estudió el pensamiento de conocidos religiosos en contra de la apostasía, tales como Orígenes, Ireneo de Lyon, Félix Sardá y Salvany, y un pensador más local, Ezequiel Moreno Díaz. Matoma Salgado se entregó tanto al estudio de toda esa literatura religiosa, que una vez que se enteró de las revolucionarias conclusiones a las que Roma había llegado durante el concilio vaticano II, se aterrorizó tanto de que la tradición católica perdiera el rumbo ya establecido por Teodosio en su Edicto de Tesalónica, por lo cual (y bajo estricta orden de su maestro Maciel) se convirtió en fiel seguidor de las enseñanzas del francés Marcel Lefebvre. Pero a pesar de

haberse entregado a la lectura de estos textos con tal pasión, su vocabulario y su expresión oral seguían siendo igualmente soeces.

Así fue como se acostumbró a la religión. Fue así como también se acostumbró a vivir bajo la protección del padre Maciel, a quien terminó por deberle no sólo su renacer del mundo del pecado, sino también la posición económica que habría de permitirle vivir holgadamente hasta el final de su vida. En algún momento de su juventud, Matoma Salgado había pensado en hacerse religioso y, al igual que el santo Agustín de Hipona, escribir un libro en donde intentaría purgar sus años de vida libertina y criminal. Lo detendría de estos planes el largo historial delictivo que le hubiera costado su extradición –recientemente aprobada por el Congreso de Colombia-, y la pena capital en los Estados Unidos, así como también lo detendría su incapacidad de mantener a raya a su órgano reproductor, porque le era imposible dejar de tirar. Esto último jamás se vio afectado por la apariencia fofa y descuidada de su obesidad mórbida, ya que las mujeres nunca le faltaron. Se contaba entre sus allegados que el llanero había dejado más de cuarenta hijos regados, muy al estilo del dictador ugandés Idi Amin, aunque el llanero habría de reconocer legalmente sólo a seis de ellos, mientras que a los otros los rechazaría por diferentes razones: rechazó la paternidad de los hijos que tuvo con mujeres negras, descartó totalmente la idea de criar niñas, y a uno de los muchachos, que al llegar a la adolescencia se había declarado abiertamente homosexual, lo hizo desterrar del país como a un verdadero criminal. El muchacho estaba a punto de llegar a la frontera con Panamá, pero allí fue ultimado por uno de los matones a sueldo de su padre, para no dejar rastro de a quien el padre llamaba el “hijo de Satanás”.

Después de la lectura de la Biblia en el balcón de su finca del Líbano, Matoma Salgado se dirigía a la sala, servía un trago de aguardiente, y ponía en su viejo tocadiscos algo de la música de su tierra. Media hora después, su hijo Toño, el mayor, de quién el obeso llanero siempre se sentiría orgulloso por su fama de hombre rudo en la pelea, frío ante la muerte, y sexualmente insaciable con las mujeres como su progenitor, se presentaba ante su padre con la jeringa y el frasquito de “esencia de rosa rugosa”, que todas las noches sin falta era inyectado por Matoma Salgado en la nuca de su hijo. Toño se arrodillaba ante su padre, ponía la frente sobre las robustas piernas, y dejaba que la aguja entrara con fuerza hasta llegarle casi al cerebelo, mientras el llanero, con voz apesadumbrada, le recordaba que su misión en la vida era defender a su padre, al obispo Maciel y al catolicismo en general, de la mano del pecador, y que no habría infierno para ellos siempre y cuando siguiera asesinando en nombre de la Cristiandad.

Matoma Salgado creyó necesario acostumbrar al hijo a inyectarse la esencia de rosa rugosa, teniendo en cuenta el recuerdo del primer trabajo que le había asignado cuando había alcanzado la juventud: una joven muchacha había acusado al capellán Maciel de violación, algo que éste

último negó todo el tiempo. El escándalo estaba llegando hasta las altas instancias de la jerarquía romana y de la justicia ordinaria, razón por la cual era necesario “enterrar a la blasfema”. De eso se encargaría Toño, quién en vez de inyectarle a la joven la “esencia de almizcleñas” para que ella olvidara todo y desapareciera, recibió la orden directa de su padre de agarrarla a tiros. No obstante, no fue capaz de asesinarla por dos razones: la primera, porque su sentido del remordimiento no lo dejaba actuar; y la segunda, porque la joven, en un intento por practicarse un aborto, terminó por causarse graves heridas internas, y había fallecido desangrándose en su interior. Ya antes el joven Toño había inyectado varias esencias a otras víctimas, pero no había puesto una bala mortal en alguien. Ante los primeros signos de remordimiento que el joven empezó a manifestar, Matoma Salgado buscó la esencia adecuada para su hijo, que le ayudaría a sacar de la cabeza el sentimiento provocado por lo que estaba mal hecho. Y así, para no dejar de ser el frívolo asesino de su padre, se vio obligado a desechar cualquier tipo de remordimiento, con ayuda de las drogas sagradas.

Lo mismo tuvo que hacer el Llanero cuando se fue a vivir al Norte de Santander, entre los límites de Colombia y Venezuela. Fue por esa época cuando el Llanero empezó a ser conocido entre los nativos indígenas como el kasuu, que en idioma paraujano significa “blanco”, por el tono blanquecino de su piel. Estando allí, debía moverse entre dicho departamento y el Estado de Zulia, intentando seguir la labor de los monjes capuchinos de convencer a los indígenas del pueblo Barí para que se movieran de su territorio y buscaran asentamiento en otra parte, con lo cual se facilitaría nuevamente la explotación de hulla en dicha área. Pero dicha petición traía a los miembros más respetados de la tribu el recuerdo del pasado conflicto de su pueblo con la Gulf Oil Corporation, quienes con la aprobación del entonces presidente de Colombia Rafael Reyes, trataron la ocupación de los territorios por la fuerza. La compañía gringa ya no existía, pero existía el padre Maciel, el Llanero Matoma Salgado, y cientos de empresarios interesados en tomar el control del preciado mineral. Según los empresarios, había que recordarles todo lo que las misiones católicas, especialmente las llevadas a cabo por la Madre Laura Montoya Upegui, hicieron por ellos para la paz tras la derrota del pueblo aborígen. Ante la resistencia de los nativos a abandonar su territorio, el padre Maciel ordenó a Matoma Salgado a “enterrar a los enemigos de la cristiandad, que sólo hablaban de dioses paganos como el tal Sabaseba, que no es más que otro representante de Satanás”. Así las cosas, el Llanero inyectó algunas esencias de varios indígenas Barí, a quienes que tenía bajo amenaza, mientras que otros fueron exterminados fríamente por Toño y su hermano menor, Eloy, no sin que antes estos últimos se inyectaran un poco de la esencia de rosa rugosa, para evitar el peso moral del holocausto cometido.

De aquello, sólo Matoma Salgado tenía viejos recuerdos. El padre Maciel jamás habló del hecho en público, y los hijos del Llanero ya lo habían

borrado de su mente, gracias a la sagrada tradición de la jeringa y del aroma de las rosas. Y ese recuerdo permanecía en la mente del obeso, no tanto por las consecuencias, como por el hombre que habría de darle problemas a él y al padre Maciel: el abogado Darío Cáqueza, el hombre que, desde Bogotá, llevaba a cabo la pesquisa sobre las denuncias de abuso sexual en contra del prelado y que, investigando de un lado a otro, dio con los negocios ilegales de explotación de la hulla en la zona del Río Catatumbo, entre el Norte de Santander y el Estado del Zulia, y con la posterior masacre indígena, de la que nada se supo en los medios gracias al poder del capital extranjero. Era necesario dormir al abogadillo en una nueva vida.

Con lo que no contaban ni el Llanero, ni el padre Maciel, ni los gringos, era que el abogado Darío Cáqueza, además de ser un hombre admirablemente astuto, era uno de los pocos hombres en el mundo que poseía una constitución física resistente al efecto del aroma de las rosas: fue el propio padre Maciel quién inyectó la "esencia de azahares" en el abogado, y fue él quien designó que habría de vivir como un pobre pescador arruinado, endeudado hasta las coyunturas de los huesos con los nuevos negocios a los que el Llanero se dedicaría en Morales, sur de Bolívar, todo con tal de mantenerlo vigilado. Cualquier novedad debía ser informada a Lizeth, otra fiel discípula del padre Maciel. Matoma Salgado ignoró por largo tiempo que Darío Cáqueza, conocido después como Ramiro Peña, había despertado del efecto de la esencia de azahares, pero en cuanto se enteró, informó a Lizeth, y está al sacerdote, quién envió un telegrama de vuelta ordenando el asesinato del abogado de una vez por todas.

Sintiéndose aún perseguido, Matoma Salgado insistía en mantener su escopeta al alcance de su mano, por si algo más habría de exterminar. Poca confianza le tenía al tal Esneider Velásquez, el matoncito que Lizeth le mandaría para protegerlo de la amenaza que sobre el Llanero se veía venir. Y su desconfianza no era para menos: llegó a mandar; llegó a poner en duda la valentía de los hombres del Llanero; llegó incluso a burlarse del rostro de Eloy Salgado, desfigurado por un disparo de escopeta, razón por la cual tenía esa enorme cicatriz en su mejilla, le faltaba la oreja izquierda, y su ojo izquierdo estaba totalmente gris. No sólo criticaba el esquema de seguridad diseñado por Matoma Salgado, sino que también despotricaba en contra de las armas utilizadas por los guardias, intentando convencerlos de las ventajas de utilizar la subametralladora mini UZI, en vez de seguir con esas Remington 870. Esneider Velásquez hacía estas recomendaciones a los hombres no porque le interesara la eficacia de los anillos de seguridad, lo cual en realidad no le importaba, sino por hacer alarde de una capacidad de liderazgo que en realidad no poseía, a menos que fuera a fuerza de quitar de en medio al que se lo impidiera. Esta actitud estuvo a punto de desencadenar un enfrentamiento entre Esneider Velásquez y Toño Salgado, quien tuvo que hacer respetar las órdenes de su padre con la voz alzada y la escopeta en la mano. Tal

enfrentamiento jamás llegó a darse gracias a la idea que todos ellos habían interiorizado: la de su trabajo como emisarios de la tradicional iglesia católica apostólica y romana que trabaja en pro de acabar con los herejes: los que no dejan ganar plata.

Las tierras tolimeses no eran lo suficientemente grandes para el llanero: sentía al enemigo afuera. Jamás durmió en la enorme cama que él había comprado para usarla en la finca en la que ahora se refugiaba. Prefería que la empleada lo llevara al cuarto y que le echara la cobija cuatro tigres encima del regazo, como una manera de estar preparado ante lo inminente. Mientras fumaba, se preguntaba una y otra vez por qué tenía esa suerte tan malparida, por qué carajos todo salía al revés, y por qué mierdas todos los cabrones relacionados con el caso de los Barí y de la acusación de violación contra el padre Maciel se tenían que despertar, justo ahora, cuando la platica por fin se veía, y cuando ningún triplehijueputa se metía con él, en fin, cuando ya lo dejaban en paz. Matoma Salgado no dejaba de ser un patán maleducado ni hablando, ni pensando. No dejaría de tener los mismos pensamientos todas las noches después de las diez, hasta varios años después, cuando a lo lejos de los cafetales, a esa misma hora, escuchó los primeros tiros de fusil que anunciaban la llegada del enemigo. Matoma Salgado supo entonces que su final había llegado.

Entonces, totalmente ofuscado y sin saber qué hacer, Eloy Salgado entró al cuarto de su padre, sudando como animal a través el rostro cicatrizado, y manteniendo el cañón de su escopeta apuntando al techo.

-¡Vámonos antes de que nos maten!- exclamó el joven.

-No se asuste, mijo, porque ya nos mataron. Esos hijueputas son los hijos de Cáqueza.

XI

BAJO aquellos implacables latigazos del sol, Ramiro Peña emprendía la huida hacia el sur de Bolívar, a la vera del Brazo Papayal. Sentía que las pocas fuerzas que le quedaban se le iban entre las lágrimas, producto del recuerdo doloroso de haber dejado al pequeño José, quien huiría hacia la zona del Magangué, partiendo desde la desembocadura del Río Cauca en el Magdalena. Al pescador no le estaba permitido detenerse en su fuga, no tenía otra opción que seguir al frente, corriendo, siempre corriendo, sin importar si las quemaduras de su pierna izquierda le llegaban hasta los huesos. De vez en cuando se acercaba a las aguas del Brazo Papayal, para refrescar un poco no sólo el dolor de sus heridas, sino también la idea de que por esa ruta no lo buscarían sus enemigos y que además, era la vía más rápida para llegar a Morales. Tenía la esperanza de encontrar

una lancha rápida que facilitara su llegada. Tenía miedo. Miedo de lo que podría pasarle a Lorena Carrascal y a la pequeña Marianita si él no arribaba a tiempo, antes de que aquellos hombres llegaran primero, y también tenía miedo de llegar, sabiendo que pasara lo que pasara, se desataría el terror en su hogar.

Mientras corría, Ramiro Peña recordaba el adiós del pequeño José, el niño del que tendría muy pocos recuerdos de alguna relación de paternidad de la que no había duda alguna. De no ser por la existencia de aquel, Ramiro Peña jamás se habría dado por enterado del hombre que era, antes de aparecer en Morales como el esposo de Lorena Carrascal, y el padre de José y Mariana Peña. Se enteraría que bajo esa capa de pescador dormía el abogado Darío Cáqueza en contra de su propia voluntad. Con el pasar de los años, el ahora pescador recobraría poco a poco los recuerdos de su vida pasada, las luchas intestinas que sostuvo contra sus enemigos durante las épocas en que él vestía de corbata, y sus únicas armas que habían sido los libros de código penal, bajo los cuales deseaba que se juzgaran a los asesinos en masa de los indígenas barí en la zona del Río Catatumbo. Recordaba muy bien el preciso instante en que era capturado por Toño y Eloy Salgado, los hijos del kasuu, y también evocaba en su mente los días posteriores en los que fue torturado bajo el método de la Gota China. Esta tortura fue ordenada por su enemigo, más por el deseo de enseñarle que la Santa Inquisición seguía más viva que nunca en el seno del catolicismo, que por la vital información escondida por el abogado. Supo después el abogado que aquellos días de encierro habían servido para que su enemigo saqueara su apartamento y su oficina en Bogotá, en busca de dicha información. Después de que las pruebas judiciales ardieran en el fuego, el enemigo del abogado, el padre Maciel, se apareció en el lugar en que tenía encerrado a Ramiro Cáqueza y, tomando de los cabellos al torturado, le susurró al oído la frase que lo destrozaría por completo:

-Me comí a tu mujer, malparido.

Acto seguido, sacó la jeringa que venía empuñando desde que entró a la habitación, y la enterró, con odio y satisfacción, en la nuca del abogado Darío Cáqueza, quien a partir de ese momento dormiría, para darle paso a su nueva identidad: el pescador Ramiro Peña.

Lo de la violación a la esposa de Cáqueza no era cierto, pero éste jamás lo sabría. Aunque el religioso sí se había propuesto descargar su ira hacia el abogado por medio de la violencia sexual contra Ana María Cáqueza, eso no llegó a realizarse, dado que por la época en que los hijos de Matoma Salgado saqueaban las propiedades del abogado, Ana María Cáqueza le había pedido a un abogado amigo de su esposo, que le inyectara esa maldita droga, y que luego la desapareciera a ella de esa porquería de mundo, porque lo más probable era que Darío Cáqueza no regresara. Ana María Cáqueza contaba en ese momento con tres semanas y media de

embarazo, y el feto, que a causa de la inyección del elixir en el cuerpo de la madre había detenido su desarrollo, no continuaría con su etapa de gestación hasta el día en que ella despertó sorprendentemente sobre la máquina plana industrial, sintiendo el olor del almuerzo y la herida de su dedo anular izquierdo.

Se alimentó como pudo de las hojas de árboles. Aquellas que le dejaban un sabor terroso en la boca no las tragaba. Las masticaba, y luego untaba la quemadura de su pierna con el mazacote. Lo hacía porque alguna vez había escuchado a Inocencio Meeya hablar sobre las propiedades curativas de las plantas masticadas que él usaba cuando se quemaba la piel al tocar accidentalmente el motor caliente de la lancha. Esto le había dado al nativo la idea de vender mazacotes de plantas masticadas como remedio casero para cualquier tipo de herida. Era un negocio rentable, ya que lo único que necesitaba era un montón de hojas de cualquier árbol, sus mandíbulas y su saliva. Eso sí, se cuidaría de revelar el proceso de aquella maravilla de medicamento, dado que el ingrediente milagroso no era más que la propia saliva humana, con su alto contenido de ptialina, lo cual era una desventaja para el negocio: solo bastaba que alguien se echara las babas en la herida y ya estaba. Al carajo con la estafa de las plantas.

-Y por aquí que abundan los babosos- repetía el Barí.

En realidad, Inocencio Meeya no era ningún estafador de poca monta, como algunos creían. Él simplemente le hacía honor a su nombre: inteligente, pero ingenuo. Y esa ingenuidad era la que no le permitía conseguir un trabajo en todo Puerto Wilches, excepto con Ramiro, quien lo empleaba como su ayudante durante las épocas de abundancia del bocachico. Precisamente era esto lo que recordaba el pescador mientras se aplicaba la argamasa de plantas masticadas en su pierna, un poco perplejo ante la paradoja de aquella amistad con el Barí: creía protegerlo, cuando la verdad era que Inocencio lo protegía a él. Y eso sucedió porque, después de la masacre de los indígenas en el Catatumbo, uno de los líderes de la comunidad, en medio de su agonía, recomendó al joven Inocencio Meeya la protección del abogado Cáqueza y de toda su familia. Era cuestión de saldar deudas. Darío Cáqueza defendió con tenacidad y resistencia la causa de los Barí, lo cual lo convirtió en un digno integrante de aquel pueblo. Al enterarse de la captura del abogado, el ñatubai, o anciano líder, no tuvo duda alguna de la suerte que correría su preciado guerrero: sabía de aquella agua extraña que los religiosos cristianos utilizaban, según ellos, para “depurar el alma de los herejes”. Con ello matarían su espíritu, enviándolo a vivir una vida diferente, hundiendo a su memoria en la más profunda oscuridad. No obstante, la sabiduría del viejo líder le permitió darse de cuenta de que había algo especial en el ciudadano. No podía creer que un hombre como Darío Cáqueza sucumbiera ante la falsedad de una vida que no iba a ser la suya, con lo cual ya anticipaba el despertar de aquel hombre que no moriría sin haber conocido el motivo de

su existencia.

El sabio indígena no se había equivocado. Por eso resultó acertada la idea de enviar al joven Inocencio para proteger, sigilosamente, al abogado en su nueva vida. Después del espectáculo de horror y sangre que vivió el pueblo Barí por causa de la invasión cristiana, Inocencio Meeya sólo podía creer en una resurrección: la del hombre que en lugar de predicar la justicia, luchó hombro a hombro con el pueblo para obtenerla.

Fue la presencia del joven Barí en la vida de Ramiro Peña la que le dio fuerzas para soportar el hecho de separarse del pequeño José. Pensaba en el niño mientras iniciaba de nuevo su camino a la vera del río, en lo mucho que había aprendido de él, y en la felicidad que le había regalado durante su nueva vida. Durante el largo sueño de Darío Cáqueza, Ramiro Peña se había enamorado de la hermosa Lorena Carrascal, con quien engendraría a José y a Mariana Peña. Después de la boda, la familia se trasladaría a Morales, un municipio del sur del departamento de Bolívar, en donde vivirían principalmente del trabajo pesquero de Ramiro Peña, aunque no sería su única fuente de ingreso: durante las bajas temporadas de pesca, la familia se dedicaba al cultivo de yuca, de plátanos y de sorgo, que no siempre se vendían bien, pero cuyas ganancias nunca llegaron a aniquilar la felicidad de los Peña. Honorio y Prudencio, quienes vivían en las cercanías del territorio del pescador, se convirtieron en los principales socios del negocio de pesca que prometía mucho, pero que se vendría al piso con la fuerte ola de calor que azotó al país en 1991, sin contar con el total control que ejercía el barón de los pescados del sur de Bolívar, el kasuu Matoma Salgado.

Por aquella época era casi imposible encontrar un buen banco de peces. Sólo aquellos pescadores que habían contraído grandes deudas con el kasuu debían seguir buscando. Todo aquel que quisiera dedicarse al negocio debía pagar una cierta suma de dinero como permiso para poder pescar en el tramo del río que va desde San Martín de Loba hasta Cantagallo. Desafortunadamente, nadie contaba con la sequía que haría desaparecer a más de mil millones de peces del Río Magdalena. La ola de calor obligaría al gobierno a implementar un racionamiento de energía en todo el territorio nacional.

Pero al kasuu le importaba un comino la sequía. Él sólo exigía los pagos y punto. Que no se encontrara ni un solo cardumen era problema de los pesqueros. Cómo algunos pescadores no pudieron cumplir con el pago puntual, sus tierras pasaron muy pronto a ser territorios de Matoma Salgado, lo cual incluía no sólo las propiedades raíces, sino también el derecho de pernada: es decir, las mujeres que tuviera a su disposición. El llanero deseaba con ansias poder aplicar esta medida sobre Ramiro Peña, para poder satisfacer dos fantasías que a veces le atormentaban: vengarse del aletargado abogado Cáqueza, y acostarse con Lorena Carrascal, a quien había convertido en la musa perfecta durante sus horas

de masturbación. Esa fue la razón por la cual no recibió con total agrado la noticia de que Peña y sus socios habían encontrado una zona de la depresión momposina en donde se podían encontrar enormes bancos de bocachicos como para alimentar a todo el país. Los pescadores no revelaron el sitio exacto del hallazgo al kasuu, pero sí prometieron que con ello podrían inclusive pagarle un anticipo de las próximas temporadas de pesca. Por supuesto, Matoma Salgado no iba a quedarse quieto, viendo cómo otros se enriquecían a sus espaldas mientras a él se le esfumaba la posibilidad de acostarse con Lorena Carrascal, y cuando llegó el día que los pescadores partirían para traer la mercancía, el llanero envió a sus hijos Toño y a Eloy para que los espíaran. No obstante, aquel plan de espionaje implicaba más un ajuste de cuentas personal que un plan de negocios.

Varios habían sido los intentos de Ramiro Peña durante su fuga para tomar una canoa. En uno de ellos, por cierto el único intento exitoso, se adentró a un terreno privado en donde había tres viejas canoas, sin percatarse de que un perro ya lo estaba espionando. Desamarró una de las canoas y, justo cuando lo único que necesitaba era embarcarse, el perro salió de la nada, para terminar mordiendo al hombre en la pierna quemada. Dado que el animal se rehusaba a soltar al invasor, Ramiro Peña no tuvo otra opción más que sacar uno de los remos de la canoa y romperse en el lomo del pobre perro, el cual huyó dando alaridos de auxilio. Aún más adolorido, el pescador empujó la canoa al río, y escapó como pudo, apenas con un solo remo.

No se había dado cuenta de que el sol ya empezaba a ocultarse de nuevo. Y lo había ignorado no tanto por causa de alguna distracción de su mente, sino todo lo contrario: toda su atención estaba en los movimientos del río hacia el sur y hacia la canoa, que difícilmente podía controlar a falta del otro remo, pero pronto se detenía en cuanto escuchaba a lo lejos el débil sonido del motor de alguna otra canoa. El temor a ser encontrado por los hijos del llanero le preocupaba menos por las consecuencias y más por las razones: ¿Perseguían a Darío Cáqueza o a Ramiro Peña? ¿O a los dos? No era tan absurda la pregunta si se tenía en cuenta que no sabía lo que le preguntarían en caso de que llegaran a encontrarlo. En todo caso, el hombre era consciente de que ya había tomado las medidas precisas como precaución desde el mismo momento en que experimentó su primer despertar.

Aquello ocurrió cuando José tenía apenas cuatro años. Mientras navegaba por el Magdalena, acompañado por el joven Inocencio Meeya, un fuerte aturdimiento tomó por sorpresa a Ramiro Peña cuando intentaban sacar la atarraya con una carga de bocachicos. Al despertar, y aún sin recordar mucho, escuchó a uno de los médicos del pueblo cuando decía que, probablemente, la debilidad del pescador se debía al envenenamiento por plomo, producido por el continuo contacto con los pequeños plomos de su atarraya. Un segundo después, el recién despertado estaba corriendo

como loco por los alrededores del bohío del indígena, quién tuvo que reducirlo de un golpe en la nuca. Eso ocurrió porque los primeros recuerdos que llegaron a la mente del pescador fueron las palabras del sacerdote, afirmando que había violado a Ana María Cáqueza. Inocencio Meeya tuvo que atarlo a la cama después de propinarle el certero golpe que habría de dejarle constantes mareos a Ramiro Peña en los días posteriores. Le tuvo que explicar la suerte que había corrido después de que su mente había sido borrada por el padre Maciel. Confirmó que eso del envenenamiento por plomo no era más que puro cuento, no tanto porque eran suposiciones hechas por el médico, sin ningún análisis de laboratorio, sino porque no había otra manera más eficaz de persuadir al anciano galeno para que no hiciera dichos análisis.

Los primeros efectos del despertar se manifiestan con fuertes cefaleas, ansiedad y, en ocasiones, vómitos. El indígena debía sostener un balde a la altura de la boca mientras el pescador dejaba salir todo su menjurje de comida sin digerir, además de tener que limpiar su rostro y su pecho, que inevitablemente se embadurnaban de aquellas repugnancias. Al principio, Inocencio Meeya tuvo serios problemas para convencer a Ramiro Peña de que aún debía permanecer en Bolívar como el pobre pescador, ya que a cada instante estaba siendo vigilado por los hombres del kasuu. Cualquier cambio, cualquier ausencia en el río, cualquier movimiento del pescador que para ellos resultara inusual era suficiente motivo para descargar unas cuantas balas sobre él y su familia entera, sus dos familias en este caso. Era la labor del indígena mantener al hombre con vida, pero para facilitar las cosas, Inocencio Meeya prefirió amenazar con matarlo si intentaba cualquier estupidez como salir corriendo en busca de la esposa, de la que aún no se sabía nada. Dicha amenaza era en serio.

La segunda vez que Ramiro Peña despertó no fue tan difícil como la primera. El indígena le recordó lo ocurrido: había recolectado toda la información suficiente acerca de Matoma Salgado y de sus hombres, además de poner al tanto a Inocencio Meeya y a José, que por aquel entonces ya contaba con seis años, sobre las pruebas existentes en contra del padre Maciel y su sequito de lefebvristas. Una vez recolectada esa información, Inocencio Meeya debía inyectar de nuevo la esencia de azahares en el pescador, para evitar las sospechas. Sólo en caso de que Ramiro Peña despertara en los momentos más inadecuados, el pequeño José debía estar ahí para instruirle de nuevo en el oficio.

La relación de Ramiro Peña con su familia llegó a parecer ambivalente para Lorena Carrascal, quien atribuía los ataques de ira de su marido a las constantes presiones económicas en las que se veían sumidos. Al mismo tiempo, se sentía sorprendida al ver los cambios de humor repentinos de aquel hombre con el que dormía, ignorando que ya no se trataba de Ramiro Peña, sino de Darío Cáqueza. Sólo la pequeña Mariana había notado, sin necesidad de preguntar, que su padre era, en realidad, dos personas diferentes. La nena se refería al abogado Cáqueza como el otro,

el padre que no le gritaba cada vez que ella quería mostrarles sus primeros avances de escritura aprendidos por ella misma. Ella también amaba a su padre el pescador, pero no le agradaba su comportamiento huraño, del cual la pequeña siempre huía a los brazos de su madre. Lo que siempre sorprendía a Inocencio Meeya era la perspicacia de aquella niña quien, sin haber participado ni una sola vez en las reuniones secretas de Ramiro Peña, el indígena y José, estaba siempre al tanto de lo que ocurría, demostrando que ella sabía más de lo que alguna vez se había pensado.

Todos estos recuerdos en los que discurría el abogado fueron interrumpidos cuando escuchó, en medio de la noche, las lanchas rápidas de Toño y Eloy Salgado. Darío Cáqueza tuvo que esconder la vieja lancha en medio de la vegetación de la ribera del río, para después zambullirse en el agua mientras el peligro pasaba. Los hijos del llanero encendían las linternas y buscaban en medio de la oscuridad. Rastreaban cada centímetro del río, sospechaban del movimiento de las olas, y parecía como si el más joven de los hermanos olfateara el ambiente, en busca de cualquier indicio de olor que lo condujera a su objetivo.

-¡Carajo!-gritaba-. ¿Cómo putas se nos va a escapar?

-Ese cabrón está por aquí –respondía Toño-. Con esa pierna quemada no es mucho lo que pueda andar.

El abogado Cáqueza sintió el pecho a punto de estallar cuando vio la luz de las linternas acercarse lentamente hacia él. No podía resistir más tiempo bajo el agua, y un intento de volver a la superficie a llenar sus pulmones de aire terminó en una liberación de burbujas que delataron el movimiento de las ondas. Los dos hermanos vieron como si algo se escondiera y apuntaron sus escopetas, listos a disparar a lo que encontraran. Estaban ya a pocos metros de su objetivo. El aire en los pulmones de Darío Cáqueza ya se había agotado, y por primera vez se había resignado a aceptar la muerte. Decidió salir a recibir el balazo en el pecho. Entonces tomó impulso para regresar a la superficie, y cuando las luces de las linternas estaban a pocos centímetros de la ubicación del abogado, fueron sorprendidos por el sonido lejano de otra lancha rápida y el grito de uno de los hombres que decía “¡Allá va! ¡Es ese hijueputa!”. En pocos segundos las lanchas se lanzaron a la persecución, y Darío Cáqueza regresaba a la superficie para tragarse todo el aire que le faltaba. Una vez más escapó de la cacería, pero en ese instante había sentido el final tan cerca de sus talones que, aún absorto en el temor, el abogado se preguntaba si la próxima vez sería capaz de sortear el inquebrantable designio de la muerte.

Pero no era esa la primera vez que se hacía esa pregunta. Sabía que en más de una ocasión estuvo a punto de ser descubierto, pero que seguramente ya hubiera estado tres metros bajo tierra, de no ser por la

intervención de su hijo y de Inocencio Meeya. En los momentos en que el abrupto despertar de Darío Cáqueza sorprendía a José, sobre todo cuando estaban en presencia del kasuu, Inocencio Meeya parecía entrar en pánico. Inventaba las excusas más increíbles para salir del aprieto, desconfiando un poco de las habilidades de persuasión que el niño ya había desarrollado, a fuerza de verdades ocultas. El barí podía justificar la retirada del pescador argumentando que necesitaba una mano en los juncuales para tratar de secar un estuario lleno de peces podridos; o que deseaba conversar en privado sobre el negocio del aguardiente destilado de las hojas de plátano, lo cual parecía un secreto de estado a los ojos de la gente pero que, en realidad, no era más que una verdadera ridiculez; o podía simplemente afirmar que Lorena Carrascal y la niña estaban en verdadero peligro de muerte por haber consumido alguna cosa que las tenía defecando como agua de cañería. Esta última excusa se la inventó el indígena, basada en una estratagema más simple y mejor elaborada por el niño: en cuanto el abogado recuperaba la memoria, José le pasaba un termo de jugo de plátano mezclado con guisantes, leche y aguardiente, lo cual daba como resultado una cagada tan monumental por su intolerancia a la lactosa, que durante algún tiempo le valió al pescador el mote de “propulsor a chorro”, debido a que apretaba las nalgas para evitar la expulsión de gases, pero la fuerza del pedo era siempre mucho mayor. Fue precisamente este plan el que sirvió como excusa para sacar a Darío Cáqueza del interrogatorio al que le tenía sometido el kasuu, cuando este último le preguntaba a él por la mercancía que le debían, y el negro Prudencio quiso intervenir, pero fue interrumpido por la frase “¡Usted a mí no me hable, maricón!”, proferida por el llanero, mientras que el abogado sentía tambalearse por el sopor pesado del ambiente, y en busca de cualquier mentira, sólo se le ocurrió que había muchas crecientes en el Río Magdalena que no permitían el paso al lugar secreto donde estaban los cardúmenes de bocachicos, una mentira desesperada que terminó por impacientar más a Matoma Salgado. Esta era la señal que el niño leyó como otra somnolencia provocada por la esencia de azahares que aún se encontraba en la sangre de su padre, y que era hora de salir. Sirvió un vaso del menjurje que en cuestión de segundos le provocó a Cáqueza una diarrea del demonio. El abogado se transformó entonces en el pescador Ramiro Peña. Pidió permiso para retirarse a la letrina para cagar, dejando a Honorio y Prudencio con el kasuu para tratar de solucionar el problema de la mercancía. Por aquel entonces, Toño y Eloy Salgado ya sospechaban de las raras actitudes del pescador, sobre todo por su amistad con aquel indígena que les recordaba mucho a los Barí masacrados por ellos en el pasado. Terminarían por infundir esa sospecha en el kasuu, quien después de mucho pensarlo, ordenó que siguieran a Ramiro Peña a donde fuera: al sitio de los cardúmenes, a su hogar, a la plaza de mercado de Puerto Wilches o a cualquier cagadero al que se metiera. Esa sola acción fue suficiente para confirmar lo temido por el kasuu: que el abogado Cáqueza había despertado.

Darío Cáqueza se encontraba ya a pocas millas de la casa de Prudencio el negro, cuyo paradero era desconocido. Era muy probable que, al igual que su amigo Honorio, hubiera sido ultimado a tiros el día en que los hijos del kasuu les siguieron hasta el sitio de los cardúmenes. Sólo recuerda que en cuanto lanzaron la atarraya, José gritaba que ya venían los llaneros y sus hombres armados. Sin dar tiempo, y siendo Ramiro Peña en ese momento, ordenó a sus hombres encender las lanchas y huir. Honorio pareció no entender, lo cual le costó la vida: un disparo de escopeta de largo alcance le atravesó el pecho. Inocencio Meeya tuvo que empujar violentamente al río al negro Prudencio, quien se había quedado perplejo al ver el cadáver de su compadre flotando en el río. Los perseguidores apuntaban sus escopetas y lanzaban sus bombas molotov contra las lanchas. Una de aquellas bombas fue la que explotó en el bote en el que huían Ramiro Peña y su hijo José, y fue la que causó que el motor estallara en pedazos. Intentando proteger al niño, el pescador lo cubrió con su cuerpo, y en ese instante ocurrió lo de la quemadura en su pierna izquierda. Las llamas de la lancha obstaculizaban la visión de los hijos del kasuu, pero sabían que tarde o temprano la explosión lo mataría. Ramiro maniobró la lancha hasta lograr acercarse al bote del indígena, y una vez estando cerca tomó a José de sus ropas y lo lanzó a la lancha de su amigo, no sin antes haberle dado un fuerte abrazo al pequeño que, diecinueve años más tarde, sería el hombre que pondría al descubierto el lado más oscuro de Dios y de su corrompida iglesia. Entre lágrimas, padre e hijo tomaron caminos distintos: mientras que Inocencio Meeya tomó el río hacia la zona de Magangué, Ramiro Peña fue río abajo, hacia el Río Cauca, en donde el motor de la lancha explotaría y lanzaría por los aires al pescador.

Los hijos del kasuu se acercaron al bote en llamas. Toño Salgado, el mayor, ordenó a uno de sus hombres a buscar el cadáver del pescador, sin resultado alguno.

-Ese hijueputa está vivo –dijo exhalando un aire que le supo a satisfacción, dado que era esa la última oportunidad que tenía para ultimar a su enemigo como quería: a tiros-. Nos vamos a Morales. Vamos a visitar a su mujercita.

Fue a partir de ese momento cuando empezaría la carrera de Ramiro Peña-Darío Cáqueza, que recorrió la zona del Brazo de Loba para llegar a la zona del Brazo Papayal, hasta llegar al Río Magdalena.

Darío Cáqueza pensaba en todo eso mientras entraba a la casa del negro en busca de una escopeta que éste guardaba pero que nunca se atrevía a usar, debido a un compromiso que se había hecho de no volver a matar a nadie, a menos que alguien se atreviera de nuevo a violar a su negra. El abogado encontró la escopeta escondida en el zarzo de la cabaña. Sin

perder más tiempo, continuó con su carrera.

Ya lo sorprendía el sol de la mañana. Después de correr varios kilómetros, Darío Cáqueza se encontró con dos viejos pescadores a quienes ya conocía. Los viejos, al verlo, empezaron a bombardearlo con preguntas, pero el abogado, forzado ante la situación, se vio obligado a apuntarles a ambos con la escopeta y pedirles que abandonaran la lancha.

-Lo lamento mucho, pero me van a matar a mi familia. Necesito esa lancha -dijo.

Estaba dispuesto a lo que fuera. A matar si era preciso. En realidad esa sería la primera vez que le quitaría la vida a alguien. Nunca lo había hecho, ni siendo Darío Cáqueza, ni Ramiro Peña. Pero largos años de lucha por armar todo aquel rompecabezas le daban el valor para evitar que le arrebataran la vida por segunda vez. Ya estaba harto de todo ello. Su noción de justicia, férrea desde los tiempos en que era un joven estudiante de Derecho, se hundía ahora en las lágrimas de ira que reclamaban venganza. Tenía en su mente a la hermosa Ana María Cáqueza, su esposa de Bogotá, a quien había tenido en sueños más de una vez, y cuyo olor se le aparecía en aquellos instantes en que le hacía el amor a Lorena Carrascal, la segunda esposa, y a quien amaba de la misma manera. En el corazón de este hombre se agolpaban el amor, el terror y la culpa. No dejaba de pensar que todo esto no había hecho más que traer desgracias a todos a lo que amaba. ¿Qué iba a ser ahora de los hijos, del pequeño al que nunca vio nacer, y de los dos hijos nacidos en Morales, una tierra extraña que terminó siendo más suya que de nadie? Respecto de Ana María Cáqueza y el bebé, sólo le quedaba la esperanza de que hubieran logrado escapar con la ayuda de un amigo suyo que los protegería. En sus manos estaba, ahora, la suerte de Lorena Carrascal.

El abogado abandonó la lancha unos cuantos kilómetros antes de su destino. Se adentró entre las plataneras muy sigilosamente, con la escopeta cargada, el estertor entrecortado y el corazón en la mano. Permaneció unos diez minutos escondido tras algunos matorrales desde donde podía divisar todo el patio de su casa. No vio a nadie. Ningún movimiento sospechoso. Daba la impresión de que los hijos del kasuu no estaban allí, pero le aterraba el silencio sepulcral de la casa. Impulsado por la impaciencia de saber cómo estaba su familia, salió de la vegetación en dirección a la puerta del patio, y sólo tuvo que caminar sigilosamente unos cuantos metros para sentir las primeras ráfagas de perdigones que le rozaban muy cerca de su flanco derecho. Darío Cáqueza se tiró al piso y rodó unos cuantos metros hasta volver a los matorrales. Desde allí vio a varios hombres salir de los pastizales, apuntando hacia los matorrales en donde su objetivo se refugiaba. Contó en total quince hombres. De pronto, estos sujetos abrieron fuego en dirección a los matorrales, confiados en que de alguna forma, el abogado debía caer herido. Los disparos duraron alrededor de tres minutos, los cuales aprovechó Darío

Cáqueza para replegarse bien hacia el interior de las plataneras, moverse unos cuantos metros para rodear su terreno, y aparecer por la retaguardia para responder al ataque. A punta de disparos atravesó el estómago de cuatro de ellos; le voló las piernas a tres; disparó varios tiros contra un enorme árbol que ya estaba débil, y lo hizo caer sobre otros dos hombres, aplastándolos como un par de huevos; luego se escondió tras la tapia del baño. Los hombres que quedaban se lanzaron al ataque, lanzando bombas molotov contra aquel sitio, pero Darío Cáqueza los acribilló dando disparos que atravesaron las paredes de arcilla del baño. Por los aires volaron las cabezas de algunos. Otros cayeron por los fulminantes tiros que les atravesaban el pecho. Darío Cáqueza esperó unos segundos. Luego corrió hacia la casa llamando a su Lorena, pero un sorpresivo disparo le torció completamente la rodilla derecha. Cayó a tierra, y desde allí vio a Eloy Salgado que salía desde el flanco izquierdo de la casa. El hijo menor del kasuu apretó el gatillo de la escopeta, pero ésta se le había encasquillado, lo cual permitió a Cáqueza disparar su último cartucho en contra del joven, con la mala suerte de apenas rozarle el rostro por la parte izquierda, destrozándole la oreja, la mejilla y parte del ojo. Varios años después, el matón Esneider Velásquez se burlaría constantemente del rostro desfigurado del menor de los hijos del kasuu.

El abogado se había quedado sin munición. Intentó arrastrarse hasta la puerta de la casa, pero antes de iniciar siquiera a moverse, escuchó los goznes de tal puerta que se abría mientras que Toño Salgado salía, con la escopeta en la mano derecha, con un mohín de satisfactoria crueldad en su rostro, y con una maraña de cabellos negros ondulados que se enredaban en la mano izquierda con la cual arrastraba el cadáver de la hermosa Lorena Carrascal. Un camino ensangrentado se dibujaba desde el interior de la casa hasta el patio, en donde el implacable hombre lanzaría, como a un bulto, a quien hubiera sido la mujer que Ramiro Peña siempre amaría. Este último rompió en llanto, lanzando miles de improperios en contra del asesino, retándolo a mirarle a los ojos cuando lo matara. Sin embargo, la mirada de Toño Salgado se asemejaba a la de un muerto: no paraba de sonreír, pero tampoco parecía estar prestándole atención a quien le hablaba, ni al hermano herido en el rostro, ni siquiera al cadáver que había arrastrado. Prendió un encendedor y lo lanzó al interior de la casa, la cual empezó a consumirse poco a poco en las llamas. Entre lágrimas, Darío Cáqueza buscaba a la niña, de quién no había más rastro que sus vestiditos, sus cuadernos de la escuela y sus muñecas de trapo. Entonces volvió la mirada hacía su verdugo, aceptando su triste desenlace.

-¡Máteme, malparido! ¡Pero que esta vez sí sea verdad!- gritó.

Toño Salgado, quien parecía no respirar, tomó la escopeta a dos manos y descargó cuatro cartuchos contra el pecho de su víctima. Los dos hombres, el abogado Darío Cáqueza y el pescador Ramiro Peña, al fin se vieron alcanzados por la muerte, a la que tantas veces habían sorteado

más con la entereza de quien la enfrenta, que con la fortuna de quien le huye. Una sonrisa de tranquilidad se dibujaba en el rostro de aquel que moría, mientras recordaba al pequeño José, ahora el único dueño y señor de una verdad que se mantendría oculta, hasta los últimos años de la siguiente década.

XVII

-TODO se mantuvo en calma durante años, hasta el día en que los efectos adversos aparecieron. Nadie veía venir eso. Nadie, excepto uno que lo estudió durante algunos años, pero que no dejó algún escrito acerca de lo que encontró. Ahora todo lo que sabemos es algo que llaman los Vasquecitos. Pide algo de tomar, muchacho.

-Yo me tomo una gaseosita. Pero mirá, aun no entiendo de qué me estás hablando. Es la primera vez que te oigo hablar así. Además, no me has dicho qué es eso tan importante que tiene que decirme acerca de mi mamá.

-¡Ay, muchacho! A Evita le costó mucho trabajo entenderlo. Sin embargo, manejó muy bien la situación. Al principio creí que iba a volverse loca, pero aquel día en que la encontré por casualidad caminando como si se hubiera extraviado, ese día supe que había despertado.

-¿Despertado?

-Está bien, Daniel. Empezaremos por el principio. Pero debo advertirte que lo que voy a contarte no va a ser muy bueno. Lo único que te pido es que confíes en mí. Hemos sido amigos desde ya hace varios años, más o menos desde la época en que tu mamá murió. Eres un buen muchacho y te aprecio por ello, pero ahora te pido que mantengas la calma. No es fácil lo que te voy a decir, pero es necesario que lo sepas.

-No me digás eso que me estoy poniendo nervioso.

-¿Confiarás en mí?

-Pues... sí. Sí, vos mismo lo dijiste: somos amigos, ¿no?

-De acuerdo.

-Pero decíme una cosa ¿vos por qué me decís que mi mamá se "despertó"?

-Eso es precisamente a lo que me refiero cuando digo que mantengas la calma cuando lo oigas. Y lo digo porque tu mamá, la Evita que conociste

no siempre fue Evita. Antes de ser Eva Cifuentes ella era otra persona diferente. Otra persona que estaba en verdadero peligro, mucho más teniendo en cuenta que para esa época ella estaba embarazada de ti.

-¿Y por qué mi mamá estaba en peligro? ¿Estaba enferma?

-No. No estaba enferma. Ni siquiera era por ella misma. En realidad ella estaba en peligro por los enemigos de tu padre.

-Pues mi papá sí debió tener muchos enemigos, teniendo en cuenta que él era un militar. ¿Pero así de peligrosos eran?

-Eso es otra cosa que debo contarte: sé muy bien lo que te han dicho y entiendo tu situación y la situación de tu abuela y todo eso, pero lamento mucho decirte que ese hombre, el sargento Argemiro Cifuentes, no es tu padre en realidad.

-Pero... ¿Qué es lo que me estás diciendo? Pero si mi mamá...

-Calma. Tu mamá y él y tu abuela, todos ellos lo ignoraron. Fue necesario que lo ignoraran.

-Explicáme, viejo.

-El verdadero nombre de tu madre era Ana María Cáqueza. Ella no era del Valle del Cauca, sino de Bogotá. Y la historia de cómo ella llegó a parar aquí empieza con tu verdadero padre. Él y yo nos conocíamos desde hace bastantes años, cuando ambos ingresamos a la carrera de derecho en la universidad. Su nombre era Darío Cáqueza. A diferencia de mi persona, Darío poseía un concepto de la justicia que a veces rayaba con la insensatez. No era un héroe, ni mucho menos, pero a veces había que traerlo de vuelta al mundo a cachetadas. Se resistía a la idea de prestar sus servicios en defensa de alguien que fuera culpable, y eso le valió su inestabilidad económica al principio de su carrera. Después le valió más que eso.

-...

-Conoció a tu madre en la universidad. Mientras él estaba metido en sus libros de leyes y de historia y en los informes judiciales publicados en los periódicos, ella se decantaba más por la psicología. Darío no era un hombre de muchos recursos económicos. Recuerdo la vez que me confesó lo de su trabajo de cotero en la plaza de abastos, que había conseguido con el único fin de tener algún ingreso con el cual pudiera garantizarle el helado de los domingos a tu mamá. En realidad, él lo confesó sólo hasta el día en que se presentó a la universidad a las ocho de la mañana, con la ropa de trabajo impregnada del polvo que sueltan los bultos de papá, además del olor a chucha. Sin embargo, a ella no le importaba si él tenía

plata o no. Ella lo amaba realmente, tanto así que en muchas ocasiones, ella llegó a contradecir con vehemencia y terquedad las teorías del amor líquido de Zygmunt Bauman, hablando exclusivamente de Darío Cáqueza. Lo que hay que ver para uno darse cuenta de lo que hace la gente cuando se enamora. En fin.

-Y... ¿Qué pasó después?

-Lo peor. Lamento más que nadie lo que ocurrió.

"Tus padres empezaron una vida juntos. No sintieron la necesidad de pedirle permiso a ese tal dios de los católicos para amarse, así que formalizaron su amor con el amor mismo.

"Los últimos años de la década de 1960 fueron los más prósperos en el trabajo de abogado de Darío. Se había hecho un nombre en un medio en el que generalmente abundan las ratas. Fue así durante varios años, hasta el día en que una mujer, Isabel Beltrán, solicitó la ayuda de tu padre en el litigio en contra de dos sacerdotes pedófilos. Darío tomó el caso.

"La víctima fue una jovencita llamada María Beltrán. La hallaron muerta a sus dieciséis años, y su tía estaba convencida de que ello tenía mucho que ver con el abuso sexual que sobre ella cometieron dos sacerdotes católicos, un tal Maciel, y otro llamado Florencio Cotes. El escándalo que esto implicó, y la incredulidad de un pueblo tan ciegamente católico le dieron vía libre a las manos criminales. En menos de quince días ya tenían resuelto todo el caso: ya había justificación para la denuncia de la niña sobre los sacerdotes (extorsión, según ellos), ya había una razón para que ella se retractara, una hipótesis sobre la forma en que desapareció y un culpable: el esposo que ella tendría a los dieciséis años. Al tipo le dieron una sentencia de veinte años de prisión en un juicio que rayaba en el ridículo: no tuvo derecho ni de dar su versión, ni de llamar testigos, ni de acogerse a un beneficio de rebaja por confesión. Ni siquiera le permitieron declararse culpable: la idea era mostrarlo a la opinión pública como el culpable, porque si algo saben muy bien los togados de este país es que casi siempre, lo que le interesa al pueblo no es esperar por un dictamen satisfactorio de la justicia, sino establecer culpas diestra y siniestra, solo por pasar el trago amargo que puede durar años, si no se corta de raíz.

"Como te conté, Isabel Beltrán tenía sus dudas. Darío se ofreció para defender al acusado, Roberto Bobadilla, el joven esposo de María Beltrán, pero por alguna razón caída del cielo le fue negada esa petición. Para resolver el problema, Darío decidió empezar su búsqueda con los resultados obtenidos de la autopsia realizada en el cadáver de María. Resultó muy curioso el hecho de que tal cadáver fue cremado sin consentimiento del único pariente cercano de la joven, es decir, la tía Isabel. Al no haber cadáver, había que buscar al patólogo que realizó la autopsia. Mayor sería la sorpresa para Darío cuando descubrió que el

procedimiento no había sido realizado por un patólogo, sino por un cardiólogo, un tal Moisés Huertas, que se negó a dar información sobre dicha autopsia hasta varios años después, cuando ya se había decretado total nulidad para continuar con la investigación. Tal suceso fue aprovechado por la Conferencia Episcopal para desacreditar el trabajo de Darío, tildándolo ante la católica muchedumbre como a un insolente blasfemo. Obviamente los feligreses, a los que se les salían las babas cuando recitaban el credo de Nicea sin saber de dónde venía, también se escandalizaron de ver que un abogado apoyara una "conspiración de desprestigio contra la sagrada institución".

"Pasaron tres infructuosos años para tu padre. Estaba a punto de abandonar el caso ante la falta de resultados, cuando sorpresivamente recibió la visita del cardiólogo Huertas, quien se había desaparecido del mapa. No tengo ni la menor idea de qué le dijo ese hombre a tu padre. Sólo sé que fue ahí cuando la olla podrida del catolicismo se destapó.

-¿Y mi mamá? ¿Qué pasaba con ella?

-Ana María empezó a preocuparse mucho por tu padre después de la visita de Huertas. Darío se volvió muy reservado. Amaba a tu madre, pero ni siquiera a ella le confiaba todo lo que encontró del caso. Él empezó a realizar viajes imprevistos. No decía a donde iba ni por qué se iba. Pero después de una fuerte discusión entre ellos dos, Darío decidió hablar. Sin dar muchos detalles de lo que le había contado el doctor Huertas, explicó que la joven María Beltrán sí había sido violada por los sacerdotes, razón por la cual éstos decidieron desaparecerla. Pero no del modo tradicional.

"Todo lo que tenían que hacer era cambiarle la identidad. Ellos tenían en su poder una poderosa droga capaz de eliminar todos los recuerdos de la vida pasada de las personas. Una sola inyección bastaba para que la víctima olvidara todo lo relacionado con él o ella, con su familia, con todo a su alrededor.

-¿En serio?

-Y aún hay más: después de inyectada la droga, cualquier persona puede acercarse a la víctima y crearle una nueva identidad. Sólo era necesario susurrarle al drogado un nuevo nombre, una nueva ocupación, una nueva familia, una nueva biografía personal, para que ésta despertara y la asumiera totalmente, sin señal alguna de los recuerdos pasados.

"Tu padre lo descubrió, pero no tardó en ser perseguido. Intentando reunir más pruebas, Darío se fue de casa, con la idea de que probablemente no regresaría. Antes de partir me dijo que me llevara a tu madre a un lugar seguro, un lugar que ni él mismo supiera. Para aquella época, tu madre estaba embarazada de ti. Ya tenía tres semanas de

embarazo, algo de lo que yo me enteraría después.

“Luego vino la persecución sobre nosotros. Alguien había invadido el apartamento en que tus padres vivían. Se llevaron todas las pruebas que Darío había logrado reunir. Esa fue la alerta que hizo que tu madre tomara la decisión definitiva: Darío le había dado a ella una muestra de aquella droga de la que te hable. Aún sin confesarme lo de su embarazo, y con tal de protegerte, Ana María me pidió, en contra de mi voluntad, que le inyectara ese maldito líquido que tantos problemas le había traído a la familia Cáqueza. Le insistí en sacarla de la ciudad o del país. Ella sabía perfectamente que una vez aplicada la droga, ya no habría viaje de regreso. Sus recuerdos jamás regresarían. Pero ella lo vio todo perdido. De alguna forma sabía que tu padre no volvería. Le rogué que no lo hiciera, pero ella simplemente me dijo: “No se engaña a la muerte más de dos veces, a menos que Dios lo decida. Pero aquí, la que decide soy yo”.

“Darío jamás regresó. Hice entonces lo que ella me pidió: que la llevara a algún lugar en donde nadie sospechara de su presencia, y que estando allí, después de aplicada la droga, cambiara su personalidad fuerte y aguerrida por la de una inocente y débil mujer, cuyas habilidades no fueran más allá de las labores domésticas. Le susurré al oído su nuevo nombre y su nueva personalidad. En consecuencia, y para protegerla también, yo cambié mi nombre, y le dije que de ahora en adelante me presentaría como su tío ante todo el mundo. Entonces ocurrió su transformación: Ana María Cáqueza se había dormido, y ahora le cedía el paso a Eva Espitia, quien más adelante llevaría el apellido de su nuevo esposo, Cifuentes. Como te conté, en el momento en que apliqué la droga en tu madre, yo ignoraba lo de su estado. Dados los acontecimientos ocurridos después, en el momento en que Ana María despertó, llegué a una conclusión: si para aquella época ella tenía tres semanas de embarazo, todo apunta a que esa droga, además de borrar todos los recuerdos de tu madre, tuvo un efecto secundario en ella: de alguna manera, había detenido el desarrollo normal del feto. Ella te llevó en el vientre durante quince años.

“Ana María despertó en 1988, casi al mismo tiempo que tu padre en el lugar en el que estaba. Yo la vi aquel día. Caminaba como perdida por las calles de Sevilla. Nos encontramos. Yo le sonreí, intentando saludarla, pero ella no me reconoció. Supe entonces que Eva Cifuentes había desaparecido.

“Argemiro Cifuentes perdió la vida en un combate contra las guerrillas de Jamundí. Se había casado con tu madre dos años antes. En varias ocasiones, ella me contó de la frustración que ambos vivían, dado que ya habían consumado su amor, y el primogénito no aparecía. El hecho de que el feto estuviera ahí no permitía que se fecundara un segundo bebé. Sería la casualidad la que terminaría arreglándolo todo, cuando Eva recibiera las noticias del fallecimiento del sargento tres semanas antes de que Ana

María Cáqueza despertara. En ese momento, el feto que eras tú, continuó con su crecimiento, interrumpido quince años antes. No fue difícil para Ruth Cifuentes, tu abuela, y para la misma Ana María, quien aún no recordaba todo completamente, asumir que aquel bebé era hijo del sargento.

-Mirá... Me estás destruyendo la vida con todo lo que me decís... No sé... No sé... ¿Entonces yo qué soy? ¿Ah? ¿Yo qué...?

-Perdóname por todo esto, Daniel. Para nadie es fácil esto. No lo fue para tu madre. Ella tuvo su mente en blanco durante varios años después de despertar. Y yo no encontraba la manera de acercarme a ella. ¿No recuerdas el día aquel, cuando jugabas a llenar tus camioncitos con arena, en que me acerqué a ti y le envié una nota a tu madre? Ese día pude notar que en ti no había ni un ápice del militar al que todos creían tu padre. En su lugar, lo que vi fueron los mismos ojos, los mismos gestos y la misma actitud curiosa de Darío Cáqueza.

-Vos me dijiste que me parecía mucho a mi papá. Hablabas de tu amigo, ¿verdad?

-Quería asegurarme de no estar equivocado. El chisme del inesperado embarazo de tu madre corrió como pólvora días después del encuentro entre ella y yo. De pronto escuché la noticia por boca de otros, lo que me hizo sospechar. Tu madre aún no recordaba a nadie, así que, ni ella tenía conciencia de llevar el feto, y aún si lo hubiera sabido, no tendría la más mínima seguridad en otra persona, como para confiarle dicha información. Y si así estaban las cosas, eso sólo era un indicio, desafortunado por cierto, de que los enemigos de tu padre la estaban vigilando. Por eso le envié esa nota a ella. Por eso le pedí que se reuniera conmigo. Se supone que yo era el tío de ella, pero al no recordarme, pudo haber despertado sospechas de quien le vigilaba, y ahora sé quién era la informante: una anciana, que jamás se había acercado a Eva ni para ofrecerle un café. Tal vez la anciana vio la reacción de Eva cuando no me reconoció, lo que explica que se haya acercado a tu madre y la hubiera tenido paseando por todo el pueblo, como para sacarle información. Cuando por fin pude reunirme con Ana María en la cafetería, ella me contó que ese día sentía unos cólicos horribles. Era el feto, que también estaba despertando. La anciana se despidió de tu madre, recomendándole que se protegiera del frío. ¿Cómo iba a saber esa vieja que tu madre estaba embarazada? No estoy seguro de que algún día lo sepamos. Sólo sé que ello bastó para alarmar a los enemigos de tu padre. A ellos culpo de la muerte de Ana María.

-¿Y por qué estás tan seguro?

-Los recuerdos de tu madre regresaban lentamente. Eso ayudó a que ella empezara a confiar cada vez más en mí. No logré concebir que, justo

cuando parecía que la podía convencer de abandonar el Valle del Cauca contigo, ella falleciera a causa de un paro cardiorrespiratorio. No tuve la menor duda de que eso no era casualidad.

“La anciana espía era el único recurso con el cual yo confiaba. Ella había abandonado Sevilla, pero yo no le había perdido el rastro. La encontré en Buenaventura, minutos antes de que abordara uno de tantos buques que salen del puerto, haciéndose pasar por una empleada. La obligué a confesar todo lo que sabía a cambio de no acabar con su vida. Después de un rato, confesó que había pagado a alguien para que pusieran amoníaco en el café que ella bebía en un puesto ambulante que estaba en el parque principal, y que nunca volvió a aparecer después del fallecimiento.

“Toma mi pañuelo. Sécate los ojos.

“Mira, Daniel. Yo...

-¿Por qué me contás esto hasta ahora? ¿Por qué esperaste tanto tiempo? ¿Ah? ¡Contáme de una vez!

-Trata de decirle a un niño de diez años que toda su vida fue una mentira y que sus padres ya no están aquí para decírselo. ¿Podrías? ¿Crees que ese niño lo entendería?

-Yo ya no sé en qué creer...

-Estuve esperando el momento preciso para contártelo. Necesitaba que tuvieras la madurez suficiente para que lo pudieras asumir.

-Nadie puede asumir la muerte. Y vos me mataste. Toda esa gente me mató en vida.

-Tal vez. Pero la razón por la que te traje aquí no fue para matarte en vida, sino para darte una segunda oportunidad. Esta es la segunda vez que tu padre está cerca de acabar con sus verdugos. Y lo hará a través de ti y de tu hermano.

-¿Qué? ¿Mi hermano?

-Esa es la otra parte de la historia.

X

CONTEMPLARON la inmensidad de la noche en todo su esplendor. Por primera vez, desde que empezaron el viaje que los llevó desde la capital hasta la zona rural del Líbano, en el Tolima, los dos hermanos concluían

que la verdadera tortura no era tanto enfrentar su destino, como el camino que habían recorrido juntos para llegar hasta él. Chepe aspiraba las últimas bocanadas de cigarrillo, y miraba, como si fuera todo un prodigio inquietante de la naturaleza, la suave caída de las cenizas en aquel arroyo que debían atravesar, apenas salvaguardados por los puntitos brillantes del firmamento.

Era aquello un delgado cauce en el que el agua se les metía entre los zapatos embarrados, pero que no llegaba a la altura de los tobillos. No era el tamaño de aquel arroyo, sino el suave ondeo de esa agua el que le hacía recordar a Chepe lo que veintisiete años atrás le habían contado los indígenas Barí, cuando lo encontraron flotando en el río Magdalena, inconsciente y golpeado: que durante la persecución, Inocencio Meeya había tenido que arrojarlo fuera de la lancha cuando el motor de ésta, al igual que el de la lancha de su padre, había explotado. Que después de día y medio de una búsqueda reservada, los indígenas lo habían rescatado en una ciénaga en donde encontraron la camiseta del niño enredada entre los juncos, y más adentro de la vegetación estaba el cuerpecito, siendo devorado lentamente por las sanguijuelas.

Después de una noche de fiebre, Chepe recobró la conciencia. Los Barí le prodigaron todos los cuidados posibles como si se tratara del mismo abogado Darío Cáqueza, el hombre blanco que luchó junto a ellos en el Norte de Santander. Chepe se recuperó pronto, demostrando la misma fortaleza de su padre, aunque la verdadera recuperación llegó cuando vio que, de entre el grupo de los indígenas que lo cuidaban, aparecía corriendo entre lágrimas su hermanita menor, la pequeña Marianita. Ella se abalanzó sobre la cama y se aferró tan fuerte a su hermano, que cuando ambos entraron en llanto parecía como si a los baríes se les estuviera acabando el mundo. Los vieron llorar durante largo rato. Los mismos indígenas no pudieron soportar tanta tristeza, mientras un raro estremecimiento se apoderaba del bohío en el que estaban reunidos. No se daban cuenta de que la lluvia volvía a caer, silenciosa y suave, sobre Ishtana.

El Ñatubai de los baríes de aquella zona de Bolívar en la que se encontraban, le contó a Chepe que ellos habían ido, todos en gavilla, a la casa del pescador Ramiro Peña para rescatar a la esposa y la hija, pero para cuando ellos llegaron ya era tarde. Encontraron los cuerpos del hombre y de la esposa en un lodazal de barro y sangre en el que los habían abandonado sus asesinos, mientras que a la niña la habían encontrado en un refugio que el padre había construido durante uno de los episodios en que se convertía en el abogado Darío Cáqueza. Lorena Carrascal sabía de tal refugio, que se mantenía oculto bajo una vieja alfombra de lona, y en cuanto vio a lo lejos las lanchas de los hijos del llanero, removió el tapete, abrió la portezuela y metió a la niña allí tan rápido como pudo, junto con una cobija, una muñeca y unos trozos de

pan, por sí la espera allí dentro llegara a ser larga.

Y la espera fue larga en verdad. Después de enterrar los cadáveres y buscar por todas partes, encontraron a Marianita Peña en el refugio, inconsciente por la avitaminosis ante la falta de comida, ya que la niña se encontraba sin desayunar desde el día anterior.

Los indígenas cuidaron a los niños los siguientes veintiún años, en los que los traumas de la tragedia no demoraron en hacer mella. Chepe y Mariana se volvieron más callados. Más toscos para expresar lo que sentían. Permanecían largas horas hablándose al oído el uno al otro. El niño le había cogido un insoportable horror a los ríos caudalosos, por lo cual siempre se tapaba los oídos en cuanto escuchaba el movimiento de las aguas de cualquier cauce. Por su parte, Mariana parecía entrar en episodios de ansiedad en cuanto empezaba a ponerse el sol. A las cinco de la tarde se sentaba en el patio en donde merodeaban las gallinas, esperando a que todas entraran al gallinero cuando ya avizoraban la hora de dormir, y cuando la última ave entraba, Mariana se metía en el gallinero. Al principio sólo se quedaba una hora allí dentro, pero entre más miedo le tomaba a la oscuridad, más tiempo quería pasar escondida en ese lugar. Hablaba con las aves. Las acariciaba. Les arrullaba con las viejas canciones de cuna que Lorena Carrascal le recitaba en su niñez pura, hasta adaptarse tanto a aquel lugar que inclusive prefería bajarse sus calzoncitos y hacer sus necesidades, del mismo modo en que las gallinas lo hacían. Mariana empezaba a crecer, y día tras día se le hacía más difícil entrar en aquel gallinero, lo cual empezó a manifestarse en la extraña curvatura de su espalda. El Ñatubai ordenó a Inocencio Meeya que, así fuera a la fuerza, la sacara de allí, y le impidiera volver a entrar. Aquello hizo que Mariana sufriera de estados de irritabilidad que la llevaban a bajarse los calzones, y cagar donde estuviera y a la vista de todos, como una muestra de lo que pensaba del mundo. Sólo pudo controlar tales ataques de furia, cuando su hermano le pidió al Ñatubai que le permitiera meter unas cuatro o cinco gallinas en el cuarto donde ella dormía. Años después, Chepe sabía que tanto sus propias actitudes como las actitudes de su hermana eran fuertes manifestaciones del Síndrome del Superviviente.

Durante todos esos veintiún años no se había mencionado el tema de Ramiro Peña y Lorena Carrascal, hasta el día en que por primera vez, Chepe, contando ya con diecisiete años, le preguntó al Ñatubai por lo que haría con toda la información que Ramiro Peña e Inocencio Meeya le habían entregado acerca del kasuu, del sacerdote Maciel, y del proyecto El Aroma de las Rosas. El líder Barí, entonces, tomó la decisión, con la que empezaría a tener forma el contraataque de los Cáqueza: envió al muchacho a Bogotá a pasar su prueba de adaptación al mundo, sin más ayuda que su propia astucia. Chepe abandonó el bohío, e hizo un largo viaje que lo llevó por varias zonas del país en las que desempeñó diferentes empleos: jornalero, minero, ayudante de camión, fabricante y

vendedor de achiras en las terminales de distintos municipios, hasta llegar a la capital para empezar a trabajar como vendedor de melcochas en los buses, luego como ayudante de un lavadero de autos y motos, hasta terminar trabajando en el taller de motos de don Héctor Mujica, un hombre que le había tomado aprecio a Chepe tanto por su habilidad para el trabajo pesado, como por la casualidad de ser coterráneos. Héctor Mujica también era oriundo del sur de Bolívar, más exactamente de Simití.

La situación económica de José Peña mejoró bastante mientras trabajaba para Héctor Mujica. Gracias a ello pudo mandar por su hermana, quien había llegado a los dieciocho años sin haber vuelto a pisar una escuela. Chepe le consiguió un cupo en un instituto de validación para que retomara los estudios que había abandonado por culpa de la tragedia. Aquello fue una decisión acertada, puesto que había descubierto que, al igual que durante la infancia, el mundo de los libros lograba sacar a Mariana de la horrible realidad, y le ayudaba además a aplacar sus impetuosos momentos de estrés. Con lo único que Chepe no pudo lidiar fue con el orgullo y altivez que muy pocas veces ella lograba ocultar. En las épocas en las que ella aún no iba a estudiar y no tenía libros, fue difícil conseguir una pieza en donde ella pudiera vivir, dado que lo mínimo que exigía era que el arrendador le permitiera meter al menos una o dos gallinas para conversar con ellas en sus previos momentos de ansiedad. Aquello, afortunadamente para el hermano, no duró mucho.

Seis meses después llegó al taller de Héctor Mujica un hombre de un aspecto muy extraño. Era un sujeto muy alto, de cabello negro corto, frente angosta y cejas pobladas. Tenía una barba de toda una vida, que le daba más sobriedad al cariz robusto que mostraba, pero que en realidad escondía una personalidad que oscilaba entre la paciencia y la tristeza. Se llamaba Narek Hasid. Dijo ser un extranjero con problemas económicos que buscaba un empleo como mecánico de motos en el taller de Héctor Mujica. Hablaba en un español rudimentario, que aún no había terminado de asimilar, puesto que en sus planes de vida no estaba el de viajar a Colombia. Unas semanas más tarde le contaría a Jaime el boyaco, el pintor del taller, que se había visto obligado a abandonar Armenia, su país natal, para huir de la guerra de Nagorno Karabaj, desatada diez años atrás. Las costumbres de Narek Hasid, sumado a la falta de conocimiento de otras culturas de los mecánicos del taller de Héctor Mujica, hicieron creer a todos que él era hebreo. Sólo a Chepe le interesó conocer todo sobre el Bahaísmo, que era la fe del armenio. Así que éste último le regaló un ejemplar del Kitáb-i-Aqdas, el libro más sagrado para los bahaíes.

La llegada del armenio al taller de motos no era casualidad. Aquel hombre, de mucho trabajo y de pocas palabras, era alguien más bien solitario. Era el primero en llegar al trabajo, pero nadie se daba cuenta de a qué hora se iba. Lo veían en el mismo rincón del taller todo el día, pero nunca lo veían salir, como si en vez de caminar se evaporara ahí mismo,

en su sitio de trabajo. Los muchachos concluyeron que Narek Hasid se quedaba a dormir ahí, pero el que más se asustaba era Héctor Mujica, quien le temía mucho a los fantasmas, y en algún momento llegó a pensar que el armenio era la espectral aparición del antiguo dueño de la casa en donde estaba el taller, de quien se decía que se había suicidado.

Pero todo ello en realidad no eran más que patrañas. En realidad, el armenio había llegado allí con la misión expresa de entregar un paquete para José Peña, de parte de un sujeto que afirmaba ser un conocido de Darío Cáqueza, con varios recortes de periódicos en donde se hablaba de la denuncia de abuso sexual contra el padre Maciel y el Padre Cotes, la posterior desaparición de la víctima, los pasquines elaborados por los fanáticos católicos en contra del abogado que defendía a la joven, y un folleto publicitario de un centro esotérico, ubicado en Ciudad de México. Todo ello, acompañado de un mensaje del remitente, que el armenio debía entregar a viva voz:

-Lo esperan en Ciudad de México. Busque a Isabel Beltrán. En donde aún recuerdan a Gustavo Díaz Ordaz.

A partir de ese instante fue cuando empezó a cumplirse lo dicho por su padre muchos años atrás, cuando empezó a instruirlo en todo lo relacionado con el caso. Ramiro Peña le había dicho que Isabel Beltrán, la tía de la víctima, tenía en sus manos toda la información completa de la autopsia realizada en el cadáver de María Beltrán, y que dicha información, por orden expresa del abogado defensor, sólo debía ser entregada a la persona asignada, con el nombre de un lugar específico de una ciudad extranjera, y el nombre de alguna personalidad muy poco nombrada. Más tarde Chepe recibió tal paquete, que él se embarcó en su viaje hacia Ciudad de México.

Chepe aprovechó las cuatro horas y treinta minutos de vuelo para descansar en el avión, porque se había propuesto no dormir ni un solo instante mientras estuviera en aquella enorme ciudad, tan desconocida como lo que estaba buscando. Al llegar al hotel, se dio a la tarea de encontrar el dichoso centro esotérico.

Lo encontró después de varias horas de recorrido por la gran ciudad. Aquel lugar no tenía toda la parafernalia que suele encontrarse en los centros esotéricos que todas las personas suelen imaginar. Este, en cambio, era una simple casa en donde entraba la luz por todas partes, sin reliquias religiosas extrañas, sin imágenes de indígenas ni de budas gigantes que son equiparables al grado de estafa que estos esotéricos practican, ni ridículas cortinas en tiras que produzcan tintineos fastidiosos para el visitante. Al contrario. Un juego de sofá en cedro, una pequeña mesa de té en el centro, y varias consolas sobre las cuales posaban sendos floreros de cerámica, sin ninguna flor adentro. Una casa como

cualquier otra.

Una mujer cuarentona lo recibió como a cualquier cliente. Siempre amable y sonriente, le ofreció a Chepe todos los servicios en esoterismo que ella conocía, desde la lectura del tarot, lectura del cigarrillo, interpretación de la cábala o la numerología pitagórica. Pero a él sólo le bastó con decir que necesitaba saber quién era Gustavo Díaz Ordaz, para que la sonrisa de la dama se marchitara en dos segundos.

-¿Eres Daniel?- preguntó ella.

-No. Me llamo José.

-Da igual. Los esperaba a los dos.

Entonces la dama, quien no reveló su nombre, le dijo a Chepe que Gustavo Díaz Ordaz fue el quincuagésimo sexto presidente de México entre 1964 y 1970, y a quién muchos solo recuerdan por los espectáculos deportivos, que sólo sirvieron para tapar las ollas podridas. Después, ella le explicó la clave: el lugar en donde aún recuerdan, no sin poco odio, al mencionado ex presidente, es la Plaza de las Tres Culturas, en donde se produciría la no muy conocida Masacre de Tlatelolco en 1968, escondida bajo el pan y circo del mundial de fútbol. En ese lugar lo esperaba Isabel Beltrán.

Chepe estuvo a punto de irse del lugar sin siquiera dar las gracias, más por la ansiedad que por un acto de irrespeto. Reconociendo su error, tendió la mano a la mujer en señal de despedida, pero ella no pudo evitar que la angustia la traicionara.

-¿Ya sabes lo que va a pasar? -preguntó ella.

-No será la primera vez que ande a oscuras -contestó él.

La dama lo miraba, aún más angustiada.

-Cuando Isabel me pidió este favor yo... supe que era algo realmente serio. No conozco los detalles, pero ella me dijo que tuvo que pedir asilo en este país por su propia seguridad. Sólo me dio los nombres de ustedes. Sentí algo raro, y más por el impulso de la zozobra que el de la curiosidad, tomé las cartas del tarot e hice una lectura rápida. Entonces me puse más nerviosa aún ante lo que vi. Hice la lectura una vez más, y los resultados fueron los mismos. Repetí la lectura, pero esta vez con la otra persona, a quien espero, y tuve la misma respuesta. Así ha sido desde 1990, cuando Isabel llegó aquí.

-¿Quién es la otra persona?

-No sé. Pero al parecer tiene una fuerte relación contigo. Sé que también lo vas a encontrar allá, en ese parque.

La mujer se detuvo, como para pensar en lo poco prudente que sería lo que quería decir. Miró al suelo, se frotó las manos un tanto asustada, y al final decidió arriesgarse.

-Me gustaría confirmar lo que las cartas me dicen. ¿Puedo hacerte una lectura?

Chepe le aclaró que él no tenía dinero para cosas en las que no creía, pero ella insistió, y le prometió que no le cobraría ni un solo centavo por la lectura. Con un gesto de incredulidad, Chepe aceptó la lectura, siempre y cuando no le quitara mucho tiempo.

Llegó a la Plaza de las Tres Culturas esa misma noche, mientras divagaba en profundas cavilaciones sobre todo lo que la pitonisa le había contado. Chepe no era hombre de supersticiones, y ni siquiera en su niñez se había atemorizado por las historias de fantasmas que se contaban entre los hombres del Río Magdalena. En una ocasión en que la noche de la zona rural de Morales lo había sorprendido jugando, Chepe vio que algo se movía entre los juncos de las orillas del río. Un sonido, parecido al gemido de un hombre, surgía poco a poco de entre las aguas. Precavido, Chepe tomó el palo de madera más grueso que encontró, esperando a aquello que se acercaba lentamente. De pronto, emergió lo que parecía ser la cabeza de un hombre, cuyo cuerpo se veía algo extraño. Aquel sujeto sólo gritaba:

-¡La blanca! ¡La blanca! ¡La blanca!

Y ahí mismo, Chepe le dio un fuerte golpe en la nariz, y luego en la sien, enviando a aquel hombre de regreso al río, de donde no volvió a salir.

Días después, algunos pescadores afirmaron que habían visto, sin duda alguna, el cuerpo del famoso hombre caimán, cuya cabeza humana parecía haber sido golpeada fuertemente por alguien que no le temió, y que seguramente lo había recibido a palazos. Decían los pescadores que aquel ser aún seguía buscando la pócima blanca, que le devolvería la forma humana que antaño tuvo.

No se dejó impresionar por la casualidad de dicho mito. Tampoco se sentía así a pesar de la visión profética que la pitonisa cuarentona le había leído en las cartas del tarot, y él sólo se daría cuenta de ello hasta cuando le alcanzó la senectud. Mientras tanto, su mentalidad de adolescente madurado a fuerza de sufrimiento se mantendría serena todo el tiempo, aún en los momentos en que la Parca parecía venir a recogerlo. Eso

explicaba por qué no se sentía sorprendido ante la presencia de aquel otro joven que, con un acento marcadamente vallecaucano, le preguntaba su nombre.

-Vos debes ser mi hermano –dijo el extraño.

-¿Qué nos hace hermanos? –preguntó Chepe, con su característico tono de incredulidad.

-Darío Cáqueza es también mi papá. Yo me llamé Daniel.

Sin duda alguna, era este jovencito el otro sujeto a quién la pitonisa cuarentona también esperaba. Sin que Chepe se lo hubiera pedido, Daniel Cáqueza le contó la otra parte de la historia hasta donde pudo en ese momento: le habló de Eva Cifuentes, quien anteriormente se llamaba Ana María Cáqueza; le contó lo de los quince años que ella estuvo dormida, mientras que él estaba en el vientre de ella como un feto estancado en el tiempo, y le iba a contar todo lo ocurrido después, pero eso tuvo que esperar hasta el momento en que ambos se devolvieran para Bogotá, porque en ese instante los interrumpió la presencia de Isabel Beltrán. Ella los identificó fácilmente. Les dijo:

-Un compatriota en el extranjero es como la foto de un pariente muerto: cuando uno lo ve, dan ganas de llorar.

No mentía. Los dos muchachos vieron cómo ella se pasaba las manos sobre los ojos, como queriendo verter sobre el primer hombro disponible, las lágrimas viejas que el exilio le había obligado a retener. Se le veía algo nerviosa. Pero esos eran los nervios de la felicidad, porque si el abogado Darío Cáqueza le prodigó a ella toda la seguridad que ella necesitó en el pasado, ahora, al verlo de nuevo multiplicado por dos, no le quedó la menor duda de la sabiduría del conocido adagio: la justicia llega coja, pero llega.

Se cumplía allí la otra parte del plan urdido por el abogado: cuando llegara a ese lugar, se encontraría con alguien que le daría la información concerniente al paradero del doctor Moisés Huertas, el cardiólogo contratado por los lefebvristas para ocultar los resultados de la autopsia realizados en el cadáver de María Beltrán. Ese doctor, cuyo nombre real era Gregorio Santamaría, le había entregado a Isabel Beltrán dichos resultados, pero no era lo único que estaba dispuesto a entregar. Entonces, la mujer les entregó a los dos jóvenes algunas direcciones en donde ellos podrían encontrar al doctor, con la especial recomendación de hallarlo lo más pronto posible, porque sólo él tenía el resto de la información que necesitaban acerca de los sacerdotes pedófilos y su nueva inquisición, y al parecer, a él ya no le quedaba mucho tiempo.

VII

LA muerte del doctor Moisés Huertas los tomó por sorpresa. La pieza clave de todo ese enredo se les iba en ese féretro de acero, y con él se llevaba al doctor Gregorio Santamaría. Chepe aún no podía creer su mala suerte.

En la terraza del taller de motos, los hijos de Darío Cáqueza fumaban sin parar, mientras arreglaban los últimos detalles del plan para encontrar toda la información oculta por el doctor asesinado. Tenían varios lugares por donde empezar la búsqueda: la casa del doctor ya era por sí misma una opción descartada, dado que sería obvio para sus asesinos empezar a busca allí; podía decirse lo mismo del hospital de Engativá, su lugar de trabajo. Quedaban los otros sitios que él frecuentaba: su casa campo en la zona de Yerbabuena, en el municipio de Chía, en Cundinamarca; la casa en el sector de Usaquén, en donde vivía su ex esposa, a la que abandonó porque ella no quería darle los catorce hijos que él demandaba; el Country Club de Bogotá, el lugar en donde se ponía en forma jugando cuatro horas de squash todos los domingos en la mañana, para desahogar la deshonra del dinero perdido en el juego de Bridge en el mismo club, las noches anteriores, porque siempre perdía; y un sitio clandestino llamado "Las 144.000", del cual sólo una minoría pudiente y perversa tenía conocimiento.

-Es un chuzo de putas –le decía Daniel a su hermano.

-Pues si es tan reservado entonces alguien debe conocer al doctor
–respondió Chepe.

No lo pensaron demasiado. Decidieron ir esa misma tarde hasta Chapinero, en donde se encontraba ese burdel. Pensaron en resolver el problema del ingreso, mostrando uno de los dibujos que estaba anexo entre los papeles que Isabel Beltrán les entregó a ellos en Ciudad de México. Se trataba de un extraño símbolo, dibujado en una hoja entera que, al parecer, designaba algo relacionado con la brujería. Éste era el gráfico:



Sumado a este extraño símbolo, que Chepe recordaba haber visto anteriormente en su casa de Morales cuando era niño, se encontraba el certificado de la necropsia del cadáver de María Beltrán, en donde se estipulaba que la causa de su muerte se debía a graves perforaciones que ella misma se provocó en el útero, con algún elemento metálico, además de haber destrozado el saco amniótico con el mismo elemento. Al parecer, intentaba expulsar los restos del saco amniótico bebiendo grandes cantidades de agua. Pero la membrana no salió completamente. Todo ello sugiere que ella misma se practicó un aborto. Por el avance de la infección y el grado de deterioro que el tétanos y el líquido amniótico produjeron debido a la acumulación, se dedujo que el aborto se realizó en una edad temprana, tal vez a los doce años. Y junto con el certificado, se encontraba otra hoja con un montón de garabatos que los hermanos no comprendieron por sí mismos. Era una serie de líneas, curvas y círculos, a veces unidos, a veces separados, y con todas las cualidades enigmáticas del lenguaje cifrado.

Ya era un poco más de las ocho de la noche. Chepe y su hermano caminaron por la avenida Caracas con calle 71. Bajaron dos calles más, y allí encontraron el débil halo de luz verde fosforescente del bar "Las 144.000". Chepe le enseñó dos billetes de cincuenta mil pesos al sujeto de seguridad, quien les respondió sarcásticamente que había visto más billetes de esos entre los sostenes de las viejas. Que no le hicieran perder tiempo. Y que buscaran otro puteadero donde las mujeres cobraban más barato. Chepe y Daniel se ganaron el derecho de entrar cuando, en vez de aumentar la cantidad de dinero, le mostraron al hombre el extraño dibujo. Éste último hizo un gesto de sorpresa, como si hubiese visto a un fantasma.

Adentro del bar nadie pareció alarmarse por la presencia de los dos jóvenes. Las mujeres, con las cortas falditas que no cubrían casi nada, los ligeros tentadores, los escotes exagerados, los coloridos maquillajes y las pasiones fabricadas para sus clientes, estaban unas en las piernas de hombres orgullosos de su dinero, de sus bigotes canos y sus trajes de marca; y otras haciendo el show de pasarela. Al llamado de "¡niñas, presentación!" proferido por la vieja matrona del lugar, aparecieron seis

damiselas, todas ellas hermosas, ofreciendo a los recién llegados, con sus curvas de infarto y sus miradas lascivas, las mieles infinitas de su amor. Pero los hermanos Cáqueza no venían a eso. Daniel vio que, en la entrada de la casa, el hombre de seguridad hablaba con una hermosa rubia, de ojos verdes, de gran altura, y que vestía un traje dorado tan corto que le daba gran armonía a sus voluptuosidades. El guarda le señalaba a la dama los dos recién llegados, Ella le agradeció al hombre el haberle avisado. Caminó entre las mujeres y los clientes y llegó hasta donde estaban Chepe y Daniel.

-¡Entonces qué, mis amores! ¿Me van a gastar un traguito? –les preguntó ella.

-Todo el que quiera, reina –respondió Daniel.

-¿Tienen algo para mí?

Chepe mostró el dibujo por segunda vez.

Sin decir más, la mujer les indicó a los dos que la siguieran al segundo piso.

Le llamaban “la Calimeña”. Su sentido del humor y su gracia al hablar eran dones que le habían sido dados por los años de experiencia acumulados en su trabajo de Diosa del Amor. Su carrera había empezado cuando ella era muy joven, bajo la tutela de un padrastro alcohólico y abusador, y una madre perdida en el insondable universo de la esquizofrenia. No obstante, la Calimeña se acostumbró muy pronto al mundo de los amores pagados, gracias a los cuales jamás se llegó a morir de hambre, aunque ella misma se había visto truncada en la vida cuando un mal de amores la apartó por varios años de su lujuriosa forma de vida. Un mal de amores que de un solo golpe la bajaría del sueño paradisiaco que creyó haber vivido. De aquella mala experiencia le quedaron únicamente un par de implantes de silicona en el busto, y una promesa inquebrantable de no volverse a enamorar.

La Calimeña llevó a los hermanos Cáqueza a un cuarto cuya luz débil cansaba los ojos. Era lo que allí llamaban una habitación multifuncional, porque con los pocos muebles que tenían -un escritorio con dos sillas y una cama- se podían realizar las únicas dos actividades que se hacían en toda la casa: hablar de negocios y fornicar como locos. Chepe fue al grano. Le preguntó a la mujer lo que ella sabía acerca de un hombre de aproximadamente unos setenta años, de profesión cirujano, y que era un cliente regular del burdel. El mismo hombre que realizó el dibujo enseñado. En efecto, la Calimeña sabía de quién hablaba. Les dijo que era muy poco lo que ella sabía de él, pero que una cosa era segura:

-Ese hombre era, en realidad, dos hombres –les dijo.

Ella les contó que el doctor solía ir al burdel, no para sus amores rápidos, sino para vencer el miedo. Cuando llegaba era más bien huraño y desconfiado. Pero cuando se iba, era otro: más sociable, hablador, e inclusive bebedor. No se tomaba ni una cerveza al llegar, pero al salir del cuarto parecía el mismo Baco: se tomaba lo que encontraba. Le gastaba a todos, sin importar si los conocía o no. Eran dos actitudes diferentes, pero ambas con la misma característica: el miedo. La Calimeña había logrado reconocer esa cualidad del doctor, gracias a su habilidad para hacer felices a los hombres. Los había tenido de todas las clases. A cada uno lo trataba según su estado de ánimo, y de cada hombre aprendía algo nuevo. Pero el caso del doctor, el de dos hombres en uno, le parecía especial. A él lo quiso como algo más que un cliente. Se ganó la confianza del viejo, hasta el punto de que aquel, sin confesarle mucho, le dijo un día:

-Me van a matar. Estoy seguro. Pero si alguien viene a buscarme aquí después de que yo esté muerto, le tiene que mostrar este dibujo a usted. Y usted debe entregarle la llave de este escritorio. El que lo abra, sabrá lo que tiene que hacer.

Efectivamente, la Calimeña le entregó a Chepe la llave del escritorio. Ella le pidió que no lo abriera hasta tanto ella no saliera del cuarto. Era tanto el respeto y el cariño que ella le había tomado al doctor, que prefirió que sus secretos no intervinieran en su vida. Aquel acto le recordaba a Daniel lo que decían algunos historiadores acerca de las casas de lenocinio en donde se ocultaban los bohemios intelectuales, no tanto para saciarse en placeres, como para ocultarse de sus poderosos perseguidores. En ese sentido, “las 144.000” eran, por ello, las protectoras de la verdad. A propósito del nombre del lugar, Daniel le preguntó a la Calimeña lo que ese número significaba, a lo que ella, antes de abandonar la habitación, respondió:

-Porque habrán 144.000 que no se mancharán con mujeres. Aquí no hay tantas mujeres, pero sí hay quien los manche: 2880 elegidos por cada puta.

Chepe abrió el cajón del escritorio. Dio un largo suspiro ante lo que vio, y luego miró con seriedad a su hermano.

Lo único que allí había era un pequeño frasquito lleno de un líquido azul, y una jeringa. No era mucho, dado que ellos ya tenían una de esas muestras del líquido, y el poseer dicha muestra no era tan prioritario, como tener al que la producía. Sin embargo, la jeringa en el mismo cajón fue la que sugirió el mensaje que el doctor quería que ellos entendieran.

-Tengo que inyectarme esto –dijo Chepe con resignación.

Daniel no supo que decir. Vio la jeringa y el líquido, y se fijó en la mirada de su hermano. Entonces comprendió.

-¿Vos estás seguro de lo que vas a hacer? –preguntó Daniel.

-No. Pero probando es que se aprende.

Chepe le dijo a Daniel que le ayudara con la inyección. Ambos conocían los efectos de esa droga, pero confiaban en que la fortaleza de Darío Cáqueza/Ramiro Peña estaba ahora en los genes de sus descendientes. Entonces procedieron. Antes de que la aguja entrara en la nuca de Chepe, ambos acordaron que no dirían nada. El efecto de dicha droga surgía cuando al inyectado se le susurraba, pero era conveniente no decir nada, para ver qué ocurría. El líquido entró en el cuerpo del joven.

Poco a poco empezó a desmayarse. Daniel sacó la aguja, y se quedó ahí parado, soportando el miedo y la tentación de darle unas cuantas cachetadas al hermano, para que no se le fuera. Chepe terminó con la frente sobre el escritorio, respirando pesadamente, como los ebrios cuando desfallecen ante el poder del aguardiente. Daniel se estaba preocupando. No vio a su hermano en buenas condiciones. Se ponía el puño en la boca, recordando que debía permanecer callado, para ver si de ese modo, la mente de Chepe no se borraba. Daniel caminó de un lado para otro, sin saber qué hacer, hasta que los resuellos del hermano le indicaron que había vuelto.

En efecto, este había regresado. Seguía siendo José Peña, pero había algo que lo hacía diferente, y era una especie de aturdimiento por la que estaba atravesando. El mundo de la daba vueltas. Tenía los ojos hinchados, como los de los bebedores trasnochados. Miró a Daniel. Luego miró a la silla que estaba al frente del escritorio en donde él estaba sentado, y le pareció ver una línea de humo que surgía de esa silla. Dicho humo empezó a hacerse cada vez más y más espeso, hasta el punto de parecer, a los ojos de Chepe, que aquello tomaba una forma humana. Y no se equivocaba. El humo no se movía de la silla. El joven vio cómo se formaban, muy lentamente, una cabeza, un tronco, un par de brazos y un par de piernas de un hombre joven, que aparentaba tener más o menos unos treinta y cinco o cuarenta años. Todo aquel humo se condensó en esa figura de hombre venido de la nada, que ahora ponía una mirada de seriedad sobre los ojos de Chepe.

-¿Quién es usted? –preguntó este último, convencido de lo poco que importaba si aquella aparición era real.

-¿A quién le hablás? –indagó Daniel, quien no parecía asombrado por la

inusual llegada del desconocido.

Chepe miró a su hermano, pero la debilidad en su mandíbula no le permitía responderle. Con un esfuerzo que le pareció increíble, levantó su brazo derecho como para señalarle al sujeto sentado frente a él. Daniel miraba en la dirección hacia donde apuntaba su hermano, más extrañado por el semblante adormilado de Chepe que por un desconocido al que ni siquiera veía.

-¿Qué? ¿Qué pasa? –preguntaba Daniel-. ¿Abro la puerta?

El de la costa comprendió la inutilidad de su esfuerzo. Era evidente que ese hombre no pertenecía a la realidad. Pero Chepe lo podía ver tan nítidamente, que por un momento consideró la posibilidad de que aquel era real, y él mismo, la verdadera alucinación. Aún en su estado, se sintió totalmente ridículo por pensar en todo ello, pero sus cavilaciones quedarían olvidadas en cuanto el sujeto pusiera su atención, ya no en Chepe, sino en el papel en donde estaba el extraño dibujo.

-Con él inició todo. De cierto modo –dijo el sujeto.

-¿Y quién es él? –balbuceó Chepe.

-No entiendo lo que me preguntas –intervino Daniel, aún sin comprender lo que ocurría. Chepe volvió a levantar su mano, para señalarle de nuevo al sujeto que él veía. Pero sólo pudo mascullar una palabra, como lo hacen los borrachos:

-¡Carajo!

El sujeto extraño continuó:

-Él es el mismo del que hablan las líneas. Ahí, en su bolsillo.

Tratando de controlar sus movimientos, Chepe se esculcó en la chaqueta y los pantalones, tratando de recordar en cual bolsillo tenía guardado el otro papel en donde estaban los ininteligibles trazos. La encontró en su bolsillo trasero. La sacó con torpeza y la extendió sobre el escritorio, con una parsimonia que a él le resultaba graciosa. Daniel le tomó del brazo, pero Chepe lo rechazó de un modo violento. Por primera vez, desde que empezó a armar el rompecabezas de su padre durante la niñez, el hijo del pescador presentía que las últimas piezas estaban por ser puestas en su lugar.

El extraño guardó silencio mientras revisaba la extraña caligrafía que parecía entender muy bien. De vez en cuando se le escapaba una sonrisa que más bien parecía una forma escueta y particular de concluir que los seres humanos son tan ridículos en tanto más cerca estén de cualquier

forma de poder. Y era exactamente eso lo que decía ese lenguaje cifrado, que en realidad no era más que una caligrafía correspondiente a la taquigrafía de John Robert Gregg. Le explicó a Chepe que todo lo que estaba ahí contenido era una serie de claves mucho más cifradas aún, creadas por si acaso Isabel Beltrán no hubiese tenido la suerte de sobrevivir a la cacería de la divina providencia, y que alguien más hubiese traducido el texto taquigráfico al lenguaje convencional. Se trataba de un poema, cuyo autor dejaba entrever una gran admiración de aficionado hacia los clásicos poetas del Siglo de Oro español. Se trataba de un breve soneto que, por su forma, resultaba empalagoso e insulso a la vista de quien lo leyese, aunque en realidad contenía más de lo que podía decirse en prosa. El sujeto inclinó su cara hacia el papel, e hizo un ademán como si estuviera acomodándose unos anteojos que no tenía. Y entonces, empezó a traducir:

-Luz de Lopera, que en Lima ya no es
Habla callado en Granada, el reino
Desde Tower Ward, al mal negó pleno
Pero ahora es el bien para arriba. ¿Lo ves?

“Al culto poeta la vida le dio;
le regaló el jardín de la mente.
Y éste, joven, pero no inocente,
Con la reina, el rey y el as lo perdió.

“Y el loco pintor, con lienzos le habla
al preso que quiso a Bolívar matar,
y a la Ineffabilis Deus de tabla

“Segunda de Dante, se habrá de quemar

Con la de San Martín, y a rajatabla

Varón poderoso, no ha de dudar”.

-Eso no me dice nada aún –dijo Chepe con un tono un poco intransigente.

-La idea del doctor Santamaría –se apresuró a responder el sujeto- era precisamente esa: no decir nada, diciéndolo todo. Un poema se puede interpretar de muchas formas, y no todas van a acertar en lo que quería decir su autor, a menos que se tuviera la ventaja de entrar en su mente, y ver lo que el poeta ve. Esa fue la ventaja que tuve con Gregorio Santamaría. Y la tuve, porque yo soy su creación. Yo soy la parte de él que en algún momento rechazó, pero que al final terminó aceptando al no encontrar otra forma de aceptar su situación, que no fuera confiándome sus pensamientos.

“Gregorio Santamaría tuvo en sus manos la fórmula alquímica para elaborar la esencia que, en clave, ha recibido el nombre de El Aroma de las Rosas. Se le llama así por la variedad de colores que cada una presenta, además de servir como medio de clasificación, dependiendo del paciente a quien se le va a aplicar la dosis: está la esencia de Rosa Gallica, de color fucsia; la esencia de Clavel, de tono bermejo o transparente; la esencia de Rosa Californica; de un tono rosa un poco más tenue que el normal; la esencia de Azahares, de tono ambarino, que fue la utilizada en tu padre para borrar sus recuerdos.

“Cómo ustedes ya deben saber, por el hecho de que están aquí, ese fue el principal objetivo con el que fueron producidas estas esencias, y se puede reducir a la idea del control. Las esencias no sólo pueden borrar absolutamente todos los recuerdos que una persona pueda tener, desde los recuerdos de la infancia hasta los más recientes. También pueden utilizarse como un medio para crear una especie de “hipnosis” con la cual, una vez que la persona ha sido inyectada, se le puede plantar una nueva identidad, dictándole nuevos recuerdos de una vida que jamás tuvo. Tal y como le pasó al abogado Darío Cáqueza, a quien le borraron la memoria con la esencia de Azahares, y le plantaron la nueva identidad de Ramiro Peña, el pescador. Todo esto lo sé muy bien porque yo, a través de Gregorio Santamaría, lo presencié.

El semblante de Chepe parecía mejorar. Daniel intentó hablarle, pero en respuesta, su hermano se puso el dedo índice sobre los labios. Quería escuchar más. El sujeto continuó:

-En aquel dibujo no hay referencia alguna al Aroma de las Rosas, pero sí a su creador: el símbolo de esa hoja –dijo, señalando el dibujo- fue elaborado por un antiguo alquimista del siglo XVI de nuestra era, llamado

John Dee. Él nació en Tower Ward, una ciudad de Londres, que es la ciudad citada en el verso tres del poema que acabo de decir. Dee escribió un libro llamado La Mónada Jeroglífica, en donde explica el significado de tal símbolo. Sólo usamos el símbolo para referirnos, como anoté ya, al creador.

“Basado en todos sus conocimientos de la matemática, la astrología y la alquimia, John Dee, junto con su compañero alquimista Edward Kelly, intentaba crear un elemento químico que facilitara el aprendizaje del idioma enoquiano, que es considerado el idioma de los ángeles. Tal objetivo no se cumplió: el inescrupuloso Kelly probó, a expensas de Dee, la fórmula con uno de sus discípulos, causándole la pérdida total de memoria. Entonces, Kelly le leyó al discípulo el alfabeto del idioma enoquiano, pero sólo consiguió que la víctima se limitara a repetir todo lo dicho, sin que pudiera recordar siquiera su idioma natal. Edward Kelly fue consciente de los resultados que se podían obtener al usar dicho elixir en los humanos, y también fue consciente del gran poder que ese nuevo invento poseía, razón por la cual trató de incitar a John Dee para usarla con fines perversos, a lo que Dee se negó. A esto se refiere el tercer verso del poema, “Desde Tower Ward, al mal negó pleno”, es decir, al hombre nacido en Tower Ward, que rechazó por completo la idea de usar la esencia para el mal. Esta discusión llevó al rompimiento de la sociedad de ambos alquimistas. Mientras que John Dee eliminó cualquier vestigio referente al elixir, Edward Kelly tomó detalladas anotaciones sobre la fórmula que permite crearlo.

“Pero para desgracia del último, su plan de controlar la mente fracasó cuando, estando al servicio de Rodolfo II de Habsburgo, fue encarcelado por no revelar el secreto para la fabricación del oro. Todos sus elementos, incluidas las fórmulas del Aroma de las Rosas, pasaron de mano en mano, hasta llegar a un ocultista español, quién logró comprender la fórmula y, al igual que Edward Kelly, trató de usarla para controlar a la realeza del imperio español. Por cuestiones del destino, la inquisición española terminaría arrestándolo, y confiscando sus bienes, que serían cuidados por un juez del santo oficio llamado Francisco de Argote, padre del afamado poeta español Luis de Góngora y Argote. A esto último hace referencia la quinta estrofa del poema: “Al culto poeta la vida le dio...”

“Los siguientes versos hablan de lo que ocurrió después: en el verso sexto, que dice: “...le regaló el jardín de la mente...”, se cuenta que Francisco de Argote, al morir, pasó todas las pertenencias a Luis de Góngora, incluyendo los manuscritos con la fórmula del invento de John Dee. Haciendo una revisión de todos los objetos confiscados, dada la función de juez del padre, don Luis encontró el manuscrito de la fórmula para la esencia controladora de mentes, el jardín de mentes que don Francisco de Argote legaría, sin intención, al poeta. Don Luis de Góngora, incrédulo ante ello, simplemente guardó los papeles, y no volvió a leerlos.

No, hasta varios años después, cuando su vida se torne errática.

“Luis de Góngora se volverá un adicto a los placeres, pero sobre todo, al juego. No era muy hábil con las barajas, lo cual le llevó a perder mucho dinero y bienes. Un día, estando ebrio y a punto de perderlo todo, apostó con un joven aspirante a fraile dominico los manuscritos que ya he mencionado. Se dice que mientras el poeta tenía un seis de tréboles, un dos de diamantes y un siete de diamantes, el religioso tenía una reina de diamantes, un rey de picas y un as. Es esto lo que el doctor Santamaría relata en el séptimo y octavo verso: “Y éste, joven, pero no inocente, / Con la reina, el rey y el as lo perdió”.

“Tanto la fama de poeta, como la estulticia de Luis de Góngora, provocaron que este incidente fuera conocido en el medio social español de la época. Muchas personas estuvieron presentes ese día, y alguien debió enterarse de la importancia que tenían dichos manuscritos. El joven dominico, quien se le conocería años más adelante en los libros de historia como Francisco de la Cruz, proveniente de Lopera en España, viajó en una expedición evangelizadora hacia el nuevo continente, llevando consigo los manuscritos del Aroma de las Rosas, no tanto para cumplir su misión, como para proteger el secreto del que ahora era dueño. Sin embargo, los rumores surgidos después del juego de las barajas contra el poeta, terminarían convirtiendo al dominico en un perseguido por la Inquisición.

“Siguiendo la tradición inquisitorial dejada por el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, quien ya había fallecido para entonces, comenzó una ardua búsqueda del dominico por todos los territorios colonizados por el imperio español. Lo buscaron entre las diferentes tribus que él debería evangelizar; entre los esclavos negros; en todas las iglesias y entre todas las comunidades dominicas que se habían instalado en América, removiendo desde los óleos sagrados, hasta los estercoleros de los marranos, buscando el dichoso texto. Al fin encontraron al dominico en Lima. Puesto que el fraile negó rotundamente ser el poseedor de tal manuscrito, le sometieron a torturas inimaginables, como era la costumbre contra el que ocultara información y que, para colmo, pensara diferente. Le condenaron por hereje, por entablar relaciones amistosas con los judíos americanos, y lo vincularon con una secta mística llamada los alumbrados. Todo esto, con el objetivo de encubrir lo que en verdad buscaban. Los inquisidores no encontraron los manuscritos esa vez, y como una manera de superar el trago amargo del fracaso, enviaron a Francisco de la Cruz a la hoguera de los pecadores. Con esto tenemos, entonces, el primer verso del poema: “Luz de Lopera, que en Lima ya no es”.

“Desafortunadamente para la historia, el manuscrito sería hallado entre una comunidad de judíos conversos, a quienes también se les torturó por complicidad con el supuesto “alumbrado”. El sobrino nieto del cardenal Cisneros, Antonio Zapata y Cisneros, tuvo conocimiento sobre la pócima y

sus efectos, y a expensas del papa Clemente VIII, autorizó la fabricación y el uso del elixir sólo en casos especiales, en los que era necesario inculcar la doctrina católica sin gastar mucho esfuerzo. Su uso era, entonces, exclusivo para comunidades indígenas, cuyo arraigo a sus tradiciones ancestrales no permitía que comprendieran la mitología irrisoria de los invasores españoles.

“Conscientes de todo lo que podrían lograr con aquella droga, y para evitar cualquier tipo de cuestionamiento por parte de Roma, decidieron destruir el manuscrito original, pero un inquisidor, tal vez, escogió guardar varias copias de la fórmula, ocultándolas de un modo y bajo una fachada, que sería insospechable.

“Una de las ventajas que tenía el catolicismo de controlar y juzgar el arte, era la posibilidad de que en las manifestaciones artísticas se dijera lo que la iglesia quería que se dijera, y se negara lo que querían negar. De ahí que el desconocido inquisidor escribiera la fórmula para la creación del elixir solamente en dos óleos de un pintor que, en la actualidad, es casi desconocido. Se llamaba Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos. Un pintor educado en la tradición del pintor cretense El Greco, para pintar únicamente sobre temas relacionados con pasajes bíblicos. “Vasquecito”, como lo llamaban sus amigos, fallecería como un completo enfermo mental, sin saber que en dos de sus cuadros se escondería la fórmula del invento de John Dee.

“Eso nos lleva a los dos últimos tercetos del poema del doctor Santamaría. El loco pintor que habla con lienzos, es decir, Vasquecito, le habla, en el poema, “al preso que quiso a Bolívar matar”, el cual se ha dicho, a pesar de las escasas pruebas, que aquel fue el general Francisco de Paula Santander. Por el intento de asesinato del Libertador, Santander fue encarcelado en un lugar conocido hoy día como el Museo de Arte Colonial de Bogotá. Este sitio es importante, puesto que es allí en donde está la pintura a través de la cual el loco pintor le habla a Santander. Por otro lado, el verso once del poema habla de la “Ineffabilis Deus de tabla”. La Ineffabilis Deus es una bula papal emitida por el papa Pío IX en 1854, en la que se establece el dogma de la Inmaculada Concepción de la virgen María. Este dogma está representado en la pintura de Vasquecito, que se encuentra en el Museo del que hablo. Por lo tanto, el poema quiere decir que bajo esa pintura se guardó una de las copias del manuscrito del elixir de John Dee.

“La ubicación de la segunda copia está relatada en el último terceto. La “Segunda de Dante” se refiere a la segunda parte del famoso libro La Divina Comedia de Dante Alighieri, en el cual se describe el paso del protagonista por el Purgatorio. Y el siguiente verso menciona a “la de San Martín”. El doctor Santamaría no se refería aquí a ningún santo con ese nombre, sino a una capilla que lleva ese nombre. Y el último verso, no es más que la ciudad en donde está esa capilla. El “Varón Poderoso” es la

traducción al español de la palabra muisca "Funza". Es decir, que en ese municipio se encuentra la capilla de San Martín, y es allá donde deben buscar la segunda pintura de Vasquecito: el Purgatorio, la segunda de Dante.

Chepe dejó salir un suspiro largo, ante la resignación del largo camino que aún le quedaba por andar. Puso sus codos sobre la mesa. Se pasó las manos por el rostro, como queriendo liberarse del sopor que aún sentía, por el efecto de la droga del doctor Santamaría.

-Alguien más debe tener copias de esa mierda –dijo.

-El secreto se mantuvo escondido de las mismas autoridades católicas, hasta donde Santamaría y yo creemos –respondió el extraño-. Sin embargo, un grupo importante dentro del clero no ignoraba la existencia de aquella droga. La inquisición simplemente cambió su nombre, pero sus actos de intolerancia contra los contrarios prevalecieron, y aún prevalecen. Pero una división importante dentro del catolicismo fue la que revivió el tema.

"El concilio vaticano de 1959 supuso un cambio en la mirada de la iglesia sobre las nuevas sociedades. Entre los muchos acuerdos que allí se lograron, se estableció el ecumenismo, el conciliarismo y la libertad religiosa. Todo ello implicó que la iglesia dejaría su papel de organizadora del mundo, e intentaría aceptar la diferencia, a partir del respeto por las otras religiones, y la aceptación de que el catolicismo no sería más una imposición, sino una opción. Esta postura no gustó a varios religiosos, y su más acérrimo detractor sería el arzobispo Marcel Lefebvre, quien decidió continuar la labor proselitista del catolicismo, tildando de representantes del diablo a todo aquel que no se sometiera, por convicción o por la fuerza, a la iglesia de Dios. Su postura lo llevaría a ser excomulgado, razón por la cual el arzobispo Lefebvre creó la Hermandad Sacerdotal San Pío X.

"Fue dentro de esta corriente en donde se puso en marcha el plan de una nueva inquisición. En Colombia, en la década de los sesenta, se ordenó como sacerdote a Maciel, un hombre que profería devoción a Pablo VI, pero que secretamente admiraba al arzobispo Lefebvre, no tanto por su posición frente al concilio, como por las inminentes desventajas que acarrearían, para el cura colombiano, manifestar sus pensamientos medievales. Sin embargo, creía en la superioridad del catolicismo. Creía que era necesario castigar a los blasfemos, y esperaba que el próximo mesías que descendiera de los cielos, fuera más una encarnación de Tomás de Torquemada, que la del propio nazareno.

"Maciel era un desentendido de la química, y de los estudios en general, a menos que se tratara del derecho canónico, del cual era un experto. Él era uno de los conocedores del elixir de John Dee. Mandó traer las dos

pinturas de Vasquecito, para anotar de puño y letra la receta alquímica. Contactó entonces a su médico de cabecera, el doctor Gregorio Santamaría, y le pidió que utilizara todo su conocimiento en medicina para saber cómo operaba la droga en el sistema nervioso humano. Santamaría ignoraba por completo la función del elixir. Fue imposible para el doctor establecer las reacciones que producía tal droga a partir del mero estudio de sus componentes, pero no tardaría en comprenderlo en su totalidad, sino hasta el momento en que tuvo, como misión, inyectarla en un sujeto de prueba: una jovencita de unos trece o catorce años llamada María Beltrán, quien por aquellos días estaba en el ojo del huracán, por haber acusado al socialmente respetado padre Maciel, y al padre Florencio Cotes, de estupro. El doctor Santamaría se negó a utilizar un elemento desconocido en un ser humano, pero uno de los matones del padre Maciel, al que le decían el llanero, obligó al doctor a obedecer las órdenes de la providencia, con la amenaza de volarle la cabeza de un tiro si no lo hacía. Entonces lo hizo. La niña se desmayó en cuestión de segundos. De entre el grupo de testigos de aquel hecho apareció una mujer, de quien sólo sé que se llama Lizeth, quien tomó a la niña de los cabellos, y le susurró unas palabras al oído por aproximadamente unos diez minutos. María Beltrán estuvo desmayada alrededor de seis o siete horas, y luego despertó totalmente escandalizada. Se levantó de la cama y corrió como loca por todo el recinto. Rompió algunos vidrios; destruyó varias pinturas y cerámicas de santos; destruyó varias materas; atacó a punta de rasguños y mordeduras a un par de monjas que intentaron detenerla, mientras gritaba como una endemoniada. Varios hombres tuvieron que atarla a una cama, y las religiosas, heridas en su orgullo, decidieron llamar a un exorcista, ya que consideraron que el demonio se había apoderado de ella. El único exorcismo que valió para calmar a María Beltrán fue la llegada de los sacerdotes Maciel y Cotes, a quienes la niña les suplicó perdón, con lágrimas en los ojos, por la afrenta pública a que los había expuesto. Se comprometió a hacer una aparición pública para negar, a través de la prensa, que las vejaciones sexuales a que ambos la habían sometido durante casi dos años en la casa cural de la parroquia principal en donde ellos trabajaban, no eran ciertas. Entonces, el doctor Gregorio Santamaría comprendió que a través de ese elixir, se podía liberar al verdadero demonio: al demonio humano.

“Santamaría no dio crédito a lo que vio. Debido al shock que le había producido su descubrimiento, el llanero consideró que el doctor era un cabo suelto que era necesario desaparecer. Convenció de ello al padre Maciel, quien ordenó a su matón inyectarle al doctor una buena dosis de la esencia de Myosotis, creada especialmente para personas de la tercera edad. Hasta ese momento llegaron los recuerdos del doctor Gregorio Santamaría, quien a partir de ese momento, y con la influencia de Lizeth, se convertiría en el inescrupuloso doctor Moisés Huertas. Al contrario de su antecesor, al doctor Huertas no parecía afectarle en lo más mínimo los discursos morales. Durante varios años estuvo al servicio del padre Maciel, borrando las mentes de aquellos considerados herejes, que podían

ser tanto personas del común, como del ambiente político y farandulesco del país. Convirtió a varios alcohólicos en miembros en formación para la santidad del Opus Dei; a muchas prostitutas las hizo monjas; a un etnólogo, que intentaba dar a conocer al mundo las grandes maravillas de las civilizaciones indígenas precoloniales, lo transformó en un teólogo de ideales nazis; a un actor famoso, que no quiso representar al nazareno en una obra teatral, le plantó en la memoria el deseo ferviente de representar al mesías, así tuviera que asesinar a sus competidores; a un político de izquierda lo convirtió en miembro de un partido político nacionalcatolista; a un hombre pobre lo hizo más pobre, y a otro hombre adinerado no le hizo nada; a un humilde vendedor de galletas lo transformó en un acérrimo quemador de libros, que llegaría a ser un influyente jurista a favor de una ideología que rayaba con el antiguo carlismo español. Por cierto tiempo, el padre Maciel y el padre Cotes tuvieron a todo el país bajo su poder, pero no tardaría en aparecer la piedra en el zapato, que estuvo a punto de acabar con todo lo que habían logrado construir.

“Varios años después, el efecto de la esencia de Myosotis desaparecería, y el doctor Santamaría despertó del sueño profundo. Poco a poco, fue recobrando los recuerdos de todo lo que había hecho mientras tenía la personalidad del doctor Moisés Huertas. Entró en un estado de fuerte depresión que en algún momento le había hecho considerar el suicidio como una forma de redención por sus crímenes, pero luego concluyó en que no había diferencia entre haber cometido la falta, y hacerse a un lado para que otro la continuara. Fue entonces cuando decidió mantenerse oculto, fingiendo que no había despertado, que seguía siendo el doctor Huertas, mientras reunía toda la información precisa para enviársela a tu padre, Darío Cáqueza, y hundir de una vez por todas al imperio criminal de la neoinquisición. Supo también que había algo que no fue considerado por John Dee cuando creó la fórmula, ni por Edward Kelly, ni por ninguna de las personas que la uso: al igual que él, que tus padres, y quien sabe cuántos más, existían algunas personas cuyo sistema límbico desarrollaba una respuesta defensiva ante el ataque del Aroma de las Rosas, lo cual les permitía eliminar cualquier efecto producido por dicho elixir y, por tanto, les devolvía la memoria. Esto lo supo, porque al principio, el doctor Santamaría empezó a inyectarse él mismo la esencia, para tratar de olvidarse de todo y seguir como si nada. Pero el remordimiento lo hacía cada vez más resistente al elixir. Su conciencia se separó de él, y eso fue lo que me trajo a su vida. Él me conoció como el doctor Molano, su mejor amigo, pero soy, en realidad, la acumulación de todos sus pensamientos. Con el tiempo, el elixir no le borraba la mente, pero me hacía aparecer de inmediato. Por eso tú me ves ahora.

“El doctor había logrado contactarse con tu padre. Le envió las pruebas de la existencia del elixir, y los resultados reales de la autopsia de María Beltrán. Ya se había detallado un plan para dar a conocer al mundo la verdad, pero entonces tu padre fue capturado. Todo se dio por perdido,

hasta el día en que apareció un hombre, un indígena, llamado Inocencio, según dijo, y contó al doctor sobre la ubicación de Darío Cáqueza. Contó que éste había despertado, pero que lo habían asesinado. También dijo que el abogado tenía un hijo en Morales, Bolívar, y otro en Sevilla, Valle del Cauca. Entonces se decidió retomar el plan, con ustedes dos al frente.

“Y entonces se produjo lo inevitable. El padre Maciel se enteró que el doctor Santamaría había despertado. La muerte del cardiólogo ya era un hecho. Lo asesinaron aquí en Bogotá, cuando estaba a punto de llegar a su trabajo en el hospital de Engativá, de un tiro en el pecho. Allí me pidió que yo les dijera a ustedes todo lo que sabía. Después, los asesinos saquearon su casa. Fue por ello que él decidió enviarlos a ustedes dos con Isabel Beltrán en México, en donde estaban las primeras pruebas: la autopsia, el gráfico de John Dee para que pudieran entrar aquí, y el poema taquigráfico, escrito por el doctor. Por ello, sabiendo que ustedes buscarían algo en este lugar, dejó la esencia de Myosotis y una jeringa. Era la única forma de que ustedes y yo nos pusiéramos en contacto.

En este punto de la historia, hubo un silencio sepulcral en la habitación. Chepe terminaba de recuperarse del sopor, mientras la imagen del doctor Molano se desvanecía lentamente. Daniel estaba sentado a su lado, mirándolo fijamente, con la curiosidad de saber lo que su hermano mayor había descubierto durante ese estado de iluminación. Lo había escuchado balbucear algunas cosas, como si hubiera hablado con alguien, algo como una alucinación.

-¿Qué sabe ahora? –preguntó Daniel.

-Que alguien tiene una deuda con nuestros padres. Y que hay que ir a cobrarla.

X

DESPUÉS de atravesar el arroyo, Chepe y Daniel fueron recibidos a tiros por los hombres que conformaban el primer anillo de seguridad de Matoma Salgado. Inocencio Meeya logró derribar a un francotirador que se ocultaba en la copa del árbol más alto de toda la vegetación que rodeaba la finca. El tío de Daniel, aquel anciano flaco, delgado y con un diente de oro, cubría el flanco izquierdo de la casa, pero luego recibió un disparo sobre el hombro derecho que lo inmovilizó. Daniel corrió en su ayuda. Respondió con su fusil al hombre que había herido al viejo, y entonces pudo reconocer, desde atrás de la trinchera improvisada, a quien estuvo a punto de asesinar al hombre que protegió, hasta donde más pudo, a Ana María Cáqueza. Era Esneider Velásquez, el asesino del doctor Santamaría. Entonces, como ráfagas, se agolparon en su mente los recuerdos de los días posteriores a la visita al bar “Las 144.000”, cuando

después de la revelación del doctor Molano, había decidido rastrear como a un perro a todos los que le habían quitado a sus padres, empezando por el sicario.

Empezaron entonces por la búsqueda de las pinturas de Gregorio Vásquez de Arce. Chepe fue hasta el Museo de Arte Colonial de Bogotá. Durante largo rato estuvo recorriendo todo el lugar. El fuerte dispositivo de seguridad que estaba desplegado en todo el museo le obligó a regresar otro día, con unas pequeñas botellas plásticas llenas de ácido muriático. Fueron esas las bombas caseras que había hecho, para crear un caos que permitiera confundir al público y a los guardias, sin provocar un incendio para proteger la pintura de la Inmaculada Concepción. Sin embargo, vio que los hombres de seguridad protegían con mayor ahínco a ese cuadro en especial. Sin duda, ellos no eran guardias del museo, sino de la providencia del Padre Maciel. Entonces tuvo que lanzar un segundo ataque de ácido muriático contra aquellos. Uno de los hombres sacó un arma, pero Chepe desenfundó un cuchillo corto, y lo lanzó directamente a la mano derecha con la que el hombre sujetaba el arma. El joven la levantó, y disparó a cada uno de ellos en un pie.

-¡Díganle a ese hijueputa que vamos por él! -dijo Chepe, refiriéndose al cura pedófilo.

Entonces, sacó de su maleta una botella de thinner, mojó un pedazo de toalla con dicho líquido, y empezó a borrar lentamente el dibujo. A medida que los rostros del nazareno, el de Dios, María, San Joaquín y Santa Ana se desvanecían, manchando asquerosamente al inocente pedazo de toalla, aparecían unas letras que, juntas, formaban largos párrafos escritos en un idioma muy poco comprensible. Meses más adelante sabría que aquel idioma extraño para él, no era más que el inglés que se hablaba durante la época isabelina, cuyo particular estilo era el que se usaba en las épocas de John Dee. Luego destruyó el marco, enrolló como pudo el lienzo, y se dio a la huida hasta pocas cuadras en donde el armenio Narek Hasid, ya listo en su motocicleta, le estaba esperando.

Mientras esto ocurrió ese día en Bogotá, en el municipio de Funza, en Cundinamarca, la noche instalaba su reino. Daniel y su anciano tío bebían tinto y fumaban cigarrillos, sentados en una de las bancas del parque principal, esperando la señal que Inocencio Meeya les haría. Ellos no supieron qué tipo de señal sería, hasta cuando escucharon un suave ulular que provenía del campanario de la iglesia. Ese sonido no les había llamado la atención desde el principio, pero al notar los abruptos cambios que tomaba, volvieron la mirada al campanario, y vieron allí al indígena. Era la hora de actuar.

La iglesia estaba a oscuras. En la sede del obispo, muy cerca del retablo, estaba atado de manos y pies, el padre Florencio Cotes. El barí se había visto obligado a ponerle un trapo en la boca, puesto que no se callaba. En

la primera banca estaba sentado un extraño hombre de un aspecto que recordaba, al que lo viera, a los antiguos guerreros escandinavos, por su semblante de vikingo: era alto, de gruesa contextura, piel blanca y una larga cabellera que le cubría toda la espalda. En el pueblo era conocido como Nelson el Guapuchero, tanto por la vieja tradición de la pesca de guapuchas por la que era Funza era conocida, como por haber nacido en ese municipio. Cruzando la pierna derecha sobre la izquierda en forma de cuatro, y los brazos cruzados, aquel sujeto se acariciaba su luenga barba, y observaba a los hombres presentes con un aire de indiferencia, al que parecía darle lo mismo una aburrida reunión de políticos, que la ejecución de un cura. Daniel y su tío llegaron hasta el ambón del altar, y allí se quedaron observando al sacerdote, quien no para de sollozar. Las lágrimas y los mocos le habían humedecido el trapo. Entonces el anciano vio al gigante sentado en la banca.

-¿Quién es este? –preguntó.

-Todo bien, mi pez, que yo sólo vine a cobrar las que me deben aquí –se apresuró a contestar el hombre.

Inocencio Meeya asintió.

-Él sabe en dónde está lo que buscamos.

Daniel y su tío miraron al Guapuchero, y éste, con un gesto de la boca, les señaló la ubicación del cuadro de Gregorio Vásquez de Arce. La imagen del Purgatorio se encontraba justo en la parte central del retablo. Los dos bajaron la pintura y procedieron a desmontarla. Adelgazaron el dibujo con thinner, y encontraron allí el texto, con la fórmula del alquimista inglés.

-¿Y qué hacemos con éste? –preguntó Inocencio Meeya, señalando al cura amordazado.

Con la bilis alborotada, Daniel no pudo soportar que aquel pedófilo asesino, responsable de la muerte su madre, y de la joven María Beltrán, continuara respirando. Por lo cual, más impulsado por el odio que por la cabeza fría, sacó su revólver, y pegó el frío cañón contra la frente sudorosa del miserable, quien sollozó aún más cuando vio a la muerte entre las dos cejas. El cura no consiguió resistir más, y se orinó en los pantalones. El tío del joven se acomodó su viejo sombrero, y se acercó lentamente a su sobrino. Inocencio Meeya dio dos pasos hacia atrás, y estuvo a punto de dejar caer un atril de fino cedro. Nelson el Guapuchero continuaba indiferente.

-No lo haga, mijo. Así es más fácil para él –dijo el tío de Daniel-. No vale la pena. Dejemos que otro hijueputa le abra más el roto del culo.

La mano que empuñaba el revólver temblaba. Paulatinamente empezó a bajarla. La enfundó en sus pantalones, se pasó la mano derecha sobre la cabeza y el rostro, y dejó salir un profundo suspiro. Después tomó del cabello al cura, y le jaló la cabeza hacia atrás.

-Decíme en dónde está ese hijueputa ñero. El que mandaron a matar al doctor ¡Y la puta esa de Lizeth! ¡Decíme, malparido!

Daniel le quitó el trapo de la boca. Aterrado por el miedo, el cura sólo podía susurrar entre lágrimas la ubicación de aquellos dos. El joven acercó su oído, y escuchó con atención. Después le volvió a meter el trapo.

-¡Listo, mijo! Eso fue papita pa'l loro –dijo Nelson el Guapuchero, quien se levantó del banco, y levantando un galón que tenía debajo de la banca en la que estaba sentado, empezó a mojarlo todo con keroseno: el sagrario, el retablo, la credencia, el ambón, el atril, las sillas sacerdotales, el confesionario, la pila bautismal, las bancas y la sacristía, en donde estaban guardadas unas casullas blancas sucias, y unos cuantos libros con fotos de niños desnudos. Todo quedó embadurnado del líquido inflamable. El tío de Daniel desató al cura, pero le dejó las manos atadas y el trapo en la boca. Se lo entregó al indígena, con la especial recomendación de mantenerlo cautivo, hasta que no hubieran terminado de encontrar al padre Maciel y a sus cómplices.

Nelson el Guapuchero abrió los portones de la iglesia, e hizo una señal a los hombres para que abandonaran el lugar. Encendió un cigarrillo, lanzó el fósforo en la nave central de la iglesia, y las llamas, que se tornaron de un tono rojizo que recordaba al Averno, se extendieron con la avidez de algo que debió haberse hecho hace mucho tiempo. Todos salieron, excepto él, el Guapuchero, quién empezó a cerrar lentamente el portón. El tío de Daniel trató de evitar que cerrara, atravesando su brazo y su pierna.

-¿Y usted cómo piensa salir?

-Todo bien, mi pez, que de cualquier culo sale sangre. Dios proveerá –contestó el nórdico.

Y el portón se cerró.

Fue muy poco lo que lograron averiguar al día siguiente. La mujer a la que llamaban Lizeth había desaparecido. En el apartamento en el que ella solía esconderse ya no quedaba ni rastros de polvo: ni un solo mueble, ni un cuadro, ni un plato en la cocina. Tuvo ella tanto tiempo para fugarse, que incluso se llevó los grifos del agua y las rosetas de los bombillos. Le habían perdido el rastro.

Sin embargo, aún quedaba otra pieza del rompecabezas. Sin perder más tiempo, Daniel viajó hasta Soacha, Cundinamarca, en busca de alguien que le pudiera dar información acerca de Esneider Velásquez. En el barrio Quintanares encontró a John Freddy Fúquen, el joven hermano de Liliana Fúquen, la esposa del sicario. A pesar de su jerga, que pretendía ser un uso fiel del parlache paisa; de su gorra con el logo de los Lakers con la visera plana; de su peinado, rapado a los lados, una cola de caballo corta y un mechón largo de pelo tinturado en rubio, cayendo sobre la frente; de su pendiente en la oreja izquierda; de su camisa tipo polo bajo un saco con el logo de la Warner Brothers; y de sus pretenciosas zapatillas Nike de veinte mil pesos, que él mismo afirmaba que la habían costado trescientos mil pesos, a pesar de que todo el mundo sabía que mentía, John Freddy Fúquen era en realidad un patético adolescente, con un complejo de macho que le servía para ocultar su naturaleza cobarde. Su admiración por Esneider Velásquez le había hecho caer en la falsa ilusión de que el mundo de la delincuencia y el dinero fácil hacía verdaderos hombres, y lo creía así porque, aun cuando siempre lo negaba, era un cobarde, al igual que todos sus amigos del colegio de donde fue expulsado. Daniel encontró al idiota con otros jóvenes aspirantes a atracadores callejeros profesionales, mientras escuchaban rap y pintaban grafitis del rostro de Tupac Shakur, lo cual resultaba ofensivo para los verdaderos raperos. Cuando se acercó al grupo, Daniel les hizo una mueca a los demás idiotas, ordenándoles que se alejaran. John Freddy, con su lenguaje soez, trató de intimidar al caleño mostrándole una navaja, pero a Daniel le bastó con darle tres fuertes palmadas en la cabeza, para hacer que al niño le temblaran las piernas. Entonces lo hizo hablar. John Freddy Fúquen no tenía ni idea del paradero de su alabado cuñado, pero le dio la dirección del lugar en donde vivía Liliana Fúquen, quien seguramente podría darle más información. Después, Daniel le asestó al idiota otras dos fuertes palmadas en la cabeza.

-Ahora dejá la maricada, y ponte a estudiar, granpendejo –le dijo el caleño.

Cuatro horas después, los hijos de Darío Cáqueza estaban en el barrio Diana Turbay, en una cafetería bebiendo gaseosa, esperando a Liliana Fúquen. Ella hubiera podido, al igual que hacen las otras ñeras que quieren proteger a sus novios criminales, negar cualquier relación con Esneider Velásquez, a quien amaba más que a nadie en el mundo, pero era precisamente el amor lo que la obligaba a ponerle punto final a sus ilusiones etéreas. A sus sueños de esposa fiel y madre consagrada. A un estilo de vida familiar de esos cuya existencia ignoraba, hasta que se dio cuenta de que ella en realidad no conocía la estabilidad familiar porque no la tenía. Y se había resignado a un futuro sin esa vida, porque gastaba sus horas derramando las lágrimas de un funeral que ya se veía venir.

-La última vez que estuvo encerrado se salvó cuando escuchó la canción

de los Terrícolas –les dijo Liliana Fúquen a los hermanos Cáqueza.

Hablaba de la canción Te Juro que te amo del grupo Los Terrícolas. Esneider Velásquez se la había dedicado a ella una noche de borrachera a punta de cerveza en un campo de tejo de Ciudad Bolívar al que iban con otros ñeros a divertirse. Fue esa la única noche de juerga en la que el sicario no terminó rompiendo las botellas de cerveza en la cabeza de los clientes de las mesas vecinas. Liliana Fúquen y Esneider Velásquez estaban afuera de la tienda, tomando y fumando sentados en el andén, ella con su cabello recogido en un solo bollo atado con una cinta de papel blanco y unos pendientes de plástico en forma de corazón, también blancos, que le hacían resaltar el cobrizo lentigo solar de su rostro entre la luz de los postes y la oscuridad de la noche. Fue en ese instante cuando se escuchó la canción de Los Terrícolas, y también cuando Esneider Velásquez le prometió a ella amarla para toda la vida, así tuviera que agarrar a puñaladas al que tratara de impedirselo.

Luego vino el problema con el frasquito aquel. Liliana Fúquen solía quedarse con él los fines de semana. Una mañana en la que ella despertó con la sonrisa que surge después de varias horas de amor desencadenado, ella vio a su macho en el baño, sentado en el retrete, e inyectándose una sustancia extraña con una jeringa a la altura de la nuca. Aquel día, ella no dijo nada. Pero los cambios de humor de Esneider Velásquez la alertaron, hasta el día en que ella le pidió una explicación acerca de la droga y él, como un zombi, le dio a ella una bofetada que la hizo caer de espaldas contra un viejo taburete, lo cual le provocó una fractura leve. Esa noche, él no se disculpó, porque se encontraba en un estado de sopor a causa de la esencia de margaritas que se había aplicado, y no fue consciente de lo que había hecho. Ella juró abandonarlo, pero sólo le bastó verlo a él llorando y pidiendo perdón, para darse cuenta que era precisamente ese aire de macho lo que ella en verdad amaba.

-Entiéndame, mami. No se ponga así. Usted sabe que macho es macho –se excusaba él.

Después de eso, Él le confesó a ella todo lo que sabía sobre El Aroma de Las Rosas. Pero le dijo que, en su propio caso, el no trataba de borrar su memoria, sino de agregarle lo que durante mucho tiempo le había faltado: la sangre fría necesaria para matar. Esneider Velásquez no dejaba de ser él mismo. Sólo le ordenaba a su conciencia abandonar cualquier tipo de moralidad cuando se trataba de ganar dinero matando. Por eso se inyectó la esencia de margaritas. Para tener la valentía de asesinar al doctor Moisés Huertas a tiros. Fue después de llevar a cabo el mandado del padre Maciel cuando el efecto del elixir empezó a desaparecer, y también cuando fue apresado y finalmente retenido en la UPJ de Bogotá, en donde escucharía al anciano que silbaba la canción de Los Terrícolas. Ese día

recobró su personalidad, aunque su instinto asesino jamás desaparecería.

Harta de esa situación, de no saber si su macho regresaría, y de que él no estaba dispuesto a abandonar ese mundo del dinero fácil, Liliana Fúquen prefirió no huir, sino que eligió encontrarse con los hermanos Cáqueza e informarles que Esneider Velásquez había sido enviado por una mujer llamada Lizeth para que protegiera a un tipo que estaba escondiéndose en el municipio del Líbano, en el Tolima. Liliana Fúquen les pidió a ellos el favor de, por lo menos, darle a ella la oportunidad de despedirse de su amado en cristiana sepultura. Ellos asintieron.

Fue dos días después de ese rastreo en Bogotá, en Funza y en Soacha, cuando los hermanos Cáqueza, acompañados del indígena Inocencio Meeya, del tío de Daniel –el viejo de la bicicleta y del diente de oro- y Narek Hasid el armenio, emboscaron la finca del llanero, el kasuu Matoma Salgado, una de las últimas piezas del rompecabezas que John Dee no hubiera deseado crear, pero que su compañero Edward Kelly desató para el mundo.

Después de que el tío de Daniel recibiera el disparo en el hombro derecho, Daniel les pidió a los demás que lo cubrieran, mientras él se daba a la caza del ñero soachuno. En medio del intercambio de disparos, el armenio resultó herido en el pie izquierdo por una mina quiebrapatas. Esneider Velásquez se había quedado sin munición, y se dio a la fuga. Chepe y Daniel caminaron muy sigilosamente entre la espesura de los cafetales, con cuidado de no pisar otra mina. Eso le dio un poco de tiempo al ñero para que pudiera ir por una vieja motocicleta DT que estaba aparcada atrás de la finca, y regresar para ultimar a sus enemigos. Sabía en donde estaban. Cargo su mini UZI y se lanzó a la guerra. Salió al claro en la motocicleta, disparando ráfagas hacia el lugar en donde estaban los hermanos, quienes tuvieron que arrojar al suelo para evitar ser alcanzados. Éstos, sin embargo, no acertaban en darle puesto que se movía muy rápido. No podían avanzar mientras el ñero se moviera a toda velocidad de un lado a otro, y les disparaba con esa potente arma. Con lo que no contaba Esneider Velásquez era con la existencia de Inocencio Meeya, quien certeramente dio en la rodilla derecha del motociclista, haciéndole presionar el freno delantero hasta el fondo, y provocando que la motocicleta le diera un violento giro por los aires hasta hacerlo chocar contra un palo de mango en donde se rompió el cuello. Allí se quedó tirado en el suelo, convulsionando por varios minutos. Chepe y Daniel se acercaron a él, y pudieron contemplar, no sin algo de placer, la agonía del sicario.

Cuando entraron a la casa, los recibieron a tiros los hijos de Matoma Salgado. Daniel se escondió tras una pared, mientras que Chepe se abalanzó tras un pequeño bar, en donde empezaron a caerle las botellas de aguardiente a las que Toño Salgado les disparaba. Por otra parte, Eloy Salgado ya tenía más cartuchos para recargar su Remington, y se echó a

correr por la escalera. Ya tenía una soga lista, atada por la ventana, por la cual pretendía escapar, pero Daniel le persiguió. A él sólo le quedaba un tiro. Levantó su arma y se apresuró a disparar, y cuando Eloy Salgado lo vio, se lanzó por la ventana sin ninguna precaución, puesto que pensó que Daniel le acertaría. Pero Daniel le tomó de la camisa y lo trató de hacer subir. Forcejearon en la ventana durante varios segundos. Eloy Salgado sacó una navaja e intentó clavarla en el ojo del caleño, pero falló, aunque le hizo un corte leve en la mejilla. Entonces le asestó varios puños, y le halaba la camisa, para tratar de hacerlo caer. Daniel ya no tenía en donde agarrarse, hasta que vio la soga de la que colgaba el menor de los hijos del llanero. La tomó por un extremo, y en medio del forcejeo, le dio varias vueltas alrededor del cuello del joven llanero, quien no pudo evitarlo. Tratando de soltarse la cuerda, Eloy Salgado dejó de golpear a Daniel, lo cual éste aprovechó para darle un puño a quien colgaba de la ventana, y luego empujarlo al vacío. Eloy Salgado terminó ahorcado.

Toño Salgado, por su parte, empezó a acercarse lentamente hacia el bar. Sabía que a Chepe ya se le habían acabado las balas. Chepe tomó una de las botellas rotas, dispuesto a recibir al otro y cortarle la garganta, así tuviera que morir en el intento. Pero cuando el mayor de los hijos del llanero estuvo a punto de aparecer por la parte de arriba y disparar en la cabeza, sintió el peso de Daniel, quien se abalanzó sobre él, dándole un fuerte empujón. Ambos cayeron, y forcejearon por el arma. Chepe se levantó a socorrer a su hermano. La Remington se disparó. Todos se quedaron quietos. La sangre discurrió por la pierna derecha del hijo del pescador, quien cayó de rodillas frente a los otros dos. Toño Salgado quiso rematarlo, pero Narek Hasid e Inocencio Meeya aparecieron justo a tiempo, para llenar de plomo el pecho del otro llanero.

La herida de Chepe fue superficial. Apenas había rozado su cadera izquierda. No era grave, pero tampoco podía caminar con facilidad.

-Está arriba. Solo. Terminemos de una vez con esta mierda –le dijo a su hermano, mientras que este le ayudaba a levantarse.

No tuvieron ningún tipo de resistencia cuando entraron a la habitación. Allá, sentado en su silla de ruedas, contemplando, a través de la ventana, el cadáver colgado de Eloy, estaba Matoma Salgado, impassible, esperando lo inevitable. No hizo ningún esfuerzo por tomar los cartuchos que tenía sobre la mesa de noche, al lado de la botella de aguardiente, y recargar su Remington. Respiraba con cierta dificultad. Atisbó la gran oscuridad que se extendía sobre los cafetales, como si estuviera llevándose para sí un hermoso recuerdo que siempre evocaría cuando estuviera en el paraíso prometido. No se arrepentía de nada de lo que había hecho. Nunca tuvo conmiseración con sus víctimas, y él era muy orgulloso como para pedir que la tuvieran con él. Estaba convencido de que la gloria del cielo le esperaba. Se lo merecía. Todo había sido hecho sólo para proteger la fe, la moral, las enseñanzas de Dios y su hijo el nazareno, que el concilio

vaticano había relegado en favor de judíos, musulmanes, hinduistas, budistas, bahaíes, taoístas, sintoístas, mayas, incas, aztecas, mohawks, iroqueses, algonquinos, y todos los enemigos de la única, la irremplazable, la superior, la mandona, la inquisidora: la Iglesia Católica. Por todo eso, era evidente que Matoma Salgado y sus hijos, ya tenían un lugar a la derecha de Dios padre.

Dejó caer su escopeta, y giró su silla de ruedas. Se dirigió entonces a Chepe y a Daniel Cáqueza.

-¡Carajo! Esto es como ver a Ramirito otra vez –les dijo.

-No siempre se puede ver a la muerte dos veces –contestó Chepe.

Y disparó contra el pecho del llanero.

EL doctor Enrique Ureña Beltrán era más bien bajito, de una pelambre cana e hirsuta que poco a poco iba cediendo a los estragos de la alopecia que empieza a expandirse desde la coronilla. El rostro era algo cuadrado, frente ancha, ojos cuya mirada parecían ocultar más de lo que en verdad ocultaba. Era moreno, pero su blanco y ancho bigote hacía que su piel morena se oscureciera un poco más de lo debido. De vez en cuando bajaba unos pocos milímetros los anteojos oscuros que le protegían los ojos, no tanto del implacable sol de verano de Funza, como de las personas mismas a quienes, por razón de su profesión o de su percepción hacia ellas, había aprendido a esquivar, a pesar de lo inevitable de tantas presencias. Bebía café por montones. Lo primero que siempre buscaba en todos los lugares a los que iba era la cafetería más cercana, y antes de entrar a cualquier escena del crimen, entraba a la cafetería, pedía su taza de café, mientras que los oficiales de policía, enjuagados en sudor bajo sus sucios uniformes de color verde oliva, ultimaban los detalles de lo que encontraban: un cadáver al que le faltaban la punta de los dedos; un hombre armado con una Smith & Wesson 986 de 9 milímetros, quién amenazaba con asesinar a los rehenes, tal vez una esposa y unos hijos, si no le entregaban de inmediato una botella de Águila; o el secuestro en masa de varios diputados políticos, que más tarde serían ultimados, por un grupo al margen de la ley, el cual afirmaba pelear por una patria a la que parecía no conocer, pero de la cual llegaron a enriquecerse. El doctor Enrique Ureña Beltrán escuchaba a los uniformados, bebiendo su taza de café hasta el fondo, y luego se ponía a masticar la punta del palillo con la cual había revuelto el azúcar. Era esa una manía de la cual fue consciente todo el tiempo, y procuraba que fuera siempre así, porque fue el mejor reemplazo que encontró para superar su vieja adicción al Mustang. Había hecho de todo para dejarlo: desde fijar fechas en los calendarios para

abandonar el hábito fumador, pasando por el consumo excesivo de palitos de apio o de zanahoria, hasta comerse el mismo empaque de los chicles sin azúcar. Esto último le produjo un severo ataque de diarrea del cual pensó que jamás se recuperaría, y fue esto lo que llevó a amenazarse a sí mismo con tragarse el palillo de plástico y provocarse otra dolorosa cagada, si por su cabeza se pasaba la dominante idea de encender otro cigarrillo.

Pero ese día no estaba en Funza para analizar cadáveres sin dedos, negociar con ebrios o rastrear secuestrados políticos. De hecho se encontraba solo, en una pequeña cafetería desde la cual podía contemplar los trabajos adelantados por la gobernación para reparar los daños causados por el incendio que derrumbó la capilla san Martín. Los pobladores, junto con un empobrecido cuerpo de bomberos local, intentaron apagar las llamas que tardaron trece días en extinguirse. Nadie podía explicarse la razón por la cual el fuego no se ahogaba, a pesar de los chorros y cubetadas de agua arrojadas, y del fuerte aguacero de seis días que pareció mandado por la providencia, para recuperar su patrimonio perdido. La conflagración no cedía a los ataques de agua. Los pobladores más viejos, expertos en el ámbito de lo inaudito, afirmaron sin un ápice de duda que esas llamas no eran de este mundo. Más extraño era el hecho de que el fuego, que destellaba un color rojizo, como el de los Avernos, jamás traspasó los límites de la iglesia para quemar las viviendas vecinas. Se mantuvo siempre en su lugar. Tal suceso sería recordado hasta después de muchas décadas, puesto que el fuerte olor a fino cedro quemado de los bancos incendiados, y el de los sobrepellices chamuscados, jamás desaparecería ni del pueblo, ni de la mente de sus habitantes.

En el momento en que sintió que el sudor hacía que la camisa se le pegara a la espalda, el doctor Enrique Ureña Beltrán sacó de su boca el pitillo que mordía, bajó un poco sus anteojos oscuros, y cerrando su ojo izquierdo, empezó desde la distancia a medir la estatura de los transeúntes del parque principal con la figura del trapecio que formaba el lado del pitillo mordido, como buscando al que mejor se adaptara a dicho tamaño. Después de dos minutos se llevó de nuevo los anteojos a su lugar, y el pitillo a la boca. Dejó sobre la mesa el billete para pagar el café, y se dirigió al parque.

Se sentó en uno de los bancos que le permitía observar el flanco derecho del monumento al Zipa. Entonces, tuvo la sensación de que aquella figura, inerte y serena, lanzaba una mirada recriminadora a las ruinas de la catedral, como recordándole que fue gracias a las ejecuciones de Tisquesusa y Sagipa como, a través del sanguinario Jiménez de Quesada, la providencia romana pudo extender parte de su poder sobre territorio muisca. Y es que la ubicación de aquel monumento, si se lo pensaba bien, no parecía una idea de la mera casualidad: fija frente a la capilla, parecía advertir a la dignidad católica la inminencia de su caída. Un presagio triste

para alguien como el Zipa, quien probablemente jamás recuperaría su trono, pero parecía ser ya un testigo inexpugnable de la muerte del invasor. El doctor se sintió un poco infantil por considerar esas tonterías. Pero un fuerte resoplido del viento lo traería a la realidad.

No se había dado cuenta de la presencia desidiosa de un gigantón de aspecto europeo, al que parecía molestarle la espiración de los vivos. El inmenso hombre se había sentado en el mismo banco, al lado del doctor Enrique Ureña Beltrán, quien a pesar de estar contemplado la pesada figura de aquel extraño, advertía que su sentido de la visión entraba en total confusión: el extraño “estaba-ahí”, pero su presencia “no-estaba-ahí”. El viejo, aun sujetando con los dientes el pitillo de revolver el café, lo movía de un lado para otro, sin dejar de observar al recién llegado, quien a su vez contemplaba el estúpido movimiento de los transeúntes cuyo futuro era incierto. El gigantón cruzó la pierna en cuatro, encendió un cigarrillo con la llamarada rojiza de su encendedor, y se llevó los dos codos sobre el respaldo de la banca. Después de unos segundos, dirigió su mirada al doctor.

-Quiubo mi pez. ¿Bien o no? –saludo el extraño al doctor, sin dejar de sostener el cigarrillo con sus labios.

-Aquí con un calor ni el hijueputa –respondió el anciano.

El doctor Enrique Ureña Beltrán se recostó en la banca, y dejó que sus ojos detrás de las gafas oscuras contemplaran el espectáculo del pueblo. Pasó los dedos de la mano derecha sobre el bigote, y luego puso su chaqueta sobre su regazo. El palillo del café seguía moviéndose entre sus labios de un lado a otro.

-¿Y los Cáqueza? –le indagó al Guapuchero.

-No tengo ni idea.

-Eso es bueno. Con tanta vaina que han dicho esos hijueputas de la Conferencia Episcopal, lo más probable es que los jodan si los encuentran.

Tenía razón. Aunque era muy bajo el revuelo que había por el caso de los sacerdotes pedófilos que se había expuesto en los medios, el precio por las cabezas de los hermanos Cáqueza era muy alto, no tanto por sus propios delitos como de aquellos cometidos por los párrocos. Los más acérrimos feligreses de la clase política dominante no dudaron en hacer eco de la imagen profana de los jóvenes, para fortalecer a los considerados mártires de una persecución en contra de la religión de los Reyes Católicos de España. Fue entonces, desde el seno de la Conferencia Episcopal de Colombia, en donde la Comisión Permanente de la Asamblea Plenaria, determinó que el caso de la joven María Beltrán ya no era de

total competencia de la justicia ordinaria, en tanto que, según los monseñores retenedores de semen, algunas facciones se estaban aprovechando del escándalo para desprestigiar y condenar a la iglesia católica, razón por la cual se apegaron a lo establecido en el Código del Derecho Canónico, numeral 1404 del libro VII, que advierte que la Primera Sede por nadie puede ser juzgada. Dicha razón fue escuchada y tenida en cuenta por un ferviente juez, cuyas creencias católicas le hacían tolerar más fácilmente la injusticia de un pedófilo en libertad que la idea de un castigo en un imaginario purgatorio que ni siquiera él conocía.

-Pero así es, Guapuchero. Para entrar al paraíso hay que tener tres ojos: dos son para ver. Y el tercero no es para cagar. Si no que lo diga Constantino –dijo el doctor Ureña.

-¡Qué mierdero! –respondió Nelson el Guapuchero.

Había aún espacio para las dudas. El doctor Enrique Ureña Beltrán se tomó su tiempo para preguntar lo que quería preguntar, pero sabía que era más fácil sacarle el jugo a una piedra, que una respuesta al Guapuchero.

-¿Le dijeron algo sobre el elixir?

-Dijeron que usted me iba a preguntar por eso. Esperar a ver qué respondo.

El doctor Ureña rió sin ganas. Recordó que le había pasado exactamente lo mismo varios meses antes, cuando Nelson el Guapuchero lo había sorprendido con una visita sorpresa en una cafetería del barrio La Candelaria en Bogotá. El repentino cambio de una soleada mañana a una fría llovizna le había advertido al doctor Enrique Ureña Beltrán que algo –o alguien- inusual aparecería. Por aquel entonces habían transcurrido apenas dos semanas después del asesinato del llanero Matoma Salgado, en el municipio del Líbano, en Tolima, pero aquella noticia no había trascendido con fuerza en los medios, en favor de los trece días del fuego rojo que devoró la capilla de Funza. Nelson el Guapuchero se había presentado ante el doctor Ureña, con el encargo, de parte de los hermanos José y Daniel Cáqueza, de llevar todas las pruebas que incriminaban al padre Maciel y al padre Cotes en el caso de la violación de María Beltrán, y las causas de su posterior fallecimiento, puesto que dicho caso había sido investigado por el doctor durante la década del noventa, con resultados que llevaron a la corte a cerrar la investigación. En varias cartas escritas por los hermanos, éstos le informaban al doctor la ubicación en donde le entregarían a él –y sólo a él-, al padre Florencio Cotes, quien testificó en contra de su compañero, el padre Maciel, y en contra de la Hermandad Sacerdotal San Pío X, por haber actuado como secta al haber empleado un elixir llamado El Aroma de Las Rosas, para borrar la mente de muchas personas en todo el país, entre ellas la joven

violada, el abogado Darío Cáqueza y sus esposas, Ana María Cáqueza y Lorena Carrascal. Dicha testificación no iba a servir de mucho, dado que el padre Maciel, al verse ya acorralado por los Cáqueza, pensó en lo poco digno que era el entendimiento humano para comprender los designios de Dios, los cuales, según el sacerdote, no se diferenciaban de los suyos. Hallaron su cadáver en uno de sus lujosos apartamentos del norte de Bogotá, hundido en la tina del baño, con el cuello abotagado y la boca llena de espuma, en medio de un mar de gel de baño y diarrea sanguinolenta, causada por una ingesta desmedida de vino blanco y cloruro de mercurio. No era ninguna casualidad que el doctor Enrique Ureña Beltrán pensara que después de varios meses, el padre Maciel terminaría haciendo el camino a la canonización.

-Y tendremos otro día festivo en nombre de este malparido –dijo el doctor.

Los meses que siguieron después de la visita de Nelson el Guapuchero los dedicó el doctor Enrique Ureña Beltrán a intentar reabrir el caso de corrupción eclesiástica, que incluían, además de la violación, los asesinatos y las desapariciones, la apropiación ilegal de los territorios de la comunidad Barí, en el Norte de Santander, para la explotación de hulla, y que culminó con el genocidio de una gran cantidad de indígenas, por órdenes de los inversionistas extranjeros y del padre Maciel, uno de los grandes apoderados del consorcio.

Como todo litigio jurídico que envuelve a empresas norteamericanas y a la Divina Providencia, el caso se resolvió sin asperezas. Y era precisamente eso lo que el doctor Enrique Ureña Beltrán, en su visita al municipio de Funza, le contaría a Nelson el Guapuchero, para que éste último informara a los desaparecidos hermanos Cáqueza.

No se volvió a saber nada de aquella mujer a la que llamaban Lizeth, de quien poco se sabía porque, probablemente, se movía por varias partes de Colombia con un nombre falso, pero con un patrón de comportamiento que, si no ayudaba a identificarla con claridad, al menos daba una pista clave de la persona a quien perseguían: en varias de las locaciones que el padre Florencio Cotes proveyó a la corte, y que se encontraban a nombre de aquella mujer, se pudo verificar la frecuente práctica esclavista a la que sometía a sus empleadas de servicio. Algunas de ellas llevaban días encerradas en sus habitaciones, durmiendo en el suelo sobre lonas abiertas, pasando hambre, sin haber podido ir al baño, puesto que ella no les permitía usarlo, obligándolas a hacer sus necesidades en cualquier rincón de la pieza, y sin reconocerles ni un centavo, alegando que el techo y las cuatro paredes eran más que un pago: eran un regalo de Dios, el siempre piadoso con los desagradecidos pobres.

Pero la justicia de la Providencia es siempre inmanente: la gracia del espíritu santo caería sobre el afortunado Florencio Cotes, quien fue

respaldado por un obispo diocesano que actuó como juez en primera instancia. Y eso sucedió, porque cuando la Conferencia Episcopal, que fingía no saber, se enteró del proceso que se llevaría en contra del sacerdote, y del fallecido padre Maciel, quien estuvo a punto de recibir el título de arzobispo, se apresuró a llevar la causa penal a Roma, antes de que empezará en firme el proceso con la justicia ordinaria. El obispo diocesano alegó a su favor el artículo 1417 del Código de Derecho Canónico, así como su parágrafo, en el cual se afirma que "cualquier fiel puede llevar o introducir ante la Santa Sede una causa, tanto contenciosa como penal, en cualquier instancia del juicio y cualquiera que sea el estado en el que se encuentre el litigio". El parágrafo de dicho artículo dice que esta apelación no revoca la jurisdicción de un juez que esté llevando el caso, a menos que se le informe que el caso será avocado a la Sede Apostólica, lo cual restringe la jurisdicción del juez ordinario.

Así, con la ayuda de la siempre débil justicia popular, el padre Florencio Cotes fue trasladado a Roma, en donde sólo se le juzgó por abuso sexual, aunque tal pena resultó aún más polémica: para la Santa Sede, como la única a cargo del proceso, los resultados de las pruebas determinaron que aunque, efectivamente, sí hubo violación, no eran concluyentes, en tanto la persona que las realizó, el doctor Moisés Huertas, dio primero una versión, y luego la cambió, alegando ser una "persona diferente" a quien le habían borrado la memoria y lo habían obligado a mentir sobre la prueba. Además, no existía prueba alguna de la existencia del dichoso elixir borramemorias, por el cual querían difamar a la santa, a la grande, a la madre de todos los hombres, a la poseedora de la verdad, a la única, la santa Iglesia Católica. Entonces, ¿Cómo confiarían en la versión de dos pillos hijos del demonio, asesinos, que afirmaron venir de un padre al que también le borraron la memoria? ¿Cómo creerle a alguien que afirma que permaneció más de quince años como un feto sin desarrollarse dentro del vientre de la madre, igualmente pecadora? Además ¿Había que recordarle al mundo entero que aquellos blasfemadores asesinaron a un humilde empresario ganadero de los llanos orientales, un hombre sabio y santo llamado Matoma Salgado, quien hizo más por mantener la paz y la unidad de toda la hermandad católica? No. Los jueces obispos no estaban dispuestos a tolerar esas difamaciones; además, había que recordar el numeral 1390 del título VI de la segunda parte del libro VI del Código del Derecho Canónico, en el cual se sancionan las falsas denuncias en contra de un superior eclesiástico. En eso incurrían los mentirosos, blasfemadores, inventores de falacias que eran los hermanos Cáqueza, quienes no eran capaces de dar la cara y mostrar la dichosa fórmula con la cual se borran las mentes de las personas. Toda una oda a la hilaridad resultó ser ese santo juicio.

-¿Y entonces que querían los curas? –preguntó Nelson el Guapuchero-
¿Sagrado estupro o que hijueputas?

-Lo que pasa es que a Dios también le gusta echar chistes.

-O sea: cague o no cague, el purgante le sale por veinte mil. ¡Qué gonorreas!

En realidad, el purgante salió más barato: a lo único a lo que se le condenó al padre Florencio Cotes, como el único acusado presente, fue a abstenerse de volver a ejercer el cargo eclesiástico, y a vivir de ahí en adelante, una vida de oración y penitencia en la famosa Penitenciaría Apostólica, para así garantizarle al pedófilo las indulgencias de arrepentimiento.

El último recurso que aún quedaba, y que muy posiblemente facilitaría que el padre Florencio Cotes fuese deportado a Colombia era la aparición de los manuscritos con la fórmula del elixir creado por el astrólogo inglés John Dee en el siglo XVI. Si se podía demostrar que los sacerdotes, y de paso la hermandad lefebvristas, habían impuesto una nueva inquisición, borrando la memoria de aquellos a quienes consideraban "pecadores", estarían actuando, entonces, como una secta coercitiva e instigadora del odio. Sería entonces una directa violación al artículo 4 de la Ley 133 de 1994. No obstante, el doctor Enrique Ureña Beltrán sabía que el poder de Dios estaba más allá de sus propios límites, y que un "articulito" más o un "articulito" menos no harían la diferencia en la conciencia de los buenos jueces católicos.

Nelson el Guapuchero no necesitaba más explicaciones que las del propio asco que le producía la raza humana. No en vano había huido de todo lo que tenía que ver con ellos. Había aprendido de la naturaleza humana que el triunfo de unos implicaba el aplastamiento de los otros. Los había visto matarse entre ellos una y otra vez, por cualquier estupidez. Había visto los cadáveres de las víctimas del atentado en el Club el Nogal en 2003; las del ataque al edificio del DAS en 1989; las de la toma del Palacio de Justicia en 1985; los de la Operación Soberanía en contra de la República de Marquetalia en 1964; e inclusive presencié las masacres cometidas por Los Chulavitas entre 1949 y 1954, y el linchamiento en Bogotá a Juan Roa Sierra, también en 1949. Nadie, en Funza, se había preguntado si alguna vez Nelson el Guapuchero había sido un niño, o si era tan siquiera humano, pero sí era sabido por todos que sabía más de los humanos por sus centurias de experiencia viviendo entre ellos, que por su inexplicable longevidad. Sabía que eran malos por naturaleza. Por un instinto de supervivencia creado en lo más profundo del propio ego. Y por ello estaba de acuerdo con los hermanos Cáqueza en mantener el secreto de la fórmula de John Dee lejos de cualquier otro ser humano. En cierto modo, era mejor que la idea de un elixir capaz de borrar y controlar la mente se quedara en la mera ficción del proyecto MK ultra de la CIA, y no como un motivo para que el planeta entero les estuviera rastreando como lebreles

de caza hasta el fin del mundo.

Poco a poco se fue oscureciendo en el pueblo. Parecía como si el frío aire extendiera aún más el olor a crucifijo chamuscado por todos los rincones del municipio. El último cigarrillo se apagó bajo las botas sucias de Nelson el Guapuchero, quien se acomodaba su desordenada barba rojiza y se recogía su larga cabellera, mientras se levantaba del banco del parque principal. El doctor Enrique Ureña Beltrán se pasaba la mano sobre su cabellera cana. Sonreía con aflicción, pensando en que el secreto del Aroma de las Rosas se iría a la tumba, junto con los hermanos Cáqueza. Entonces, con la rapidez con la que aparecen en la mente las cosas ya olvidadas, volvió su mirada a Nelson el Guapuchero, quien ya tomaba su camino sin despedirse.

-Oiga, Guapuchero –lo llamó. Luego se levantó del banco, y se acercó a él, con un talante de total hermetismo.

Nelson el Guapuchero dio media vuelta, sin retroceder.

-No me vaya a decir que no sabe ni mierda de la fórmula del elixir. Yo no soy tan güevon.

El Guapuchero miró las ruinas de la capilla. Sin mirar al doctor Enrique Ureña Beltrán, dejó salir una risa cínica, y siguió su camino.

-¡No jodas! –exclamó el doctor.

EPÍLOGO

AQUELLA mañana fue consciente, por primera vez, de que nunca en su vida había contemplado los diáfanos colores del alba al despuntar. Se había enamorado con locura, como cualquier cristiano en sus cabales, del color cetrino del papel moneda, y de los diferentes tonos de piel infantil que podía adquirir con ello. Pero jamás se había detenido para observar el vuelo delicado de un gorrión, la danza de una hoja atrapada en una ventisca, o la brisa suave que solía caerle sobre la casulla blanca especial y costosa que usaba exclusivamente durante las procesiones del Corpus Christi, que él presidía cuando era sacerdote en Colombia. Mientras observaba, impasible, la sobriedad del Campo de' Fiori, en Roma, el ex sacerdote Florencio Cotes se lamentaba por haber dejado pasar en su vida aquellas simplezas que no se obtienen con dinero, pero que son capaces de llenar el vacío del desasosiego.

Lo desconcertaba la idea de que existiera un monumento en honor a Giordano Bruno, a quién consideraba un hereje que mereció justamente el castigo de la hoguera. Fastidiado por esa imagen honorífica, Florencio

Cotes cerró el ventanal, y se entregó de nuevo a la redacción de su carta de absolución dirigida al Tribunal de la Rota Romana, mientras escuchaba la cadencia suave del Ave María del Othello de Verdi, interpretada por Montserrat Caballé. De vez en cuando, Florencio Cotes alzaba su vista a la imagen de Sixto IV, que él mismo había encargado para decorar su lujosa celda del Palacio de la Cancillería. Le parecía que el hombre del retrato le miraba con la suspicacia acusadora de quien se siente apuñalado a traición. Pero Florencio Cotes estaba más que dispuesto a enmendarse.

Firmó la carta con el seudónimo de Roberto Gui, en honor a las personalidades eclesiásticas que él más admiraba: el inquisidor Roberto Belarmino, y el instructor de inquisidores Bernardo Gui. Guardó la carta en el sobre, la selló, y luego la dejó sobre una bandeja de plata. Tomó la silla de roble y la ubicó en el centro de la habitación. Allí se sentó, sujetando una larga soga sobre su regazo, y cerró los ojos para entrar en oración. Entonces, y sólo entonces, se dio cuenta de que la vida era más corta de lo que se había imaginado.

Escuchó el rechinar suave de los goznes de la puerta de su confortable prisión. Permaneciendo con los ojos cerrados, Florencio Cotes no pudo adivinar con exactitud el número de personas que habían entrado, pero no le fue imposible percibir la majestuosidad que circundaba en el ambiente, y que le hacía crisar los vellos. Sin embargo, siguió con su oído los pasos más pesados, y que eran, sin duda alguna, la evidencia de la gracia con la cual se mueven por el mundo los que poseen las llaves de éste. Unos pasos parecían mecerse de lado a lado. Otros no parecían tocar el suelo. Y otros eran como los de un elefante al que había que tirar de las orejas para que se moviera. Ese, pensó el ex sacerdote, debía ser el papa, aunque no estaba muy seguro de si lo era, o de si merecía serlo. Montserrat Caballé seguía en el gramófono. Unos pies, no tan pesados como los del elefante, se movieron con arrogante servilismo hacia la mesa en donde estaba la bandeja de plata, con la carta de absolución. Escuchó también la hoja del cuchillo con la cual abrían dicho sobre; el despliegue del papel; el resuello de quien leía y su posterior entonación italiana, en la cual informaba a la autoridad presente que el acusado se arrepentía de su condena, pero no de servir a la voluntad del Señor. Florencio Cotes sintió el avance lento, y un poco torpe, de los pies de quien parecía ser el supremo elefante de aquel grupo, quien luego puso la mano derecha sobre la cabeza del acusado, y en un español que tal vez fue su idioma nativo, y que por cuestiones del poder ya había olvidado, repitió la fórmula de la absolución:

-Dios, Padre misericordioso –dijo la voz aquella-, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el misterio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre

del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

-Amén –respondió el ex sacerdote.

Los dedos del hombre de los pasos pesados se revolvían en la cabellera oscura de Florencio Cotes. Los ojos cerrados aún, la soga apretándole las muñecas y los tobillos, los susurros en el aire, la aguja entrando por la nuca, el olor a incienso, Montserrat Caballé y su Othello en el gramófono, y la vida que se parece a la muerte, pero que no es más que alguien que se ha quedado dormido en la ventana del tren. El mundo se desvanecía. Las fotos de la mente se perdían entre las repetitivas oraciones de quien bien podría ser el papa, el penitenciario mayor, o el mismo Tomás de Aquino. Unos pasos de alguien que no parecía haber estado allí, pero que todo lo vio, se acercaron hacia Florencio Cotes, quien sintió una cálida respiración acariciándole la oreja, y una suave y delicada cabellera que soltaba un delicioso olor de perfume femenino se agolpaba sobre su nariz, mientras se preguntaba, antes de caer totalmente dormido, si no era aquella Lizeth, o si era acaso el dolor de la aguja en su nuca el que le hacía pensar en lo poco que valía su sacrificio. Todo empezó a hacerse oscuridad, frío, olvido. Todo se le hizo silencio, pero pudo disfrutar, hasta el último instante, del concierto en el gramófono de Montserrat Caballé.

Diez minutos después, el padre Maciel abría de nuevo sus ojos.